

HQN™

*Bellini*

ANNA  
CASANOVAS

*Bellini*

ANNA  
CASANOVAS

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2015 Anna Turró Casanovas  
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Bellini, n.º 99 - diciembre 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción,  
total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books  
S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y  
situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados  
ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas,  
establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones  
son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas  
propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y  
sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española  
de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-7239-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Decicatoria](#)

[Bellini](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Bis](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

# Decicatoria

*Para todos los que creen en la fuerza del amor  
(y para Marc, Agata y Olivia)*

# Bellini

Cuando surgió la idea de esta antología y me pidieron que eligiera un cóctel no lo dudé y escogí el *bellini* porque era el cóctel preferido de mi abuela y en mi familia lo preparamos siempre que surge cualquier excusa para celebrar algo. Si quieres prepararlo, solo necesitas champán o *prosecco*, melocotones naturales, preferiblemente blancos o amarillos, hielo y una batidora. Mezclas los ingredientes, lo bates y lo bebes bien fresquito.

Los lugares que aparecen a lo largo de la historia de Alba y Daniel existen y puedes consultarlos aquí [www.pinterest.com/CasanovasAnna/Bellini](http://www.pinterest.com/CasanovasAnna/Bellini) y la información sobre el cóctel también es cierta. Lo que me temo que no es cierto es la historia del cuadro de Giovanni Bellini.

P.D. El amor de Alba y Daniel también es de verdad, muy de verdad.

Anna Casanovas

# Capítulo 1

Hacía un año que Daniel Liveux dirigía la orquesta del Liceo de Barcelona y podía afirmar que profesionalmente había sido la mejor decisión de su vida, en lo personal no estaba tan seguro. Cambiar París por Barcelona le había resultado muy fácil, de Francia echaba de menos a sus mejores amigos y las comodidades de su casa, y también esa sensación de tranquilidad que conlleva estar en el lugar donde has nacido y crecido. Pero no echaba de menos la condescendencia de la prensa y los paparazzi que en París lo seguían a todas partes.

En España la máxima «vive y deja vivir» se llevaba a rajatabla y Daniel, si quisiera, podría salir a la calle medio desnudo sin que ninguno de sus vecinos se inmutase. En Francia seguían hablando de él, pero ahora solo aparecía en la prensa rosa muy de vez en cuando y probablemente lo sacaban para rellenar un hueco. Sin embargo, la prensa musical especializada y los círculos intelectuales que orbitaban alrededor de la Ópera de París estaban pendientes de todas y cada una de sus apariciones en el Liceo español y las aplaudían con entusiasmo. Era como si ahora que ya no estaba allí, en Francia, lo hubiesen descubierto.

Daniel sentía que por fin se estaba quitando de encima la etiqueta de niño mimado que le habían colgado esos mismos críticos musicales que ahora tanto lo adoraban cuando fue elegido director de la orquesta de París. En los artículos que recortaba y guardaba (aunque nunca lo reconocería) ya no aparecía la coletilla «el niño prodigio de Casel» ni mencionaban sus fiestas o sus amantes en medio de una reseña de una ópera.

Por fin era solo Daniel Liveux, músico, compositor, director de orquesta.

Para un hombre que con diecinueve años ganó un César por la banda sonora de la película más taquillera en la historia del cine francés y que a los veintitrés tenía ya seis Grammys, el respeto de la prensa de su país era el santo grial, y por fin lo tenía.

Y le importaba una mierda.

La mañana que leyó en *Le Figaro* una crítica donde calificaban su batuta de magistral y se dio cuenta de que no sentía ninguna emoción, que no le subía por la espalda ningún cosquilleo o que no sonreía orgulloso de sí mismo, Daniel se asustó.

La apatía le dejó helado, la mano con la que sujetaba el periódico tembló, era la que más utilizaba para dirigir la orquesta, y flexionó los dedos hasta arrugar las hojas de papel. Él no podía no sentir nada.

Imposible.

Él se ganaba la vida dejándose llevar por la pasión, sucumbiendo siempre a los instintos más básicos, escuchando atentamente cualquier capricho o petición de sus sentidos. Daniel no podía «no sentir» y, sin embargo, eso fue lo que pasó esa mañana.

Daniel no tenía por costumbre dedicarle demasiado tiempo a la introspección, así que se dijo que debía de estar resfriado, se tomó un café como a él le gustaba y salió a correr por la playa. El ático que tenía alquilado estaba frente al mar, en un exclusivo edificio de la zona olímpica de Barcelona, y a su alrededor se encontraban algunos de los hoteles más caros de la ciudad. Siempre que corría por allí atraía el interés de alguna que otra turista. No solía hacerles caso, para Daniel correr era casi tan sagrado como su música, pero esa mañana, si tenía suerte, haría un excepción.

La hizo, ella era guapísima, divertida, atrevida, y aunque el encuentro le dejó exhausto físicamente en sus entrañas no sintió nada.

NADA.

Él no se enamoraba de las mujeres con las que se acostaba, pero siempre sentía algo cuando estaba desnudo con una de ellas. No era una máquina y le gustaba saber que aunque era solo sexo él siempre sentía respeto por la mujer que lo acompañaba y unos instantes de conexión.

La chica no se dio cuenta, gracias a Dios, y después de una ducha y de vestirse con la ropa de deporte (toda de licra y de colores extremadamente llamativos) volvió a su hotel con una sonrisa en los labios y dejándole a Daniel sus datos de contacto. Él volvió a ducharse, esta vez solo y dejando que el agua helada cayese con fuerza sobre sus hombros, y se fue al Liceo con la certeza de que no iba a llamarla. Lo mejor sería que no estuviese con nadie hasta que se quitase de encima ese virus que sin duda estaba incubando.

Cuando llegó a la Rambla y cruzó la puerta del Liceo ya se sentía mejor. Había ido hasta allí en moto y durante el trayecto no había pensado en nada. Se había dejado llevar por la música que había sonado a todo volumen dentro del casco. Si los motoristas o los conductores de los coches que se detenían a su lado supieran que escuchaba música clásica, ese día Wagner, para ser más exactos, no se lo creerían. A Daniel le gustaba el rock, el pop, el soul, el jazz, el heavy metal, el folk. Podía disfrutar casi con cualquier composición siempre que tuviese sentimiento, que fuese de verdad. Pero solo ciertas piezas de música clásica lograban erizarle la piel y hacerle sentir vivo.

—Buenos días, Daniel —la directora de la fundación que gestionaba el Liceo lo miró sorprendida—, me habían dicho que hoy no estabas.

Pilar Fortuny giró su delicado cuello hacia la derecha para fulminar con la mirada a su secretario.

—Y no iba a estar —se apresuró a puntualizar Daniel al ver el rostro aterrorizado del joven—. ¿Me necesitas para algo?

El ayudante, Ricardo, suspiró aliviado y le entregó una carpeta de piel negra a Pilar cuando esta le tendió la mano.

—Sí, ¿por qué no vamos a tu despacho? —En realidad ya estaba caminando hacia él—. Anula la reunión de las diez y encárgate de que nadie nos moleste —añadió en voz más alta para Ricardo.

El joven musitó un gracias en dirección a Daniel y se fue a cumplir con las órdenes de su jefa. Daniel pensó que nadie se merecía tener que soportar a Pilar ocho horas diarias. Él tenía que lidiar con ella de vez en cuando y se podía permitir el lujo de torearla porque en última instancia ella era sustituible y él no.

—Adelante, siéntate donde quieras —la invitó sarcástico cuando entró en su despacho y vio que Pilar había apartado una pila de partituras de una silla para ocuparla.

—Tienes esto hecho un desastre, le diré a Ricardo...

—Deja a Ricardo en paz. Pedí que no entrase nadie a limpiar porque después no encuentro nada.

—Es imposible que puedas trabajar aquí.

—No lo es.

Ella le aguantó la mirada, el collar de perlas se levantó un poco cuando soltó el aire para conceder esa batalla a Daniel.

—Está bien.

Daniel sonrió y fue a sentarse. Él nunca se sentaba en su escritorio, le gustaba mucho más leer partituras tumbado en un sofá o en el suelo. La alfombra de ese despacho era magnífica y si se ponía uno o dos cojines bajo la cabeza podía pasarse horas en ella. Algo le dijo que a Pilar no le gustaría saberlo, y mucho menos hablar con él de esa manera, y optó por dejar encima de la mesa los libros que había amontonado en la silla del escritorio y sentarse en ella.

—¿En qué puedo ayudarte, Pilar? —Entrelazó los dedos y esperó.

A pesar de su apariencia de mujer de la alta sociedad y de que cualquiera que la viese creería que se pasaba horas y horas en la peluquería o en el gimnasio, Pilar Fortuny era una directiva muy agresiva y había salvado de la ruina a tres fundaciones en los últimos años. Su aspecto cuidado era un ejemplo más de lo exigente y meticulosa que era y no una muestra de frivolidad. Aunque Daniel estaba convencido de que ella lo sabía y lo utilizaba como arma o técnica de despiste contra sus adversarios.

—Tenemos que recaudar más fondos.

A Daniel se le tensó la espalda y durante un segundo sintió cierto alivio al comprobar que había cosas que aún le hacían reaccionar, como por ejemplo su odio a hacer de mono de feria.

—Me dijiste que era la última vez.

—Eso fue hace tres meses.

—Pues organiza algo sin mí. Puedes hacer un concierto de esos que tocan bandas sonoras, tienen mucho éxito y a mí no me necesitas para eso, cualquier director de orquesta puede dirigir eso.

—No seas engreído, Liveux. Me pediste que contratase un segundo pianista, dos oboes y que remodelase dos salas de ensayos. Por no mencionar tus peticiones personales como lo de vivir cerca del mar. Todo eso vale dinero.

—El Liceo nunca había estado tan lleno, los abonados se han duplicado —le recordó Daniel, que solía prestar atención a esos datos cuando ella se los facilitaba.

—Cierto, pero si quieres seguir contratando a músicos con «alma» —imitó el gesto que había hecho él cuando hizo tal petición — y que continuemos mejorando las instalaciones, hace falta más.

Daniel la miró a los ojos, la estudió con el respeto que se merecía como adversaria.

—¿Cuánto más?

Pilar fue lo bastante astuta y elegante para no sonreír.

—La cantidad no tiene importancia —le contestó y Daniel arqueó una ceja—. Además, creo que en cuanto sepas en qué consiste te entusiasmará la idea.

—Dímelo de una vez.

—¿Has estado alguna vez en Venecia?

—Fui de viaje de fin de curso en el instituto —se burló Daniel.

—Pues ahora vas a volver sin profesor y nadie te obligará a ir de museos. —La frase consiguió que él se inclinara hacia delante, así que Pilar siguió adelante con su explicación—: La Fundación Lamborghini está de aniversario y quieren celebrarlo por todo lo alto.

—Ve al grano, Pilar.

—Hay fotos tuyas encima de tu Ducati prácticamente en todas las revistas del mundo y los de la Fundación quieren que dirijas el concierto que darán en Venecia, en el palacio de Santa Sofia. Lamborghini es propietaria de Ducati y...

—No soy un músico de bodas, bautizos y comuniones, Pilar.

Ella entrecerró los ojos y soltó el aire que tenía en los pulmones.

—No se trata de una boda, ni de un bautizo, ni de una comunión ni de un funeral —añadió—. La Fundación está dispuesta a pagar una cantidad indecente de dinero para que dirijas un simple cuarteto de cuerda y toques una pieza. Una, Daniel. Vas, te quedas en Venecia unos cuantos días en un hotel de lujo y dejas que te

paseen, sí, lo sé, odias esas cosas, y después vuelves aquí y no tendrás que volver a verme en un año.

—¿Un año?

—Ya te he dicho que están dispuestos a pagar mucho dinero.

Daniel se echó hacia atrás y pensó en lo que acababa de oír. Era imposible que ese trabajo fuera tan sencillo como Pilar Fortuny insinuaba, no tenía ninguna duda de que en Venecia tendría que hacer algo más que «tocar una pieza», pero, por otro lado, quizá ese viaje fuese exactamente lo que necesitaba para sacudirse de encima esa apatía que le acompañaba últimamente. Había visitado Venecia en dos ocasiones más aparte del viaje de fin de curso y siempre le había gustado, seguro que encontraría algo con lo que distraerse. Además, iba invitado por la Fundación Lamborghini, no le costaría demasiado convencerles de que le dejaran probar alguna moto nueva. A él los coches le dejaban bastante indiferente, pero sentía pasión por su Ducati. Quería más a esa moto que a muchas personas, los únicos que sin duda situaría por delante de ella eran Sergio, Cleo y poco más. Quizá, pensó de repente, podía quedarse en París unos días antes o después de ir a Venecia, así vería a sus dos mejores amigos, que para hacerle la vida más fácil habían decidido enamorarse perdidamente el uno del otro, y volvería a Barcelona siendo el mismo de siempre.

—Está bien —ocultó lo mucho que empezaba a gustarle la idea —, ¿cuándo tengo que irme?

## Capítulo 2

Alba prefería la compañía de cuadros de más de doscientos años y de los pinceles a la de los seres humanos. Los humanos, aunque apenas tuvieran veinte años, se escondían bajo muchas más capas que las obras que ella restauraba y, a diferencia de los cuadros, las capas de las personas no se disolvían con ningún líquido y solo servían para hacerte daño.

Ella sabía que tenía una visión demasiado cínica y dura del mundo para tener solo veintidós años, pero tenía motivos. Aún le dolía el corazón de la última (y única) vez que había decidido arriesgarse. De nada servía que Sophie, su mejor amiga, le dijese que no podía condenar a todos los hombres del mundo por una mala experiencia, ni que la parte lógica de su cerebro le dijese que era una exagerada y una cobarde. Ella tenía motivos, y no se refería solo al estúpido y egoísta de Vincent. Su historia familiar, de la que Sophie no tenía ni idea, ya la había dejado muy malherida, Vincent solo había sido el golpe de gracia.

Le había llevado más meses de lo que creía, y muchos más de los que le habría gustado, pero por fin volvía a estar tranquila y feliz y podía dedicarse a su trabajo. Había aprendido una lección importante y ella, que era un chica lista, no volvería a cometer una estupidez semejante.

Estaba preparada para enfrentarse a la gran semana que tenía por delante. En el museo donde trabajaba, el museo d'Orsay, iban a recibir un lote de obras de artistas italianos del Renacimiento y Prerrenacimiento, hasta ahora nunca habían tenido ninguno, y a Alba le tocaba elegir qué obras debían pasar antes por sus manos y cuáles podían ir directamente a la sala de exposiciones. Esperaba que todas pudieran pasarse unos días en su sala de restauración, a

ella le hacía feliz estar a solas con esas pinturas que solían representar sentimientos tan arriesgados como el amor y la pasión, o incluso el miedo. Le gustaba tocarlos, rozarlos, observarlos sin peligro de sufrir ninguna de las consecuencias que implicaba sentirlos.

Alba sabía que, si llegaba a contarle a alguien esos pensamientos, lo más probable sería que le aconsejase visitar a un psiquiatra, pero ella era feliz así y si algo sentía en sus entrañas era que no tenía por qué justificarse ante nadie.

Llegó al museo a la hora de siempre, aparcó la bicicleta en el antiguo estacionamiento de la estación de tren y con la bolsa en bandolera cruzó la calle. Saludó a la poca gente que se encontró en el camino. Era temprano y la mayoría de empleados del museo no empezaban hasta más tarde, y una vez estuvo instalada en su mesa aprovechó para comerse el cruasán que se había llevado de casa. Llevaba allí media hora, durante la cual había aprovechado para leer el correo y curiosear por Pinterest, la única red social que utilizaba, pues allí podía pasarse horas y horas paseando por museos y paisajes mágicos sin tener que soportar fotos de gatitos haciendo monerías, cuando sonó el teléfono del museo.

Descolgó masticando el último bocado de cruasán.

—¿Diga?

—Buenos días, Alba.

—Buenos días, Gerard —saludó al director del museo y viejo amigo suyo.

Gerard Porland era una eminencia en el mundo del arte con aspecto y alma de campesino. Rondaba los setenta años y no tenía la menor intención de jubilarse (y nadie tenía intención de pedírselo, pues hacía un gran trabajo).

—¿Estás comiendo? —Alba le oyó sonreír—. ¿Cuántas veces te he dicho que desayunes en casa o en algún café con vistas al Sena?

—Muchas, Gerard.

—Algún día aprenderás a hacerme caso —suspiró resignado—. Ven a verme cuando termines, ¿quieres? Y tráete el abrigo o el bolso, o lo que necesites para salir a la calle, voy a invitarte a beber

ese café en algún lugar con luz natural y criaturas con fosas nasales.

Le colgó antes de que Alba pudiera quejarse y ella no pudo evitar una sonrisa. Apagó el ordenador y cogió un pañuelo de color verde que siempre tenía allí en el despacho, se lo puso alrededor del cuello y fue en busca de Gerard.

Él la estaba esperando en el pasillo que conducía a Dirección con su bastón de carey negro y cara de felicidad. Alba jamás había entendido cómo era posible que en su juventud se ganase la reputación de artista problemático.

—Vamos, a ver si eres capaz de seguirme el ritmo —la retó Gerard.

Alba se colocó a su lado y caminaron juntos hasta la salida. A ella no le pasó por alto cómo les observaban algunos de los empleados del museo, a pesar de los años que llevaba trabajando allí aún había a quien le extrañaba su amistad.

Gerard eligió una mesa en una terraza. No hacía calor, pero brillaba el sol y no podía negarse que la vista era espectacular.

—Ya está, me toca el sol y no me he derretido —se burló Alba—, ya has comprobado que no soy ni un vampiro ni la bruja del este.

—A la bruja del este la derretía el agua, ¿qué clase de infancia tuviste?

—Complicada —respondió Alba antes de bajar la vista hacia el servilletero de la cafetería—. ¿Para qué querías verme?

—Dime tus tres pintores preferidos de todos los tiempos.

—¿Solo tres?

—Contéstame ahora mismo o reduciré el número a dos.

—Bellini, Boticelli y Tiziano.

—Bellini es del Prerrenacimiento.

—Lo sé, me he permitido ser poco precisa.

—Si te hubiera dicho que eligieras a dos, ¿cuáles habrías dicho?

—Bellini y Boticelli —aseguró Alba—. ¿A qué viene esto?

Gerard vertió dos sobres de azúcar en su café con leche y la observó con atención.

—Han hallado un cuadro en un ático de Nueva York que podría ser de Bellini. Estaba entre las posesiones de un anciano que ha

fallecido sin descendencia. Lo encontró muerto una vecina. Pobre diablo.

—¿Me estás diciendo que un anciano de Nueva York tenía un cuadro de Bellini? —Alba tuvo que contenerse para no ponerse en pie. A lo largo de la historia habían aparecido varias supuestas obras de Bellini y hasta ahora muy pocas, poquísimas, habían logrado ser identificadas como auténticas.

—No exactamente. El señor Kidston, así se llamaba el fallecido, era oriundo de Inglaterra y visitó Italia de joven en circunstancias indeterminadas, las autoridades creen que era un delincuente que acabó escondiéndose y reformándose en Estados Unidos. La señora de la limpieza llamó a la policía cuando encontró el cuerpo sin vida y tras determinar que había fallecido por causas naturales se procedió a buscar a sus herederos. No tenía, pero encontraron un testamento en el que legaba todas sus posesiones a la Galería de la Academia de Venecia.

—Allí es donde se encuentra la Magdalena —señaló Alba incapaz de contener la emoción.

—Exacto. La policía de Nueva York hizo inventario de las pertenencias del fallecido señor Kidston y las mandó a Venecia hace unas semanas.

—Tengo que ir a verlas.

—Espera un momento. —Gerard tuvo que cogerla de la muñeca para que no saliera corriendo—. ¿Por qué solo las obras de arte consiguen iluminarte?

—Gerard —se quejó Alba—, no te pongas místico conmigo, por favor.

—Está bien. Siéntate y deja que acabe de contarte la historia, te prometo que el final te entusiasmará.

—De acuerdo —aceptó porque sabía que si se iba de allí Gerard la dejaría en ascuas.

—En La Academia desembalaron las cajas y se quedaron atónitos al comprobar que el señor Kidston les «devolvía» algunas obras que al parecer habían «perdido» hace mucho tiempo.

—El señor Kidston era un ladrón de arte.

—Probablemente. La cuestión es que hay un cuadro que nadie había visto nunca antes.

—¿Cómo es? ¿Le han hecho la prueba del carbono 14?

—El lienzo es antiguo, la prueba del carbono lo sitúa en el 1460, pero tanto tú como yo sabemos que puede falsificarse.

A Alba el corazón iba a romperle el pecho.

—¿Por qué creen que es de Bellini?

—Porque en el cuadro aparece una mujer en brazos de un hombre a punto de darse un beso —anunció Gerard enigmático.

—Bellini era un pintor principalmente religioso, un excelente retratista, nadie creaba atmósferas en óleo como él, pero no hacía obras mitológicas ni con aire romántico.

—Gracias por la clase de historia del arte, profesora. ¿Quieres saber por qué creen que es de Bellini?

—Por supuesto que quiero. Me estás torturando adrede y lo sabes.

—Tienes razón. —Gerard se inclinó hacia delante y entrelazó los dedos largos y pálidos con los de Alba—. La mujer del cuadro es idéntica a la Magdalena que aparece en el cuadro *Sacra Conversazione* de Bellini.

—Oh, Dios mío —balbuceó Alba—. Creen que podría ser ella con... —No se atrevió a pronunciar la frase. Los pintores de esa época que se habían atrevido a representar a María Magdalena con Jesucristo eran muy pocos y si ese cuadro era de Bellini y desprendía el sentimiento que solían desprender sus otras obras tendría un valor incalculable—. Tengo que verlo.

—El lienzo, tanto si es auténtico como si no, está en mal estado. Kidston debió de guardarlos tan bien como le fue posible, pero no disponía de los medios adecuados. La Academia se ha puesto en contacto con su mayor patrocinador, la Fundación Lamborghini, y han decidido que, si el cuadro es auténtico lo presentarán el uno de enero del 2016 en la fiesta del noventa aniversario de la firma Ducati, las motos de las que también son propietarios.

Alba arrugó el ceño en desagrado. Ella sabía que sin el dinero de empresas como Ducati más de la mitad de museos del mundo no existirían, pero eso no significaba que tuviera que gustarle. A la mayoría de gente que gestionaba esos negocios y que acudía a esas galas lo único que les importaba era aparentar y salir en la prensa, nadie valoraba el arte. Nadie se quedaba sin aliento al ver

ninguno de esos cuadros y nadie se acordaba de ellos al día siguiente.

—Solo faltan unos meses.

—Exacto. La fundación Lamborghini te ha invitado oficialmente a Venecia, te instalarán en un apartamento, les he dicho que no te gustan los hoteles, y pondrán a tu disposición todo lo que necesites para restaurar y autenticar el cuadro.

—No les garantizo nada. Si el cuadro no es de Bellini... —Se le encogió el estómago al recordar a la sabandija de Vincent, él había intentado que ella hiciera pasar por auténtica una falsificación de Renoir. Era una buena falsificación, probablemente nadie se habría dado cuenta, pero ella no pudo hacerlo y él la dejó, no sin antes humillarla y decirle que si no le hacía ese «favor» no tenía ningún motivo por el que seguir con ella.

Por suerte para el orgullo y la dignidad de Alba, Gerard no lo sabía. A él, Vincent nunca le había gustado demasiado, así que cuando desapareció de su vida se limitó a preguntarle si estaba bien y a decirle que se alegraba de que por fin se hubiera deshecho de ese impresentable.

—Si el cuadro no es de Bellini —siguió Gerard ajeno al dolor de Alba—, no es de Bellini. Lo único que nos piden desde la Fundación es discreción. Ellos son los primeros interesados en no verse mezclados en ningún escándalo de este tipo. Por lo que me han explicado, el uno de enero darán un concierto y presentarán una nueva motocicleta, el cuadro sería la guinda del pastel.

—Bueno, seguro que son conscientes de que si es auténtico tendrán más publicidad de la que podrían pagar jamás. Dios mío, un cuadro con Magdalena besando a Jesucristo de esa época sería...

—Magnífico —terminó Gerard.

—¿Cuándo tengo que irme? ¿Cuánto tiempo tendré que quedarme allí? ¿Qué sucederá con mi trabajo en el museo? ¿Estás seguro de que merece la pena? —ametralló a Gerard a preguntas. Le sucedía siempre cuando estaba nerviosa, empezaba a hablar sin parar.

Gerard sonrió. Él conocía a Alba desde pequeña, cuando era una niña con coletas que corría por la campiña y se quedaba embobada ante cualquier cosa, bien fuera una mariposa, una oruga, una caja

de melocotones o una gata dando a luz en un rincón del huerto. A Gerard le había dolido en el alma ver cómo esa niña alegre y curiosa, resplandeciente y llena de vida, iba perdiendo la luz hasta convertirse en la mujer asustadiza y hermética que era ahora. Él no sabía qué había sucedido exactamente con ese imbécil de Vincent, pero estaba seguro de que no había ayudado. Gerard no había podido hacer nada para evitar que Jacques y Lola Benet, los padres de Alba, la hiriesen con su indiferencia y su superficialidad, y la obligasen a presenciar la destrucción de su matrimonio. Jacques había sido el mejor amigo de Gerard y aunque él lo había intentado no consiguió ayudarlo a tiempo. En esa época era joven y probablemente carecía de los conocimientos y del valor para hacerlo. Ahora, sin embargo, estaba preparado y no iba a parar hasta que Alba volviese a quedarse embobada con una simple mariposa.

El primer paso lo dio unos años atrás, cuando le ofreció trabajar en el museo que él dirigía y ella aceptó. El segundo iba a darlo ahora. Ese viaje a Venecia era justo lo que Alba necesitaba y tenía el presentimiento de que, tanto si ese cuadro era de verdad obra de Bellini como si no, la vida de Alba no sería la misma cuando volviese.

Estaba impaciente, quería que el brillo que Alba tenía en los ojos en ese momento se quedase allí para siempre, así que lo mejor que podía hacer era responder cuanto antes al montón de preguntas apresuradas que ella le había hecho.

—Tienes que irte la semana que viene. Puedes quedarte allí tanto como sea necesario. Me imagino que el tiempo exacto dependerá del estado en que encuentres el cuadro y de si logras certificar o no su autenticidad. Tu trabajo en el museo d'Orsay seguirá aquí cuando vuelvas, sea cuando sea, y mientras no estés nos apañaremos sin ti. No te preocupes. Y sí, estoy seguro. Merece mucho la pena.

Alba sonrió y Gerard pensó que si tuviera a Jacques delante le daría un puñetazo.

## Capítulo 3

Daniel llevaba cuatro días en Venecia y aún tenía que poner las manos en un violín o en algo que remotamente pareciera un instrumento o una batuta. Pilar Fortuny no había exagerado al decir que los de la Fundación Lamborghini estaban entusiasmados con la idea de que él dirigiese ese ridículo cuarteto de cuerda y tocase en la fiesta que iba a celebrarse el primer día de Año Nuevo, desde su llegada le habían agasajado y le trataban como si fuese miembro de la realeza o un famosísimo actor de Hollywood. Daniel no poseía demasiada modestia (según sus amigos Cleo y Sergio no poseía ninguna), sabía que al menos en Europa él era famoso, pero no tanto. Sin embargo, no tenía intención de quejarse.

Había decidido tomarse esos días como si fuesen unas vacaciones. Se las tenía merecidas, y se decía que cuando llegase el momento de tocar o de dirigir lo haría. Mientras, vivía la vida.

El día que llegó al aeropuerto fue a buscarlo la mismísima Rafaela Cavaleri, descendiente directa de Antonio Cavaleri Ducati, fundador de la marca y diseñador de la primera motocicleta. Si Daniel hubiese sido un mitómano, le habría impresionado. No lo era. Pero lo que sí le impresionó fue el descaro con el que Rafaela, «por favor, llámame Ela», le desnudó con la mirada. Daniel estaba acostumbrado a gustar a las mujeres. En realidad, se esforzaba mucho porque así fuera, pero no le gustó lo más mínimo esa horrible vocecilla que susurró en su interior que en realidad la Fundación le había contratado para que Ela pudiese tirárselo.

No le gustó en absoluto.

Tras ese primer encuentro en el aeropuerto y de un viaje en lancha motora de lo más incómodo, Rafaela retrocedió un poco y contuvo su flirteo. Daniel se dijo a sí mismo que se estaba

comportando como un idiota, ¿qué importaba que ella quisiera acostarse con él? Ela era una mujer extremadamente atractiva, estaba soltera y le deseaba. En circunstancias normales se habría pasado esos cuatro días en la cama con ella, se habrían conocido del derecho y del revés y habrían aprovechado el sexo para relajarse y disfrutar como posesos. Pero esa era su cuarta noche en la ciudad y estaba solo en la habitación del hotel, tumbado en la cama y mirando el techo.

¿Qué demonios le pasaba?

Durante esos cuatro días había conducido los tres últimos modelos creados por Ducati, motocicletas que eran verdaderas obras de arte de metal, había cenado en restaurantes con vistas al Canal y había paseado por las calles de una de las ciudades más hermosas del mundo y, sin embargo, seguía sin sentir ninguna emoción más allá de cierta curiosidad.

—Joder —farfulló—, no puedo estar aburrido de la vida antes de los treinta.

Se levantó de la cama preso de un repentino ataque de energía y se fue al baño. Una ducha rápida, unas gotas de colonia, la camiseta negra, los vaqueros, las botas, la cazadora y salió a la calle. No sabía adónde se dirigía, solo que no podía seguir allí tumbado sin hacer nada al respecto. Supuso que podría haber llamado a Ela y ceder a sus insinuaciones. El sexo sería una buena distracción, pero lo cierto era que se le retorció el estómago solo con pensarlo y que no sentía ni el menor ápice de deseo por esa mujer por hermosa y seductora que fuera.

Se rio de sí mismo con cierta lástima. Le había costado más de lo que estaba dispuesto a reconocer acostarse con esa guapa turista en Barcelona y por eso tenía miedo de intentarlo con Ela y no poder. ¿Qué pasaría si estando en plena actuación, por llamarlo de alguna manera, no era capaz de reaccionar, de estar a la altura? No se imaginaba a Rafaela Cavalieri siendo comprensiva, joder, ni él lo sería.

¿Acaso se había acostado con demasiadas mujeres? ¿Acaso era ya incapaz...

Entonces la vio y fue incapaz de dar un paso más.

Había empezado a llover y le dio completamente igual que las gotas de agua cayeran sobre él. Le habría sido igual que el canal se desbordase o que la tierra lo engullera.

Lo primero que sintió fue un puñetazo en el estómago. Después, cuando los intestinos estuvieron tan enredados entre ellos que casi iba a doblarse, empezó el cosquilleo. Empezó en los dedos, sintió lo mismo que sentía cuando necesitaba tocar una partitura, cuando una melodía se instalaba en su cabeza y tenía que tocarla. El cosquilleo avanzó, se convirtió en calor y se extendió por los brazos y las piernas hasta llegar al torso. Allí estalló.

¿Quién era esa chica? ¿Por qué estaba tan sola? ¿Por qué parecía tan inaccesible y por qué sentía que tenía que tocarla?

Ella estaba sentada en el interior de una cafetería. Él había pasado por allí una o dos veces a lo largo de esos días y se había fijado en que el local se adaptaba a los cambios horarios y funcionaba como cafetería de día y como bar de copas de noche. Ahora era de noche y la mayoría de clientes sujetaban copas en las manos e iban vestidos para la ocasión. A ella no parecía importarle.

Ella estaba sentada a una mesa, llevaba el pelo recogido en una coleta y de vez en cuando apartaba la vista del cuaderno que tenía delante y bebía un poco de té o café. Desde la calle, Daniel no podía distinguirlo, solo veía la enorme taza.

Esa taza estaba en completa y absoluta discordancia con los cócteles que flotaban a su alrededor.

Ella estaba en discordancia.

Daniel tenía que saber quién era, tenía que saber por qué ella, precisamente ella, le había hecho reaccionar en medio de la lluvia.

Lo que sentía no era atracción, ese sentimiento lo tenía dominado y lo reconocería con los ojos cerrados o al borde de la muerte. La atracción puede contenerse, pensó. Eso no habría podido detenerlo ni el fin del mundo.

Era curiosidad, una curiosidad profunda y animal, la misma curiosidad que lleva a un ratón a entrar en un ratonera, a un león a caer de cuatro patas en la trampa de unos cazadores. La infame curiosidad que acaba matando al gato.

Daniel se pasó las manos por el pelo para sacudirse las últimas gotas de lluvia y abrió la puerta del local. Un par de mujeres le

prestaron atención durante unos segundos. Él ni siquiera las miró y eso debió de desanimarlas y de convencerlas de que no perdieran el tiempo con él. Caminó decidido, abriéndose paso por entre los clientes del bar sin apartar la mirada de la chica de la coleta. Tenía miedo de que se desvaneciese ante sus ojos.

No lo hizo.

Daniel se detuvo frente a la mesa y esperó. Era imposible que ella no detectase su presencia, que ella no sintiera esa extraña conexión, esa necesidad de verle los ojos o de oír su voz. Esperó. Esperó y cerró los puños para contener las ganas de alargar una mano y tocarle el pelo; era de un castaño oscuro, largo y con brillos de otros colores ocultos entre los mechones.

Ella no se movió, no apartó la cabeza del cuaderno.

Daniel no pudo más.

—Hola. —Esa breve y nada original introducción no sirvió de nada, así que Daniel tras tragar saliva dos veces y soltar el aliento, volvió a intentarlo—. ¿Puedo invitarte a una copa?

No, no fue nada en original. Tuvo ganas de darse una patada en el trasero y de insultarse por ser tan idiota, debió de hacerlo sin darse cuenta porque ella, por fin, levantó la cabeza y lo miró.

—¿Disculpa?

Daniel le recorrió el rostro apresuradamente, quería retener tantos detalles como le fuese posible antes de que ella volviese a ocultárselo.

—Te he preguntado si puedo invitarte a una copa.

Ella no le observó, le escudriñó con la mirada y a Daniel no le gustó lo que sintió. Por primera vez en su vida tuvo la certeza de que no había pasado la prueba imaginaria que ella le había impuesto. A su desconocida, él no le gustaba, y el dolor que le retorció las entrañas fue considerable. Pero no se dejó amedrentar, podía arreglarlo. Al fin y al cabo, acababan de conocerse.

—¿Qué copa?

—¿Qué copa? —Estaba confuso, le costaba pensar, no lograba entender las reacciones de su cuerpo y el ruido del local le aturdía (y no los ojos verdes de ella).

—Sí. Estoy aquí sentada, sola, bebiendo té, no café, y tomando notas sobre un cuadro que me está volviendo loca. Te has acercado

a mi mesa sin estar invitado y me has interrumpido, así que me imagino que debes de tener un plan o algo por el estilo. ¿A qué copa quieres invitarme? ¿Te parezco la clase de chica que bebe *martinis*, *cosmopolitans*?

Ella agachó la vista y volvió a centrarse en su cuaderno dando por hecho que tras ese sermón él desaparecería y se iría de allí con el rabo entre las piernas.

Daniel cerró los ojos unos segundos y respiró profundamente. Quizá debería irse, eso era sin duda lo que ella buscaba, pero plantó los pies firmemente en el suelo. Eso era importante, podía parecer una estupidez y sin embargo sus entrañas, las mismas que tenía retorcidas, insistían en lo contrario. Abrió los ojos y respondió con voz firme.

—Tú no eres una chica de *martinis* ni de *cosmopolitans*. Tú eres una chica de *bellinis*.

Esperó.

Esperó.

Ella levantó la cabeza y le miró. Le miró de verdad y él sintió una presión en el pecho. No estaba hastiado de la vida, por fin estaba reaccionando.

—¿Qué has dicho?

Ahora no podía flaquear, tenía que seguir adelante, conocer a esa chica y seguir sintiendo más y más. Soltó el aliento, ahora volvería a sentir la música como antes.

—He dicho que eres una chica de *bellinis*.

El rostro de ella demudó, pasó de la sorpresa a la desconfianza. Presenciarlo, pensó Daniel, fue incluso doloroso.

—¿Sabes quién soy? ¿Te ha mandado alguien de la Galería para gastarme una broma de mal gusto?

Ella cerró el cuaderno y buscó el monedero para pagar. Daniel adivinó que iba a irse y reaccionó antes de pensar; la sujetó por la muñeca y ella lo miró horrorizada.

—Suéltame.

Daniel obedeció, pero se colocó frente a ella para conseguir unos segundos más.

—No sé quién eres —le aseguró—, ¿cómo diablos podría saberlo? Y no tengo ni idea de qué es la Galería. —Ella volvió a

dejar el bolso colgando del respaldo de la silla—. No sé quién eres, de verdad, igual que tú no sabes quién soy yo. Iba andando debajo la lluvia cuando...

—Yo sí sé quién eres tú.

Daniel apretó los labios. Era imposible que la hubiese conocido antes. Era imposible que la hubiese olvidado. Cerró los puños y le pidió al destino que no fuese tan cruel como para que esa chica fuese un antiguo ligue al que él hubiese desechado sin más.

—Nos... —le costó tragar—, ¿nos conocemos?

La incomodidad de él fue tan obvia que logró hacerla sonreír y Daniel pensó que estaría dispuesto a volver a soportarla solo por esa sonrisa.

—No, pero es imposible ser francesa y no conocer a Daniel Liveux.

Por primera vez en su vida Daniel deseó ser otra persona, cualquiera, un desconocido. Ahora ella sabía muchas cosas de él, demasiadas. Algunas eran mentira y otras, verdad, por supuesto, pero la imagen que ofrecía de él la prensa no distaba mucho de la realidad. A Daniel le flaquearon las rodillas al comprender que no se sentía orgulloso de muchas cosas que había hecho y que mataría para poder cambiarlas. Estaba orgulloso de su talento, sabía que había tenido la suerte de poder desarrollarlo y que siempre había tenido una posición privilegiada, pero trabajaba mucho, muchísimo, y era un buen músico y un jodido buen compositor. Hasta ese instante nunca le había importado lo que alguien pensase de él y tenía que reconocer que esa incertidumbre era inquietante y desconcertante.

Pero no iba a permitir que ella lo notase.

—Entonces creo que lo justo es que me digas tu nombre.

Pensó que ella no iba a decírselo, empezó a buscar en su mente el modo de convencerla.

—De acuerdo, siempre que después me cuentes por qué crees que soy una chica *bellini*.

—Hecho.

Daniel sintió que respiraba mejor que unos segundos antes.

—Alba, me llamo Alba.

Nunca ningún nombre había sido más adecuado.

—Es un placer conocerte, Alba, yo soy Daniel. —Le tendió la mano y esperó a que ella la aceptase. Tenía que aceptarla. Lo hizo y una sonrisa nueva, sincera, nació en el interior de Daniel. Le costó soltarla y cuando lo logró supo que abandonar la habitación del hotel había sido la mejor decisión que había tomado en mucho tiempo. Muchísimo tiempo—. ¿Puedo sentarme e invitarte a ese *bellini*?

En realidad, Daniel no esperó a que ella, Alba, aceptase, apartó la silla con cuidado y se quitó la cazadora. Se pasó las manos por el pelo, aún lo tenía mojado por la lluvia, y después las entrelazó frente a él. Un camarero se acercó curioso, Daniel sabía que su altura, su pelo rubio y los ángulos de su rostro solían captar la atención. Normalmente le resultaba útil, a nadie le gusta esperar a que un camarero o dependiente decida prestarte atención, pero esa noche odió el instante en que fue obvio que el empleado del bar lo reconoció, pues el rostro de Alba cambió y perdió luz. Solo así podría describirlo.

—Dos *bellinis* —le dijo al camarero, y suspiró aliviado al ver que se alejaba de ellos en dirección a la barra.

—¿Por qué has dicho que era una chica *bellini*? —preguntó ella de inmediato—. ¿Ha sido casualidad?

Daniel soltó el aliento e intentó explicarle por qué había elegido precisamente ese cóctel.

—Bebí un *bellini* hace años, fue tras mi primer concierto. Estaba en Milán, recuerdo que cuando terminé de tocar corrí hacia mi camerino y me encerré en él. Estaba seguro de que iba a vomitar o a tener un infarto y de repente vi que encima del tocador había una bandeja con dos copas, una para mí y otra para el pianista al que dejé encerrado fuera porque no quería compañía. Bebí el primero de golpe, ni lo noté. Pero cuando dejé la copa en la bandeja noté el sabor del melocotón en los labios y recordé uno de los mejores momentos de mi vida. El segundo tardé media hora en bebérmelo, saboreé cada gota.

Alba se quedó mirando a ese hombre cuyo rostro había visto infinidad de veces en las revistas del corazón y en los programas de cotilleos y que a todos los efectos era un desconocido. ¿Por qué no lo sentía así? ¿Por qué había temblado al notar su presencia junto a la mesa? Ella había conseguido disimular y fingir que no se había

percatado de que él estaba allí de pie, pero lo sabía. ¡Vaya si lo sabía! Le había temblado la mano y si alguien le hubiese pedido que dibujase algo, la forma más absurda, no habría podido. Ella nunca había sentido tanto a otra persona, mientras él se había quedado allí de pie esperando a que ella lo mirase, Alba habría jurado que podía sentir cada aliento, cada pequeño movimiento del cuerpo de él. No era atracción, o si lo era no se parecía en nada a lo que ella había sentido antes por ningún hombre. Evidentemente llegó a la conclusión que era culpa del cansancio o de haberse pasado tantas horas encerrada en el laboratorio rodeada de líquidos. La gente solía pensar que restaurar cuadros era un trabajo muy romántico, y en cierto modo lo era, pero también intervenían una cantidad importante de productos químicos que podían dejarla a una atontada y horas y horas de meticuloso trabajo de investigación.

Desde su llegada a Italia apenas había dormido. Las incertidumbres que rodeaban *El amor de Magdalena* (en su mente había decidido llamar así al cuadro) la acechaban día y noche y le resultaba imposible conciliar el sueño. Aún no había encontrado ninguna prueba definitiva ni en un sentido ni en el otro. Cada vez que creía haber dado con algo que probaba indiscutiblemente que el autor del cuadro era Bellini, aparecía un detalle que la hacía dudar. Y si estaba a punto de dar por cerrado el tema y negar que Giovanni Bellini lo hubiese pintado, la mano del pintor italiano aparecía por alguna parte.

Por eso había reaccionado de aquel modo tan extraño cuando él, el «demasiado atractivo para su propio bien» Daniel Liveux, le había dicho que ella era una chica *bellini*.

Y por eso le estaba mirando como una boba y le costaba respirar después de que él le explicase por qué había elegido esa bebida para ella. Nunca una respuesta le había parecido tan sensual. Solo eran imaginaciones suyas, de eso no tenía ninguna duda, pero, cuando Daniel le había dicho que había saboreado cada gota, Alba había sido incapaz de pensar en nada que no fuesen los labios de él.

Definitivamente los productos químicos los cargaba el diablo.

Se suponía que ahora le tocaba a ella decir algo, responderle de un modo provocador o dejarle claro que no estaba dispuesta a

seguirle el juego. Alba solía ser brillante, de algo tenía que servir leer mucho y salir poco, pero la frase «eres una chica *bellini*», la había dejado sin habla.

En medio de ese silencio, y del juego de miradas que consistía básicamente en que Daniel buscaba la de Alba y ella la esquivaba, llegó el camarero y depositó las dos copas en la mesa.

—Gracias —dijo Daniel

Las habían servido en dos copas de champán, que era como tenía que servirse esa bebida; el melocotón le daba un textura y un color suave, reconfortante, que desprendía incluso calor.

—¿Sabes por qué se llama *bellini*? —Siempre que estaba nerviosa hacía preguntas extrañas o se ponía hablar de temas impensables. Al menos esa noche la pregunta que había salido de sus labios estaba relacionada con el tema del que estaban hablando, pensó resignada.

—No, ¿por qué?

Él le sonrió. No la miró confuso ni intrigado, le sonrió y esperó a que ella le respondiese. Alba tuvo que apartar la mirada, no entendía qué estaba haciendo Daniel Liveux sentado en su mesa ni por qué le gustaba que estuviera allí.

Alba levantó la copa y la miró igual que miraba un lienzo.

—Porque cuando está bien hecho tiene el mismo color que la toga que lleva un santo en un cuadro de Bellini.

La sonrisa de Daniel se ensanchó y Alba tuvo que beberse el *bellini*, ¿quién era ese hombre?

Ella le había visto entrar en el café y le había reconocido, Daniel Liveux era alto, rubio, guapísimo y famoso, y había entrado con el pelo mojado y vestido completamente de negro. Todas las mujeres del local le habían visto. Habría tenido que estar muerta y enterrada para no verle. Cuando él se había acercado a la mesa, Alba agachó la cabeza porque dio por hecho que se dirigía a otro lado. Cuando Daniel se detuvo, pensó que la había confundido con alguien. Pero cuando vio los puños cerrados de Daniel, la tensión que desprendían, sintió una punzada en el estómago al pensar que ella jamás podría dibujar a un hombre como aquel. Él seguiría caminando y se desvanecería.

Pero Daniel se había quedado y no se había movido hasta que ella levantó la vista.

Durante un segundo verle allí de pie había sido tan impactante que reaccionó del modo menos pensado, se puso furiosa. Era injusto que lo tuviera tan cerca y que él, el entorno, la vida, todo fuese tan falso. Sin embargo Daniel se quedó y no le habló como un personaje de papel cuché, le habló de verdad, la miró de verdad.

Le sonrió de verdad.

Y ahora ella estaba contándole que una bebida que él relacionaba con su primer concierto y con el momento «más feliz de su vida» se llamaba así porque tenía el mismo color que la túnica de un santo.

Si su amiga Sophie estuviese allí le daría una colleja. Y Alba se la tendría bien merecida.

## Capítulo 4

Daniel no se bebió el *bellini* de golpe, aunque estuvo tentado de hacerlo para ver si así lograba aflojar el nudo que se había instalado en su garganta desde que había entrado en ese local. Dio dos sorbos y aprovechó para seguir observando a la chica que tenía delante.

A Alba no parecía importarle que él fuese quien era, en realidad, juraría que incluso le molestaba. No le miraba pasmada ni había empezado a adularle nada más oír su nombre. Ella tenía la piel blanca y llevaba poco maquillaje, apenas colorete en las mejillas y algo en los ojos, lo justo para que él quisiera meterse en ellos y no salir jamás. Eran unos ojos verdes preciosos y cada vez que ella se acercaba la copa a los labios, él pensaba en ese verano que había pasado en la Provenza con sus abuelos. A eso le había recordado el segundo *bellini* que se había bebido esa noche en Milán, a ese verano. Y lo mismo le sucedía con los ojos de Alba. Esos ojos le hacían pensar en momentos que aún no había vivido, en puestas de sol, en noches bajo la luz de la luna, en tormentas imprevisibles. Era como si esos ojos se hubiesen escapado del control que Alba ejercía en el resto de su rostro y también en su cuerpo. Daniel nunca había visto a una mujer tan contenida y nunca había sentido en su piel una mirada con tanta fuerza.

Era una contradicción fascinante.

¿Quién ganaría cuando los dos extremos fuesen incapaces de seguir conviviendo, la calma o la tempestad? ¿El control o ese fuego que ardía en el interior de sus ojos verdes?

Por eso no había podido dejar de mirarla y había sentido la imperiosa necesidad de entrar en ese bar y hablar con ella, porque necesitaba esa fuerza, esa pasión, esa intensidad en su vida.

—¿Y este está bien hecho? —le preguntó—. ¿Tiene el mismo color que la toga del santo?

—Sí, exactamente el mismo color —respondió ella.

Daniel la miró y vio que se había bebido toda la copa.

—¿Estás bien? —Nunca se había preocupado por nadie tan pronto y de un modo tan irremediable—. ¿Has comido algo?

—Creo que esta mañana he comido un panini —contestó ella con la lengua algo torpe—. Estoy bien.

—Yo tengo hambre —improvisó Daniel, no quería entrometerse ni que ella pensara que era un controlador, pero tampoco quería que ella se encontrase mal—. Pero me gustaría seguir hablando contigo un rato más y que me contases más cosas sobre Bellini.

—Es sencillo, se prepara con *prosecco* y melocotón.

—No —sonrió Daniel—, me refería al pintor.

Ella le sonrió y Daniel empezó a acostumbrarse a la reacción de su estómago.

—Dos puentes más allá hay un sitio donde venden paninis para llevar. Estoy segura de que es ilegal, es el portal de un edificio prácticamente en ruinas, pero son muy buenos. Tal vez esté abierto.

Si Alba fuese otra clase de chica, una chica tipo Ela o más parecida a cualquiera de las mujeres con las que Daniel había mantenido relaciones en el pasado, se la habría llevado al hotel y la habría convencido para pedir algo para comer al servicio de habitaciones. Por la mañana.

Daniel se sentía atraído por ella, negarlo sería imposible, mentira y una absoluta y grandiosa estupidez. De hecho, estaba tan atraído por ella que se había excitado como un adolescente allí sentado solo mirándola. No había hecho falta nada más. Pero algo le decía en su interior, le exigía, que fuese despacio, que igual que ese segundo *bellini* que se había bebido en el pasado saborease cada momento porque se quedaría con él durante el resto de su vida.

El resto de su vida.

Él nunca pensaba en nada ni en nadie en esos términos. Aunque pasear con Alba por Venecia de noche en busca de un panini ilegal le parecía la mejor idea del mundo y dudaba que fuese a olvidarlo nunca.

—¿Me acompañas? —le preguntó—. Me encantaría probar uno y no he mentado al decir que me estoy muriendo de hambre. .

Ella sacudió la cabeza levemente como si le sorprendiese que él siguiese allí y quisiera pasar más rato con ella. Daniel se preguntó qué le habría sucedido para hacerla sentirse tan insegura y se prometió que lo averiguaría. ¿Acaso Alba no se había fijado en los tres tipos que se habían tropezado al ir al baño porque se habían distraído mirándola? ¿O en que el camarero le había hecho ojitos hasta que él le miró con la ceja en alto y le dejó claro, o lo intentó, que ni se le ocurriese acercarse?

Alba parecía ajena a todo eso, parecía ser la clase de persona que no se fijaba en esas clase de cosas y que, sin embargo, prestaba atención a otra clase de detalles, como por ejemplo, el color de un cóctel.

—Está bien —aceptó ella concluido su análisis.

—Genial, muchas gracias —le dijo Daniel, y sacó el dinero para pagar las bebidas antes de que ella cambiase de opinión.

Alba se puso en pie y se puso la chaqueta que había dejado en el respaldo de la silla y también el pañuelo alrededor del cuello. Daniel le abrió paso por entre la gente y al llegar a la calle le ofreció el brazo.

—¿Vamos?

Ella lo miró confusa durante unos segundos. ¿Se suponía que tenía que cogerle del brazo? Le pareció que era demasiado íntimo, además de innecesario, pero él seguía a la espera con el brazo doblado y al final Alba pensó que tampoco pasaba nada. Seguro que al día siguiente descubriría que todo esto había sido un sueño extraño. Le cogió del brazo, notó que ella apenas le llegaba al hombro, y empezó a caminar.

—No está muy lejos —le dijo Alba porque necesitaba decir algo y romper ese silencio mágico que se creaba entre los dos cuando no hablaban.

—Sí, a dos puentes de aquí. Lo has dicho antes.

Ella adivinó que él sonreía.

—Cierto.

—¿Cómo descubriste los paninis ilegales? Creía que este tipo de sitios solo los frecuentaban los venecianos.

—Llevo aquí varios meses.

—¿Puedo preguntarte qué estás haciendo aquí sin parecer un acosador o un psicópata?

Ella se detuvo en seco en medio de la calle y lo miró.

—Eres Daniel Liveux —le dijo ella atónita.

—Sí, lo sé. —¿Qué le pasaba con esta chica que no podía dejar de sonreír?

—No eres un psicópata. Si lo fueras, ya habría salido en alguna revista.

A él no le gustaba lo más mínimo que ella tuviese esa imagen de él fija en la mente. Tal vez tuviera motivos, pero no le gustaba.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Cuál?

—¿Qué estás haciendo aquí?

Alba retomó la marcha sin cogerle del brazo. Al detenerse le había soltado y él la echó de menos. Esperó unos cuantos pasos, no demasiados, y aprovechó que la siguiente calle estaba resbaladiza para sujetarla por la cintura. Solo fue durante unos segundos, al llegar al primer puente tuvo que soltarla, pero Daniel decidió que le había gustado mucho, muchísimo, y que buscaría la manera de volver a hacerlo.

—Soy restauradora, he venido a restaurar un cuadro. Llegué hace unos meses.

—¿Y hasta cuándo te quedas? —Necesitaba saber más.

—No lo sé —respondió abatida de nuevo al pensar en *El amor de Magdalena*—. No solo tengo que restaurarlo, también tengo que autenticarlo y ese proceso lleva su tiempo.

—Y te está volviendo loca —adivinó él sorprendido por estar tan en sintonía con ella.

Alba buscó su mirada, Daniel la estaba esperando y se la aguantó tanto como se lo permitió.

—Es aquí —dijo ella al ver una luz en un portal—, no tienen carta, obviamente, y no te dejan elegir nada. En realidad, ahora que lo pienso, no sé por qué tienen tanta gente. Tienes que llevarte lo que te dan y pagar sin rechistar.

—Suena interesante. Vamos, no quiero que nos quedemos sin paninis.

Tuvieron que hacer cola durante cinco minutos. A pesar de la hora había mucha gente interesada en comer esos paninis, y al ver las horribles luces navideñas que colgaban del dintel de la improvisada tienda Daniel cayó en la cuenta de que faltaban muy pocos días para Navidad.

Él había decidido que iría a pasar el día de Navidad a París con Sergio y Cleo, sus mejores amigos. Sus padres estaban en Nueva York y tras el fallecimiento de sus abuelos apenas encontraban motivos para reunirse con nadie que no fuese de su entorno profesional. A él no le importaba, siempre había tenido muy claro quién era su verdadera familia y prefería vivir así a verse atrapado en un sinfín de celebraciones horribles impregnadas de hipocresía. Volaría a París el veinticuatro por la mañana y volvería a Venecia el veintiséis, tenía tiempo de sobra de hacer los últimos preparativos, ensayar de nuevo y tenerlo todo listo para el concierto del día uno de enero.

—¿Qué vas a hacer por Navidad? —De repente la idea de presentar a Alba a Cleo y a Sergio le pareció brillante. Podrían coincidir en París y salir a cenar los cuatro.

—Aún no lo he pensado, todavía faltan días.

Daniel reconocía una evasiva en cuanto la oía.

—¿No tienes planes para Navidad?

Alba se encogió de hombros.

—Supongo que estaré aquí. Voy un poco retrasada con el cuadro.

Daniel quería hacerle mil preguntas más, quería hacer una broma y decirle que con esa falta de espíritu navideño parecía el Grinch o el señor Scrooge, pero la miró y entonces solo quiso abrazarla.

—¿Dos paninis o uno solo? —la voz de la mujer que con bata de boatiné vendía los bocadillos italianos desde el portal les interrumpió.

—Dos —contestó Alba al mismo tiempo que sacaba el dinero para pagar.

Daniel lo aceptó porque seguía demasiado aturdido para reaccionar. Con cada segundo que pasaba más aumentaban sus ganas por saberlo todo de esa chica y por luchar contra cualquier monstruo o dragón que se atreviese a hacerle daño. Él nunca se

había sentido el caballero andante de nadie y algo le decía que Alba no necesitaba ninguno, pero quería serlo de todos modos.

—Gracias. —Aceptó el panini y dio un mordisco. El calor se extendió por su cuerpo—. Vaya, está buenísimo.

—Lo sé —contestó Alba que había perdido parte de la tristeza de antes.

Caminaron en silencio, dando mordiscos a sus paninis y hablando de cualquier tontería que se cruzaba por su camino. Venecia era una fuente inacabable de temas de conversación y después de la metedura de pata con lo de la Navidad, Daniel no se atrevía a hablar de algo más personal que pudiese asustar a Alba. Quería volver a verla.

—Si llevas aquí varios meses, deduzco que no estás en un hotel —le dijo.

—No, tengo un piso alquilado cerca del trabajo. La Galería se ha encargado de todo.

—Ah, esa galería con la que antes me has acusado de estar confabulado.

—Lo siento —Alba se sonrojó—, es que lo de chica *bellini* me ha cogido de sorpresa.

—Sí, es verdad. —Daniel hizo una bola con el papel con el que la señora de la bata le había envuelto el panini—. Y aún no me has explicado por qué.

Alba se quedó mirándolo un segundo. En la Galería le habían dicho que la Fundación Lamborghini, su patrocinador, quería discreción. Nadie podía saber nada sobre el supuesto nuevo cuadro de Bellini hasta el día de la fiesta.

—Bellini es uno de mis pintores favoritos —confesó. Eso no era mentira y no tenía nada que ver con la Fundación ni con la Galería.

Daniel sonrió.

—¡Qué casualidad! —le dijo mirándola a los ojos.

Era demasiado intenso, un cosquilleo se extendió por el cuerpo de Alba y la hizo entrar en calor allí en medio de la noche veneciana.

—Sí, mucha casualidad —susurró y se humedeció los labios—. ¿Y tú qué haces en Venecia?

—He venido a dar un concierto —contestó Daniel, que ya no podía ni pensar.

Tenía que besarla.

Tenía que besarla y retener dentro de él una chispa de la luz que brillaba en los ojos verdes de Alba. Quizá con un beso jamás volvería a sentir apatía, tendría pasión y fuego para el resto de su vida.

Allí volvía a estar esa frase, ese pensamiento: «para el resto de la vida».

Tenía que besarla.

No, era demasiado pronto, pensó justo cuando empezaba a levantar las manos para abrazarla. Alba estaba al corriente de todo lo que había publicado la prensa sobre él. Si la besaba ahora, le confirmaría que era un seductor, un ligón cualquiera. No, no podía besarla.

Tenía que esperar.

Joder. Mierda.

Le dolió apartarse y le dolió aún más cuando ella apartó la mirada. Le dolió tanto que le sujetó el mentón e hizo algo que nunca antes había hecho con una mujer; ser completamente honesto.

—Quiero besarte. Tengo tantas ganas que estoy temblando. Una parte de mí me odia porque me estoy obligando a esperar y otra, la misma que me ha obligado a entrar en esa cafetería hace unas horas cuando te he visto bajo la lluvia, insiste en que es lo correcto. Tengo que esperar.

—¿Esperar el qué?

—Esperar a que tú me creas.

—Oh. —Ella no le entendió. Seguía sintiéndose avergonzada por el casi beso que no se habían dado—. Claro.

—Joder, Alba. Quiero besarte. Pero si lo hago ahora tú creerás que soy un ligón y un seductor.

—¿Y no lo eres?

Él dio un paso hacia atrás, no se había dado cuenta pero había ido acercándose y estaban tocándose.

—Sí. No. No lo sé.— Se pasó las manos por el pelo—. Contigo no.

Alba sonrió y se le iluminó el rostro.

—Vivo cerca de la Galería. No está muy lejos de aquí —le dijo a Daniel—. ¿Me acompañas?

Daniel soltó el aliento y le respondió exhausto. Eso de la sinceridad y de reprimir tus impulsos era agotador.

—Sí, claro que te acompaño.

Ella empezó a caminar y él acompasó sus pasos a los de ella. Cuando cruzaron el tercer puente de camino a la Galería, Daniel la cogió por la cintura y la miró. Alba le devolvió la mirada sonrojada y no se apartó, y él interpretó el gesto como que podía seguir abrazándola.

—El cuadro que estás restaurando, ¿es bonito? —le preguntó Daniel.

—Sí, la verdad es que es precioso.

—Tiene que serlo, te han brillado los ojos cuando has hablado de él. No, no te sonrojes —le pidió al ver que ella se avergonzaba—, es precioso ver que sientes tanta pasión por tu trabajo.

Alba analizó esa respuesta.

—¿Tú no la sientes?

—Al principio sí, hace unos meses no tanto.

—¿Y ahora?

Daniel la miró.

—Ahora creo que vuelvo a sentirla.

Llegaron al edificio donde vivía Alba y Daniel se despidió con un beso en la mejilla. No era el beso que le habría gustado darle, pero fue el beso perfecto para esa noche.

Él se esperó a que ella entrase y cerrase con llave, y entonces volvió al hotel.

Llovió de nuevo, a Daniel no le pasó por alto el sentido de humor del clima veneciano; Alba desaparecía y volvían las nubes de lluvia. Le daba igual, se subió el cuello de la cazadora y sonrió.

Volvería a verla al día siguiente.

Alba le había prometido que si él estaba en la Galería de la Academia a las cinco de la tarde, le haría una visita guiada.

## Capítulo 5

Alba se despertó con la certeza de que había tenido el sueño más extraño y real de toda su vida, pero en cuanto fue a la cocina del pequeño apartamento que tenía alquilado y vio el envoltorio del panini vio que estaba equivocada y sonrió.

Había paseado de noche por Venecia con Daniel, un hombre al que jamás tendría que haber conocido y que sin embargo había encajado a la perfección caminando a su lado.

Intentó no darle demasiadas vueltas, algo que era una verdadera hazaña en su caso, y cuando llegó a la sala de restauración que tenía en la Galería se acercó al cuadro de un modo distinto al día anterior.

Cada día se quedaba plantada unos minutos frente a *El amor de Magdalena* e intentaba buscar sus secretos. Esa mañana buscó algo más. Si ese cuadro lo había pintado de verdad Bellini, ¿en qué se había inspirado? ¿Qué sentimientos lo llevaron a capturar ese casi beso tan intenso?

El verdadero sueño de Alba siempre había sido pintar y nunca se había atrevido a hacerlo porque jamás había vivido nada que quisiera capturar en un lienzo. Ella conocía todas las técnicas de dibujo y pintura, había experimentado con multitud de materiales y podía imitar la casi totalidad de estilos que existían. Era meticulosa y concienzuda, no había detalle que se le escapase, por eso era tan buena restauradora.

Y por eso era tan mala artista.

«No te preocupes, tesoro, no todos hemos nacido para pintar»

Odió que esa frase que tantas veces le había dicho su padre de pequeña reapareciera justo en aquel momento en su mente. Al menos logró bloquearla antes de oír también la coletilla que siempre

añadía su madre acerca de que en el mundo tenía que haber tanto hormiguitas trabajadoras como mariposas.

Odiaba ser una hormiguita, pero las hormiguitas al menos eran responsables y no se olvidaban a sus hijas en el colegio. Ni se iban de vacaciones sin ellas. Ni las machacaban diciéndoles que no eran buenas hormigas y que lo mejor sería que aprendiesen a ser cucarachas, por ejemplo.

Daba igual, ya no servía de nada pensar en ellos.

Cerró los ojos con fuerza y contó hasta dieciocho. Un verano, cuando tenía seis años, conoció a Gerard, el misterioso amigo de sus padres, y este se pasó toda la tarde jugando con ella. A Alba le extrañó, sus padres solían dejarla correr sola por el prado que se extendía detrás de su casa de Brighton, lugar donde se quedaron hasta que ella cumplió los doce y del que se mudaron sin pensar ni un segundo en el colegio de su única hija o en si la niña perdería a sus amigas o el hogar donde había estado más tiempo. Gerard miró confuso a Jacques y a Lola, de eso Alba se acordaba porque fue la primera vez que vio que alguien discutía con sus padres, normalmente la gente solía adularlos, y después se fue a jugar con ella. Mientras jugaban a cazar hadas, algo que Alba nunca había hecho antes, Gerard le explicó que si cerraba los ojos y contaba hasta dieciocho todas las cosas malas desaparecerían de su alrededor.

Lo hacía desde entonces.

Gerard lo sabía y se reía de ella. Le había explicado que ese día eligió el número al azar, pero Alba seguía haciéndolo. Y a él le gustaba.

Abrió los ojos y los recuerdos de sus padres desaparecieron y solo quedó el cuadro y un extraño y desconocido cosquilleo en los dedos.

Se acercó al caballete en el que tenía instalado el supuesto Bellini y detuvo la nariz a escasos centímetros de los ojos del hombre que aparecía en él.

Ese hombre, fuera quién fuese, se estaba conteniendo para no besar a la mujer que tenía en brazos. Quería besarla y algo muy fuerte se lo impedía, ¿qué era? ¿su fe? ¿sus principios? ¿otra mujer

esperándolo en casa? Tenía que ser algo insalvable a juzgar por el fuego que brillaba en el óleo.

El cosquilleo aumentó, Alba bajó la vista hacia sus manos y las miró atónita.

Tenía ganas de pintar.

Quería pintar.

Se quedó sin respiración durante unos segundos y en un impulso nada propio de ella no se contuvo, cedió a ese anhelo y cogió un pincel, una paleta llena de manchas de colores y se acercó a uno de los lienzos en blanco que tenía en la sala de trabajo.

La primera línea fue la más difícil, la segunda le costó, y dos horas más tarde habría echado de allí a gritos a cualquiera que hubiese osado interrumpirla. Dejó de pintar porque sonó el teléfono y fue a contestarlo. Era Gerard que volvió a insistir en que se tomase dos días de vacaciones por Navidad y fuese a pasarlos con él en Francia. Alba volvió a negarse, le dijo que necesitaba esos días para terminar el trabajo. Él aceptó la negativa aunque le aseguró que volvería a insistir más adelante.

Después de colgar, Alba se dio media vuelta y se quedó petrificada al ver lo que había pintado. Era un boceto muy básico y si quisiera terminarlo debería dedicarle horas y horas de trabajo, pero era innegable que eran Daniel y ella frente a uno de los puentes que cruzaban los canales de Venecia. Mirándose. A punto de besarse.

Alba no osaría jamás comparar su pintura con una del gran Bellini, aunque era lo bastante sincera como para entender que las dos obras desprendían la misma emoción. Uno no podía observar ninguna de las dos sin preguntarse por qué el hombre y la mujer que aparecían en ellas no se estaban besando. Como espectadora tenía ganas de gritarles y de exigirles que se besasen de una vez.

No podía seguir mirándolo, un miedo absurdo y atroz le apretó el pecho. Caminó hasta su lienzo, no el de Bellini, y le dio la vuelta. En cuanto vio la tela grapada en los travesaños de madera fue capaz de volver a respirar.

Ella nunca había sentido la necesidad de dibujar a Vincent y eso que habían estado juntos casi un año y aunque adoraba a Gerard y a su amiga Sophie y les consideraba su abuelo y su hermana

postizos tampoco los había dibujado jamás. Con Daniel ni siquiera había llegado a razonarlo, sus manos habían decidido ponerse a pintar casi sin pedirle permiso.

Alba no estaba preparada para algo así. Ella nunca había pintado a nadie. Al menos no desde que sus padres se divorciaron y los dos insistieron en repetirle la suerte que tenía de no parecerse a ninguno de los dos.

«Es bueno ser como tú, Albita (así la llamaba su madre aunque ella lo odiaba), vivirás más tranquila. Si fueras apasionada como tu padre y yo, sufrirías. Es mucho mejor ser normal, créeme. Tú eres calmada, tranquila, razonable, nunca te alteras ni te sulfuras por nada. No sabes cuánto te envidio».

En ese momento Alba no se sentía ni calmada ni tranquila ni razonable. Estaba confusa y asustada y si hubiera tenido a su madre delante le habría dicho que era una egoísta y que tendría que haberse preocupado menos por si su exmarido se estaba acostando con la periodista o la grupie de turno (algo que sin duda había hecho con asiduidad a partir del divorcio) y más por la hija de ambos de quince años que era incapaz de llorar o de reír.

Mucho más furiosa que antes por haber permitido que el recuerdo de Lola se entrometiese en su lugar de trabajo, Alba puso en marcha el ipod y dejó que la música sonase a todo volumen en la sala de restauración.

Volvió a observar *El amor de Magdalena* y llegó a la conclusión de que quienquiera que fuese el autor lo había pintado porque sencillamente no había podido evitarlo. Había pintado ese casi beso porque lo había vivido y porque necesitaba que el mundo entero lo supiera. No solo eso, el pintor se había negado a que ese amor se perdiese en el paso del tiempo, había buscado la manera de hacerlo eterno.

Se apartó del cuadro y volvió al ordenador para buscar toda la información disponible sobre la vida de Giovanni Bellini, si él era de verdad el autor de *El amor de Magdalena*, tenía que haberle sucedido algo que lo explicase.

Esa mañana Daniel no fue al Palazzo de Santa Sofia, allí era donde iba a celebrarse el concierto de Año Nuevo y ya habían terminado de adecuar la sala de música. Esa mañana Daniel eligió reunirse con los cuatro músicos a los que iba a dirigir en el edificio que la Fundación tenía a las afueras de la ciudad y en el que se encontraba también el circuito privado donde probaban las motocicletas Ducati.

Después del paseo de la noche anterior no podía contener las ganas que tenía de tocar, de tocar de verdad y se le ocurrió que debía contagiar a su pequeña y temporal orquesta. El concierto era en honor de la casa Ducati, las mejores motocicletas de la historia (según él al menos), la música de esa noche tenía que desprender la misma fuerza que esas máquinas cuando surcaban el asfalto.

—¿Cuántos de vosotros os habéis montado en una Ducati? —les preguntó en cuanto estuvieron junto a una de las pistas del circuito.

Los cuatro músicos, tres hombres y una mujer, lo miraron perplejos.

—Nunca —respondió Luca, un violinista.

—Jamás —Giacomo, otro violín.

—Ni muerta me subo a uno de esos monstruos —aseguró Petra adivinando la intención de Daniel. Era una violonchelista de cincuenta y ocho años que probablemente había nacido anticuada.

—En una Ducati nunca, pero cuando viví en Roma llevaba una Vespa —le explicó el último músico, Hans, un alemán que había decidido mudarse a Italia años atrás.

—Pues hoy todos vamos a subirnos a una. No, Petra, no me mires así —la detuvo antes de que pudiera quejarse—. La señorita Cavalieri nos ha organizado una sesión privada con el jefe del equipo mecánico y no podemos quedar mal con ella, ¿no crees?

—No, por supuesto que no.

Daniel sonrió, sabía que una mujer como Petra no se atrevería a insultar a un miembro de la «alta sociedad» como Rafaela Cavalieri.

—Perfecto.

—No es que me queje —empezó Luca lo que evidentemente iba a ser una queja—, pero ¿por qué tenemos que ir en moto?

—No vas a ir en moto, Luca, vas a conducir una Ducati que no existe en el mercado. Eres un elegido. —Intentó contener, sin éxito,

la frustración que sentía siempre que alguien comparaba una Ducati con una moto cualquiera. Insensatos.

En ese instante aparecieron cinco mecánicos conduciendo cinco increíbles motocicletas rojas. Tras ellos iba caminando cual domadora de leones Ela, sintiéndose muy cómoda en su posición de heredera de ese imperio y sin disimular lo feliz que le había hecho que Daniel la hubiese llamado esa mañana para pedirle ese favor.

Una hora antes, Daniel estaba tan entusiasmado con la idea de que los músicos se contagiasen del espíritu que vivía dentro de esas máquinas que no cayó en la cuenta de cómo podía interpretar Ela esa llamada. Ahora, de pie en esa pista, vio clarísimamente que había cometido un grave error de cálculo y que esa mujer prácticamente daba por hecho que él estaba interesado en ella además de en las motocicletas..

Tenía que ir con cuidado, quería dejarle claro que no era así, pero no podía correr el riesgo de molestarla o de insultarla, Pilar Fortuny jamás se lo perdonaría y el Liceo necesitaba de verdad el dinero de ese concierto.

—Buenos días, señorita Cavaliere. —La formalidad siempre establecía más distancia—. Gracias por acceder a mi inusual petición.

A Rafaela no le pasó por alto el «señorita» y entrecerró los ojos al detenerse junto a él.

—De nada, Daniel, ya sabes que estoy dispuesta a escuchar todas tus peticiones, cuanto más inusuales mejor —añadió solo para sus oídos—. Y haz el favor de llamarme Ela —alzó la voz de nuevo y sonrió—, la formalidad la reservo para el despacho, aquí, en la pista, no hay lugar para ella. ¿No es así, chicos? —Miró a los mecánicos.

—Así es, Ela —le respondió el jefe de los mecánicos—. Yo de usted, señor Liveux, cedería, la señorita Ela siempre consigue lo que quiere.

—No tengo ninguna duda —respondió Daniel intentando ocultar la incomodidad que sentía.

Ela sonrió satisfecha y cogió a Daniel del brazo. Esa mujer definitivamente no iba a dejarse amedrentar por la falta de respuesta del hombre al que quería llevarse a la cama.

—Ven conmigo, tengo una sorpresa para ti —le dijo justo antes de hacer señas a otro de los mecánicos.

—No debería alejarme demasiado —Daniel señaló a los músicos que estaban recibiendo una improvisada clase de conducción por los expertos de Ducati—, si no, este experimento carecerá de sentido.

—No vamos lejos, vamos a buscar la moto que he elegido para ti.

El modo en que Ela le habló hizo que Daniel tuviera ganas de soltarse y de apartarse de ella, pero se contuvo porque no podía negarse a seguirla. No tendría ningún sentido que él rechazase esa moto después de haber pedido cuatro para sus músicos. Ela le tenía atrapado y lo sabía.

—No tendrías que haberte molestado —le dijo entre dientes.

—No ha sido ninguna molestia, quiero verte conducir a Pegasus.

El mecánico abrió la puerta de un garaje y ante los ojos de Daniel apareció una moto que parecía sacada de una película de James Bond (o de sus sueños de adolescente). La motocicleta era sin duda espectacular, podría incluso definirla como una obra de arte de la ingeniería mecánica, pero Daniel se dio cuenta en aquel preciso instante que cambiaría dar una vuelta en Pegasus por descubrir uno de los secretos de Alba.

Se detuvo en seco. «¿Qué diablos estás haciendo, Daniel? ¿Desde cuándo te importa conocer a una mujer? No es una mujer», discutió consigo mismo, «es Alba».

Ela interpretó la reacción como admiración o incluso emoción y, gracias a Dios, le soltó y le dejó solo, se acercó al mecánico y este le entregó unas llaves y un casco.

Mientras la despampanante italiana estaba frente a una moto igual de despampanante, Daniel ni siquiera las veía, su mente había quedado aturdida ante el descubrimiento de que por primera vez en su vida sentía tanta curiosidad e interés por otra persona que era capaz de anteponerla a él mismo. Sintió un nudo en el estómago, apretado, horrible, le subió por el esófago y casi lo atragantó. ¿Qué demonios se suponía que tenía que hacer con eso? Una cosa era recuperar su pasión por la música y otra muy distinta arriesgarse a acercarse a otra persona. No se lo había dicho nunca a nadie, aunque sin duda no hacía falta ser psicólogo para darse cuenta,

pero a él no le gustaba necesitar a nadie. De hecho, estaba convencido de que nunca había entablado ninguna relación de la que no se pudiese desprender. Con Cleo y Sergio ya había hecho una importante excepción, inaudita. Ellos dos habían pasado de ser sus mejores amigos a ser lo más parecido que tenía a una familia y aunque se burlaba de ellos una pequeña (o no tan pequeña) parte de él los envidiaba. En el fondo, Daniel sabía que él jamás sería tan valiente como ninguno de ellos dos. Cleo había arriesgado el corazón dos veces en la vida, una por su sobrina Marion y otra por Sergio. Cleo había adoptado a Marion cuando la madre de esta, su hermana Luella, volvió a recaer en las drogas y prácticamente la abandonó. Cleo había luchado mucho por ambas, por Marion y por Luella, y Daniel había presenciado asombrado cómo su amiga era capaz de amar a pesar del dolor y de los sacrificios que ello comportaba. Daniel sabía que en el fondo de su alma Cleo seguía creyendo que Luella algún día se rehabilitaría e iría a buscarlas. Él esperaba por el bien de su amiga que así fuera. Pero, si Luella aparecía y volvía a hacerles daño a Cleo o a Marion, Cleo encontraría la manera de perdonarla y de seguir queriéndola. Ella sencillamente era así. Y en cuanto a Sergio, no había nada que este no estuviese dispuesto a hacer con tal de hacer feliz a Cleo y a la pequeña que prácticamente se había convertido en su hija. Daniel lo había presenciado con sus propios ojos, vio el instante exacto en que su amigo de la infancia sacrificaría cualquier cosa, incluso cualquier sueño, para estar con Cleo. Y ni siquiera lo consideraría un sacrificio. Sergio le había dicho que sin Cleo no le quedarían sueños, así de sencillo. Quizá en cierto modo fue precioso estar allí en ese momento, escuchar esa frase de los labios de Sergio, ver que lo decía en serio, pero básicamente Daniel sintió miedo.

Un miedo atroz de que eso pudiese sucederle a él algún día.

«No, no me está pasando nada de eso. Es una estupidez».

Caminó decidido hacia Ela Cavalieri, aceptó el casco negro y las llaves y se sentó en la Ducati. Dominar ese motor le devolvió la paz, le proporcionó esa sensación falsa de cotidianidad, se sintió como si fuera el de siempre. Pero no lo era, solo tuvo que dar una vuelta completa al circuito para saberlo; la prueba eran esas otras cuatro

motocicletas que con mayor o menor acierto también circulaban por allí.

Por primera vez desde que había empezado a tocar había sentido la necesidad de compartir la música con otros músicos. Por primera vez había sido consciente de que, si de verdad quería que el concierto emocionase, no podía estar solo, necesitaba la pasión y el talento de otras personas. Quizá él fuese un genio, así lo habían definido algunos, pero la genialidad podía ser completamente vacía y dejar indiferente.

«Las mejores partituras son las imperfectas, Dany».Oír esa frase en la voz de su abuelo le recordó lo que había sido al principio. Antes de perderse.

Dio más gas y se agachó encima del lomo de la moto.

Había aceptado ese encargo en Venecia porque quería quitarse de encima a Pilar Fortuny y porque le pareció que sería una buena manera de deshacerse de aquella extraña apatía que parecía acompañarle últimamente. No lo había aceptado para poner su mundo del revés ni para oír la voz de su abuelo, que llevaba casi veinte años muerto, en el interior del casco. Ni mucho menos para que le sudasen las manos o le faltase el aliento al pensar en una chica de ojos cálidos como los melocotones en verano.

Mierda.

## Capítulo 6

Tras dar cinco vueltas al circuito de pruebas de Ducati, Daniel les hizo señas a los músicos del cuarteto para que se detuvieran. A pesar de las reticencias iniciales, en cuanto se quitaron los cascos de seguridad vio que había acertado al llevarlos allí.

—¿Qué os ha parecido? —les preguntó con una sonrisa de oreja a oreja—. Eso creía yo —añadió al ver que ninguno era capaz de formular ni una sílaba—. Ahora volveremos al Palazzo, quiero que cuando toquéis me hagáis sentir lo mismo que hemos sentido conduciendo estas preciosidades, ¿de acuerdo?

Los músicos asintieron, aún estaban medio aturcidos pero por fin habían logrado comprender qué era lo que Daniel buscaba. Y Daniel, aunque seguía sin entender por qué lograr eso le había parecido tan vital y necesario, estaba tan feliz que incluso dio una palmada a Luca en la espalda y a Petra un beso en la mejilla.

El ensayo fue espectacular. El equipo de limpieza que seguía trabajando en el Palazzo para dejarlo todo listo para el día de Año Nuevo dejó de trabajar y se sentó a escucharlos porque sencillamente era imposible no hacerlo. Todas las personas que estaban en el Palazzo acabaron allí de pie o sentadas en el suelo escuchando y cuando el cuarteto terminó de tocar y Daniel se dio la vuelta recibieron el mayor y más sincero aplauso de su carrera. Entonces fue Daniel el que no pudo decir nada y el que siguió mudo cuando la gente se despidió de él estrechándole la mano o dándole las gracias.

Ahora solo era cuestión de que pudieran repetirlo el día de Año Nuevo.

Daniel se dejó caer en una de las butacas que había en la sala y se pasó las manos por el pelo. Le temblaban, pero estaba solo y no

tenía que ocultárselo a nadie. El problema era que no sabía qué hacer y que era la primera vez que le sucedía. Él siempre sabía qué hacer y, si no lo sabía, no se angustiaba y se dejaba llevar. Podría decirse que Daniel Liveux era la despreocupación personificada, excepto en lo relativo a su música, por supuesto. Por la música siempre se había desvelado, por la música siempre había sufrido, por eso se había asustado al descubrir que ya no era así.

Estaba hecho un jodido lío y no poder respirar tampoco le estaba ayudando. Un momento, ¿estaba teniendo un ataque de pánico? Ni hablar. Se le aceleró el corazón. Mierda, sí, había pasado de ser un tipo relajado a no sentir nada y a tener palpitaciones en unos días.

En unos días no, se corrigió, en apenas unas horas. «Las mismas que hace que no te puedes quitar a Alba de la cabeza y te preguntas qué puedes hacer para conocerla».

El corazón le latió más rápido. Tenía que detenerlo. Buscó el móvil y marcó el número de emergencias. Bueno, no de emergencias, de sus emergencias.

—Coge el jodido teléfono —farfulló apretando el aparato entre los dedos.

—¡Daniel! —le saludó efusiva una voz que no esperaba, aunque fue justo la que necesitaba, pues el corazón recuperó cierta normalidad y sonrió aliviado—. ¿Aún estás en la ciudad con calles de agua?

—Sí —suspiró—, aún estoy en Venecia, ¿está Sergio por allí?

—Sí, claro—. Daniel escuchó que la niña caminaba con el teléfono en la mano—. ¡Papá, tu amigo Daniel quiere hablar contigo! He contestado porque he leído su nombre, ya sé leer.

—Lo sé, princesa —contestó Sergio al aceptar el teléfono. La niña debió de irse riendo porque Daniel pudo oírla a través del aparato—. ¿Daniel, sigues allí?

—Sí —se rio—, aquí estoy. Marion te ha llamado «papá» —le dijo con asombro y sintiéndose orgulloso de su mejor amigo.

—Sí, bueno— Sergio carraspeó—, empezó hace poco. Después de firmar los papeles del abogado, a Cleo ha dejado de llamarla «tía» y también la llama «mamá».

—Me alegro por vosotros. Me alegro mucho, de verdad.

—Gracias, estamos muy contentos. ¿Y a ti qué te pasa?

—Nada.

—Oh, vamos, Daniel. Desembucha.

—¿Por qué crees que me pasa algo? —Daniel se puso en pie y paseó nervioso de un lado al otro de la sala.

—Porque me has llamado tú y porque has hablado de sentimientos, el tema tabú de Daniel Liveux.

—No es verdad.

—Claro que lo es.

Daniel se detuvo y suspiró exasperado. De nada le serviría discutir con Sergio, lo conocía demasiado bien.

—No tengo ningún problema en hablar de sentimientos —se defendió.

—Está bien, veamos si es verdad. ¿Qué te pasa, Daniel?

—Nada.

—¡Daniel!

—¿Cómo sabes que me pasa algo?

—Soy tu mejor amigo.

—Gracias, pero eso no es ninguna explicación.

—¿Te acuerdas del día que te dije que tenía que irme de París durante una semana? —le preguntó Sergio.

Daniel lo pensó durante unos segundos.

—¿Te refieres a cuando Cleo y tú os peleasteis y ninguno de los dos me lo contó?

—Exacto, ese día tú insistes en que me pasaba algo.

—Y tú te negaste a explicármelo. Si me lo hubieras dicho...

—Me habrías explicado que tú no estabas interesado en Cleo, lo sé. Sé lo que pasó. Lo que quiero decir es que ese día tú sabías que me pasaba algo.

—Por supuesto —contestó Daniel antes de darse cuenta de que Sergio le había llevado exactamente adonde quería—. Mierda.

Sergio se rio.

—Cuéntame qué te pasa, capullo, y dime cómo se llama.

—¿Cómo se llama quién?

—La chica que te tiene tan alterado.

—Alba —confesó, y al pronunciar el nombre de ella sonrió y el corazón se le detuvo un segundo. Estaba peor de lo que temía—. No ha pasado nada, apenas la conocí anoche.

—De acuerdo, pero deja que te diga que eso no importa. Sigue contándome.

—La representante de la fundación es una italiana espectacular y hoy me ha dejado conducir una Ducati que ni siquiera está en el mercado. Me he llevado a los del cuarteto al circuito, todos hemos conducido, pero mi moto era distinta. Creo que la han sacado de un laboratorio secreto o algo así. Alba pinta, bueno, ella dice que es restauradora, pero la vi dibujar. Debería dibujar. Cuando la vi pensé en mis abuelos, en el último verano que pasé con ellos, y en mi primer concierto. Tendrías que habernos oído tocar cuando hemos vuelto del circuito.

—Espera un segundo, Daniel. Para —Sergio detuvo la cascada casi sin sentido de frases de Daniel—. Tranquilo.

—Joder, Sergio, no sé qué diablos me pasa —estalló al final Daniel.

Sergio sonrió e intentó ocultar la reacción a su amigo que, por suerte, no lo veía, aunque le guiñó el ojo a Cleo, que lo estaba observando confusa de pie frente a él. Sergio sabía que tarde o temprano le sucedería eso a Daniel. A pesar de la fachada que exhibía a todo el mundo, y que él mismo se creía, era un hombre que sentía demasiado, y no demasiado poco, y le costaría asumir que estaba empezando a enamorarse.

—Se te pasará —mintió Sergio. Si eso era el principio de un amor de verdad, jamás se le pasaría, lo sabía por experiencia, pero no quería asustar a su amigo—. ¿Cuándo tienes que volver a ver a Alba?

—Hoy, va a enseñarme unos cuadros.

—¿Y a la italiana espectacular? —Sergio quería asegurarse de no haber malinterpretado a su amigo.

—¿A quién?

La sonrisa de Sergio se ensanchó, Daniel ni siquiera sabía de quién le estaba hablando.

—A nadie. Ve a ver esos cuadros, Daniel. Todo se arreglará.

—De acuerdo. —Si hubiese sido el de siempre, Daniel se habría dado cuenta de que en realidad Sergio no podía garantizarle tal cosa, pero en el estado en que se encontraba la certeza de su amigo le proporcionó la calma que necesitaba.

—Vendrás en Navidad, ¿no? Cleo está muy ilusionada y Marion quiere jugar contigo. Incluso yo te echo de menos.

«Supongo que estaré aquí. Voy un poco retrasada con el cuadro».

—Tal vez tenga que quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Aún no lo sé —añadió Daniel—. Te lo confirmo dentro de unos días.

—Dímelo cuanto antes, Daniel —le pidió Sergio con voz firme—, porque, si te quedas en Venecia por Alba —no dejó que su amigo intentase convencerle de que esa mujer no tenía nada que ver en esa decisión—, tendré que buscar tres billetes para Italia. No voy a dejar que pases la Navidad sin nosotros, capullo.

Daniel no pudo decir nada. Ese maldito nudo del estómago le había subido a la garganta y las manos volvían a sudarle.

—Cuídate, Daniel, y ve a ver esos cuadros.

Esa frase le hizo reaccionar y miró el reloj.

—Mierda.

Colgó y no oyó a su amigo reírse.

Daniel cogió el abrigo y salió corriendo de Ca D'Oro. No llevaba demasiado tiempo en Venecia, pero sí el suficiente para conocer las calles y los canales principales y poder esquivar los que estaban más repletos de turistas. Llegó a la Galería de la Academia y se detuvo un segundo para pasarse las manos por el pelo. Probablemente estaba hecho un desastre, apenas había dormido, había estado en el circuito, había dirigido el ensayo como si fuese la noche de estreno de la Ópera de Nueva York, y había estado al borde del infarto (dos veces). Joder, nunca había estado tan alterado.

Apoyó las palmas en los muslos y agachó la cabeza en un intento de recuperar el aliento.

—¿Daniel?

Era Alba, era su voz.

Mierda.

Levantó la cabeza y la vio. Ella iba caminando, había estado hablando con alguien, con una mujer que llevaba una bata azul marino y que tenía aspecto de bibliotecaria y que se alejó después

de que Alba se despidiese de ella. Esa mujer habría podido ser un dragón de siete cabezas y Daniel tampoco se habría fijado en ella. Solo veía a Alba.

Alba llevaba pantalones negros, botas con aspecto de ser muy cómodas, una blusa con un divertido estampado de conejitos y una chaqueta de lana encima. Durante un instante Daniel recordó la estudiada aparición de Ela Cavaliere en el circuito, las motos, los mecánicos, los tacones sobre los que caminaba. Ela había preparado su aparición hasta el último detalle, sin embargo estaba seguro de que Alba apenas había pensado en él al vestirse.

«Y ahora corre hacia mí sin contenerse, sin preocuparse. Viene hacia mí sin estar pendiente de si tiene el pelo donde más le favorece o si las caderas se mueven a un ritmo concreto. Viene hacia mí porque quiere estar a mi lado.»

Dios, nunca había sentido algo tan fuerte.

No pudo moverse.

—Hola —le dijo ella al detenerse frente a él.

—Hola.

—¿Estás bien? —Alba lo miró con la cabeza ladeada y el ceño fruncido.

—No. —¿Por qué no le había mentado?

—¿Necesitas algo? —Dio otro paso hacia él, levantó una mano pero la detuvo en el aire y se la guardó insegura en el bolsillo de la chaqueta. Daniel desvió la mirada hacia allí un segundo y vio sobresalir un pincel—. ¿Puedo hacer algo por ti?

«No me digas eso».

—Sí —contestó mirándola a los ojos, pero cuando Daniel oyó su voz le costó reconocerla.

—¿Qué?

Estaban en la calle, al lado de la puerta que utilizaban los empleados para acceder a La Academia. Habrían podido estar en cualquier lugar del mundo, en cualquier instante del tiempo, que Daniel habría respondido lo mismo:

—Tócame. —Alba se quedó perpleja. No se movió, los ojos, sin embargo, se transformaron, las motas doradas se expandieron y el iris resplandeció. Daniel tragó saliva y se humedeció el labio para explicarse mejor, o intentarlo—. Antes, hace unos segundos, ibas a

tocarme pero te has detenido y te has metido la mano en el bolsillo. —Alba asintió sin darse cuenta—. Tócame ahora, por favor.

Ella siguió mirándole del mismo modo. Durante unos segundos Daniel pensó que iba a decirle que estaba loco o que se iría de allí. Quizá iría a buscar a un médico, pensó. O quizá se iría de allí con la intención de mantenerse lo más alejada de él posible. Alba dio un paso y sacó la mano del bolsillo, la movió despacio, le temblaba tanto como la respiración.

Daniel sonrió, apenas la conocía, pero intuía que Alba hacía las cosas siempre a su manera, a su ritmo.

Alba le tocó la mejilla y Daniel cerró los ojos. Ella dejó la mano inmóvil, tal vez porque al sentir la piel de él bajo la suya un cosquilleo le subió por todo el brazo hasta hacerla también sonreír. Daniel respiró, no se había dado cuenta de que había dejado de hacerlo, y al soltar el aliento este rozó la piel del interior de la muñeca de Alba. Ella exhaló.

«No te apartes».

Daniel no sabía qué hacer, él sabía llevarse una desconocida a la cama y desnudarla en un tiempo récord. Él no sabía lo que era sentir miedo de que alguien, una mujer, esa mujer, dejase de tocarlo.

Alba movió la mano y Daniel se dijo que estaba listo para que se apartase. Irían a ver a los cuadros, hablarían, y quizá después lo vería todo con más calma. «Es lo que me ha dicho Sergio y él sabe de estas cosas».

Alba no se apartó, llevó la mano hasta la sien de Daniel y después le pasó los dedos por el pelo. Él se negó a creer que esa especie de ronroneo que oyó hubiese salido de sus pulmones. Pasados unos segundos, durante los que ella no dejó de tocarle el pelo, le daba igual si había ronroneado o no, estaba dispuesto a convertirse en el jodido Garfield con tal de que ella no dejase de tocarlo.

—¿Estás mejor? —le preguntó Alba, susurrando.

«No, ni mucho menos».

Carraspeó, pensó. Se conformó con responder:

—Sí, gracias. —Se incorporó consciente de que al hacerlo ella daría un paso hacia atrás—. Lamento haberte preocupado.

Alba volvió a ladear la cabeza del mismo modo que antes. Daniel descubrió que le gustaba que ella intentase descifrarlo, que se tomase su tiempo para entenderlo.

—Te he visto llegar corriendo, supongo que ha sido eso. Todo el mundo comete el error de pensar que Venecia es más pequeña de lo que en realidad es.

—Tenía ganas de verte. —Daniel no aprovechó la excusa que ella acababa de ofrecerle—. Y cuando he visto que ibas a tocarme y te contenías, me ha... —¿Cómo podía explicárselo? No podía—. No quiero que te contengas conmigo. Tengo la impresión de que ya te contienen demasiado, Alba.

Dejó de importarle por qué estaba sintiendo la necesidad de tenerla cerca, de tocarla, de sentirla. Dejó de preguntarse por qué ahora, por qué ella. Decidió arriesgarse.

Era aterrador.

No lo habría cambiado por nada del mundo.

# Capítulo 7

Alba se quedó estupefacta.

¿Qué diablos acababa de sucederle? ¿Acaso ese hombre podía ver dentro de ella? Pues claro que se contenía, había descubierto que era la única manera de sobrevivir. Si uno iba por el mundo mostrando sus sentimientos, cediendo a cualquier impulso, lo único que recibía a cambio eran disgustos.

«Él quería que lo tocases. Te lo ha pedido».

Era la primera vez que le sucedía algo así, la primera que no era rechazada y que no solo podía ser cariñosa con alguien, sino que esa persona, ese hombre, se lo pedía. Con sus padres había perdido la cuenta de la cantidad de veces que quiso abrazarlos o jugar con ellos de pequeña y fue rechazada. Con Vincent había sido más patético. Él la reñía si ella se ponía afectuosa, no te pongas «curisi», le decía, es poco elegante y nada digno de una profesional como tú.

«Vincent no te quería, te utilizó».

De hecho, pensó Alba horrorizada, si no fuera por Gerard y Sophie probablemente ni siquiera sabría dar un abrazo en condiciones.

«Tócame. Por favor», se sonrojó al recordar las palabras de Daniel, su voz ronca y su mirada. Cerró instintivamente la mano, que había vuelto a guardarse en el bolsillo, y se aseguró de retener allí el tacto de la piel de él.

¿Qué acababa de pedirle él ahora mismo? Ah, sí, que no se contuviera. ¿Qué podía decirle a eso? ¿Que estaba loco? ¿Que ella tenía que ir con pies de plomo porque en el fondo, o no tan en el fondo, sabía que si algún día empezaba a comportarse como era de verdad el mundo sería un lugar demasiado doloroso para ella?

Tenía muy pocas opciones: podía fingir que no le había oído, que no le había entendido, o decirle que se estaba imaginando cosas, que ella no se había contenido nada en ningún momento.

«No puedo mentirle».

A Alba le escocieron los ojos. No podía mentirle. Se asustó, ella había perfeccionado el arte de mentir. Podía mentirle a todo el mundo, excepto si el objeto de la mentira estaba relacionado con su trabajo, en eso jamás mentiría, tal como había quedado demostrado para desgracia de Vincent. ¿Por qué no podía mentirle a Daniel? Si acababa de conocerlo.

Lo miró.

No podía mentirle porque él la veía de verdad, porque él le había dicho que con él no se contuviera y porque cuando le había tocado había sentido que el destino por fin empezaba a compensarla por las malas jugadas que le había hecho desde pequeña.

Claro que sí, pensó, me merezco un premio como Daniel... aunque solo sea para esta tarde.

—Vamos, quiero enseñarte los cuadros —le cogió de la mano y tiró de él hacia La Academia.

No le contestó, a ninguno de los dos les pasó por alto, pero le había cogido de la mano y Daniel se conformaba con eso. Y Alba decidió que, si la fuerza que existía entre ellos dos era tan de verdad como ella sentía, ya llegaría el momento en que podría contárselo todo.

La Galería de la Academia estaba situada en la fortificación que rodeaba a la preciosa iglesia de Santa Maria della Carità y con los dedos de Daniel apretándole los suyos Alba se preguntó si tal vez un día también podrían pasear por allí. No le llevó a la sala de restauración donde ella trabajaba. Había firmado un acuerdo de confidencialidad con la Fundación y no quería romperlo. Además, solo hacía dos días que le conocía y aunque en sus entrañas sentía esa fuerza extraña que los unía aún no estaba preparada para arriesgarse de esa manera.

Sonrió sin que él pudiera verla, pues andaba detrás de ella, dejándose guiar, y guardó dentro del corazón aquel instante. Los cuadros de La Academia se deslizaban a su lado, era como ir dentro de un tren, pero en realidad solo caminaban. Alba estaba impaciente

por enseñarle un cuadro, uno en concreto. Después, ya visitarían el museo como personas normales.

—¿Adónde vamos? —le preguntó él sin ocultar la alegría en su voz.

—Quiero enseñarte un cuadro.

—Hemos pasado unos cuantos —siguió sonriendo.

—Este es especial, es de Bellini —se giró para mirarle y sus sonrisas se encontraron—. Vamos, está aquí.

Llegaron a la sala indicada y Alba se detuvo frente al cuadro que había estado buscando y aguantó la respiración.

—Es este.

Daniel se paró al lado de Alba y durante unos largos segundos observó el cuadro, era precioso, los colores parecían estar vivos, tuvo que cerrar la mano que tenía libre para contener las ganas de tocarlo. Pero por bonitos que fueran esos colores, por tentadoras que fuesen las texturas que desprendían, lo más espectacular era la atmósfera que existía entre las figuras del cuadro y que envolvía a quienquiera que se detuviera a observarlo.

—La *Sacra Conversazione* —leyó en voz alta.

—La de la izquierda es santa Caterina y la de la derecha María Magdalena, la del medio, con la túnica azul, es la Virgen con el niño.

Alba habló, le explicó detalles del cuadro, sobre la época en la que Bellini lo pintó y sobre el cuadro en sí. Daniel la escuchó, aunque la verdad es que fue incapaz de retener ningún dato, ni siquiera podía procesarlos. Ella estaba preciosa, el calor que desprendían los ojos castaños de Alba dejaba en ridículo el de esa pintura que según ella estaba consideraba tan brillante como las obras de Leonardo Da Vinci. Daniel había logrado con éxito no tocar el cuadro, pero fracasó estrepitosamente en su intento de mantenerse alejado de Alba.

Sin soltarle la mano, apretándola aún más entre sus dedos, aflojó la otra y la acercó despacio al rostro de Alba. Tenía que tocarla, quería sentirla. La miró a los ojos, ella sonreía y seguía hablando del cuadro, y le rozó la mejilla con las yemas de los dedos igual que había hecho Alba antes.

—En este cuadro, María Magdalena... —se detuvo cuando Daniel la tocó. Él movió la mano y le colocó un mechón de pelo

detrás de la oreja. Dejó allí la mano, con el meñique y el anular en la nuca y el cráneo, el índice y el medio en el pómulo y el pulgar deslizándose muy despacio por el labio de Alba.

Daniel esperó, ese momento era importante. Esperó a tener ganas de salir corriendo, pero no llegaron. Esperó a sentirse ridículo, pero no sucedió, todo lo contrario. Nunca se había sentido tan acertado, tan cerca de lo que podía llegar a ser lo mejor de su vida.

Daniel esperó a que sucediera algo que le volviera a convertir en el hombre que había sido hasta entonces. Pero miró a Alba y en los ojos de ella vio que jamás volvería a serlo. La belleza que se escondía dentro de esa mujer era lo más tentador, hermoso y misterioso que había visto nunca. Podía pasarse los días que le quedasen intentando descubrir cada rincón y no sería suficiente. Quería saberlo todo, quería verlo todo. Sintió terror al pensar que quizá ella no fuera a permitirselo.

—¿Daniel?

Él suspiró, se estaba comportando como un lunático, la estaba mirando como un loco, sin decirle nada, acariciándola como si no pudiese soportar no hacerlo. Soltó el aliento, lo único que podía decir en su defensa era que él nunca había creído que eso fuese a pasarle a él. Quizá por eso había sido tan repentino. La belleza de Alba, fuerte, inocente, se había colado bajo sus defensas sin que él se hubiese dado cuenta. Sentía como si llevase una eternidad encerrado en una habitación oscura y ella hubiese entrado con la única llave posible y ahora estaba cegado por el sol.

Soltó la mano que tenía entrelazada con la de Alba y la llevó también al rostro de ella. Respiró, se enamoró de las motas doradas que brillaban en sus ojos, agachó la cabeza y rozó los labios de Alba. No sabía qué estaba haciendo. Si no fuera porque estaba asustado, se habría reído de sí mismo. Lo único que sabía era que necesitaba besarla justo allí, en aquel instante, frente a aquel cuadro, en aquel mismo y maldito segundo. Necesitaba besarla y no parar jamás.

Alba tembló, Daniel separó los labios y buscó otro beso más íntimo. Si ella no le respondía, la soltaría, por supuesto. Le dolería haber cometido aquel grave error e intentaría pedirle perdón y

explicarle qué le estaba sucediendo. Alba también separó los labios y Daniel descubrió que su corazón era capaz de palpar y treparle por la garganta al mismo tiempo.

Él nunca había besado así a nadie y lo peor de todo era que nunca nadie lo había besado así a él. ¿Qué diablos había estado haciendo hasta ahora? Alba le rodeó el cuello con las manos, Daniel la besó con determinación, quería meterse dentro de ella, quería encontrar algún lugar donde esconderse y que nadie pudiese echarle nunca.

Ese beso le estaba arrancando una a una las capas de indiferencia, sofisticación y egoísmo con las que se había protegido hasta entonces. No quedaba nada de él, solo un hombre aturdido por la fuerza de la mujer que lo estaba besando. La primera que lo estaba besando de verdad.

Gimió, sí, gimió y cuando ella le respondió tuvo ganas de sonreír. ¿Quién le habría dicho que la incertidumbre mezclada con esa pasión tan incontrolable e inexplicable le convertirían en un idiota que besaba y sonreía en medio de un museo?

¿Un museo?

Interrumpió el beso, consciente de repente de sus alrededores, y mantuvo el rostro junto al de ella. Las mejillas seguían tocándose, la acarició con la punta de la nariz.

—Alba —susurró.

—Oh, Dios mío —susurró ella.

Daniel sonrió. Sí, esa chica le estaba convirtiendo en un idiota.

—Lo mismo digo. —Se apartó de ella—. Vamos, enseñame más cuadros.

Alba soltó el aliento y cogió aire.

—De acuerdo.

Daniel la cogió de la mano y esperó a que ella empezase a caminar.

Visitaron el resto de la Galería de la Academia, Alba era una gran guía, su amor y su pasión por el arte era contagiosa, intercambiaba historias sobre los cuadros con detalles de las vidas de los artistas que los habían pintado.

—Casi sabes tanto como ellos sobre sus cuadros —señaló Daniel cuando se detuvieron frente a un cuadro de Tiziano.

—Sí, supongo que sí —aceptó ella encogiéndose de hombros.

A esa chica le costaba tanto aceptar un cumplido o cualquier cosa que se le pareciese... A Daniel le resultaba tan sorprendente, y tan irresistible, que se agachó para darle otro beso.

Este fue más breve que el primero, quizá porque un grupo de turistas con su correspondiente guía se detuvieron tras ellos.

Alba estaba sonrojada cuando se apartó, pero la pregunta que le hizo a Daniel lo sorprendió:

—¿Tú no crees que es necesario entender la vida de un artista para comprender su obra?

Él jamás lo había visto de ese modo, lo pensó durante unos instantes.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, pero creo que no puedes pintar sobre el miedo si nunca has estado asustado. Para ser capaz de transmitir sentimientos tienes que vivirlos.

El fuego de los ojos de Alba lo hipnotizó, la pasión con la que hablaba la hacía aún más hermosa de lo que ya era. Estaba perdido, estaba jodidamente perdido. Volvió a sonreír como un idiota.

—También es cuestión de técnica —le dijo—, un cuadro exige horas y horas de trabajo. Igual que una partitura o una buena novela. Seguro que estás de acuerdo con eso.

—Sí, pero la técnica puede aprenderse.

—¿Y los sentimientos no? —la retó él. Esa conversación era sin duda la más fascinante que había mantenido en toda su vida y le estaba obligando a replantearse muchas cosas. ¿Era eso lo que él había estado haciendo? ¿Tocar con técnica pero sin pasión?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Lo siento, no quería ponerme profunda, es que el cuadro que estoy restaurando me tiene obsesionada.

Daniel la cogió de la mano y tiró de ella para apartarla del grupo de japoneses que ya parecían estar más interesados en ellos que en Tiziano.

—No me pidas disculpas, la verdad es que creo que tienes razón. Nunca lo había visto así. Yo mismo hoy he descubierto que una misma partitura suena mucho mejor cuando los músicos la tocan

después de haber conducido en moto de carreras. —Ella lo miró confusa—. Sé que acabamos de conocernos y sé que aunque has dejado que te besara...

—También te he devuelto el beso —añadió Alba orgullosa.

—Cierto, no creo que pueda olvidarlo nunca. —Se agachó de nuevo y la besó y ella —oh, Dios, esa chica iba a matarlo— se puso de puntillas y le demostró lo que significaba de verdad besar a alguien—. Sé que cuando nos conocimos no tuviste muy buena opinión de mí. Maldita sea, no puedo creerme que solo fuese ayer. —La sujetó por los hombros y la miró a los ojos—. Lo que estoy intentado decirte sin ninguna lógica y sin ningún sentido es que quiero que me des una oportunidad. Dame una oportunidad, por favor.

—¿Una oportunidad? ¿Para qué?

—Para demostrarte que no soy el hombre que aparece en las revistas. No sé si alguna vez lo he sido, quizá me he pasado todos estos años engañándome —«escondiéndome», pensó—, o quizá he cambiado. No lo sé. Lo único que sé es que quiero conocerte mejor, lo necesito. Joder —bufó y se rio de sí mismo. Ni en un millón de años se habría imaginado teniendo esa conversación—, quiero conocerte mejor y quiero que tú me conozcas a mí. A mí de verdad.

Alba lo miró a los ojos, esos besos, esas sonrisas, le habían hecho olvidar que Daniel no era un chico cualquiera de vacaciones en Venecia, era Daniel Liveux, prácticamente el príncipe heredero de Francia (si Francia tuviese de esos). Lo que él le estaba pidiendo era arriesgado, pero no imposible. Ella sabía lo doloroso que podía ser que te juzgasen y condenasen solo por tu apariencia, por tu trabajo o por quienes eran tus padres.

Vincent la había engañado, la había utilizado y manipulado, y al final la había humillado. Sin embargo, no le había roto el corazón. Ahora lo sabía con certeza porque este había empezado a latir de un modo desconocido hasta entonces la noche que Daniel entró en ese café.

Si sus padres estuviesen allí, se reirían de ella, le dirían que ella, una chica normal, razonable, del montón, no estaba preparada para lidiar con esa clase de emociones, con esa clase de atracción, con

la posibilidad de vivir una historia de amor de la magnitud que intuía solo mirando a Daniel.

Si Gerard estuviese allí, les daría una patada a Lola y a Jacques Benet, y si Sophie estuviese allí le daría una colleja por dudar de sí misma. Pero ninguno de ellos estaba allí.

Allí, frente a Daniel, solo estaba ella, Alba, una chica que se merecía estar allí y que estaba más que lista para vivir y para darle una oportunidad al primer chico que la veía de verdad y que la había besado con el alma.

Sonrió y él, que la había estado esperando, le devolvió la sonrisa. Ese era otro de los motivos por los que él le gustaba tanto, porque sabía que ella necesitaba su tiempo y no la apresuraba ni la miraba impaciente.

—Con una condición —le dijo ella.

—¿Cuál?

—Que tú también me la des a mí.

Daniel la abrazó por la cintura y volvió a besarla. Los dos suspiraron, sus labios persiguieron los del otro, se besaron y decidieron que seguirían haciéndolo hasta que sus corazones convencieran al resto de su cuerpo, básicamente a su mente, de que lo que estaba sucediendo entre ellos tenía que ser.

Llegaron a la salida del museo cogidos de la mano. Alba no volvió a la sala de trabajo, lo dio por concluido por ese día, y se despidió de sus compañeros con una sonrisa y las mejillas sonrojadas. Tiró de Daniel, que seguía siguiéndola, y decidió que había llegado el momento de pasear por Venecia de verdad.

—¿Qué estás haciendo aquí, en Italia? —le preguntó a Daniel cuando se detuvieron en un pequeño restaurante—. Creo recordar que leí en alguna parte que estabas en España dirigiendo una orquesta.

Daniel abrió la carta y aprovechó esos segundos para plantearse su situación. Hasta entonces no había caído en la cuenta de que dentro de poco él tendría que volver a Barcelona y que Alba o seguiría en Venecia o volvería a Francia. Era demasiado pronto para preocuparse por eso y sin duda era definitivamente demasiado pronto para hacer cambios en su vida por ella o para pedirle que ella

los hiciera por él. Sin embargo, no le gustó la idea de separarse de Alba.

—Estoy en España —confirmó preocupado, tanto por el hecho como por su reacción al mismo—. Soy el director de la orquesta del Liceo de Barcelona.

—Tiene que ser todo un reto dirigir allí. —Debido a su historia familiar, a Alba no le impactaba que alguien apareciera en las revistas del corazón, lo que sí le causaba una profunda admiración era el talento y tenía el presentimiento de que Daniel lo poseía de verdad—. ¿Te gusta estar en Barcelona?

—Hasta ahora sí.

—¿Hasta ahora?

Apareció un camarero con una sonrisa y un bloc de notas y Daniel le dijo en italiano:

—Denos unos minutos más, por favor.

El hombre se retiró y Alba esperó a que Daniel le explicase por qué había echado al camarero, dudaba que fuese porque necesitaba más tiempo para decidir qué tomaba para cenar.

—Me fui de París porque estaba harto de que la prensa se interesase más por mi vida privada que por mi música y porque —soltó el aire—, si te soy sincero, sentía que debía hacerlo. ¿A ti no te ha sucedido nunca?

—¿El qué? —Él la miraba tan intensamente que a Alba le costaba respirar.

—¿No has tenido nunca la sensación de que debías hacer algo para reaccionar, que llevabas demasiado tiempo como dormida, sin sentir ninguna emoción?

Alba nunca había creído que otra persona pudiese sentirse así. Ella llevaba *dormida* toda la vida, excepto cuando era pequeña.

—Sí, sí he tenido esa sensación.

—¿Y qué has hecho?

«Nada», pensó avergonzada. Había dejado que sus padres la convenciesen de que era demasiado «normal» para sentir una pasión arrolladora, para dejarse arrastrar por el deseo, bien hacia un hombre bien hacia una profesión. Había elegido ser cauta y la única vez que había cometido una estupidez había estado a punto de perder lo único de lo que se sentía verdaderamente orgullosa; su

carrera profesional. Podría decirse que Alba no confiaba en sí misma, pero eso iba a cambiar aquí y ahora.

—Hasta ahora nada.

Él levantó una ceja al oír esa frase casi idéntica a la de él.

—La cuestión es que en Barcelona seguía sintiéndome igual. Al principio fue emocionante empezar en un sitio nuevo, eso no voy a negártelo, y leer las fabulosas críticas que se han publicado en la prensa francesa durante estos últimos meses tampoco ha sido desagradable. Pero hace unas semanas me di cuenta de que no podía seguir así, no podía seguir tocando como quien pone sellos y no podía seguir acostándome... —Cerró los ojos cabreado consigo mismo—. Joder. Lo siento.

—No pasa nada —afirmó ella rotunda—. No me debes ninguna explicación —añadió por entre el dolor que de repente se había instalado en su garganta—. Sigue, no podías seguir acostándote con...

Daniel le cogió ambas manos y las estrechó hasta que ella dejó de intentar soltarse.

—No podía seguir acostándome con mujeres intercambiables cuyas caras no recuerdo y cuyos cuerpos no me hacen sentir nada. —Alba bajó la vista hacia la mesa—. Lo siento —repitió serio—, sé que no te debo nada, pero no puedo evitar el impulso de serte sincero. No tendría que haberte dicho eso. En primer lugar, no tendría que hablar así de esas mujeres, a pesar de mis muchos defectos quiero creer que soy un caballero y que nunca las engañé, ellas querían lo mismo que yo. Pero, en segundo lugar, no puedo contenerme contigo. Sencillamente no puedo —sonrió, orgulloso e indefenso al mismo tiempo.

—A mí me sucede lo mismo. —Se sonrojó hasta las cejas—. Nunca había besado así a nadie.

—He visto a dos japonesas guiñándote un ojo al salir —se burló él feliz por poder bromear así con ella.

—Eran coreanas.

—Si tú lo dices. —Daniel le soltó la mano y volvió a coger la carta—. ¿Qué te parece si pedimos la cena?

—De acuerdo.

—Quizá después de dos *bellinis* me atreva a decirte que durante un segundo me he planteado dejar el Liceo de Barcelona y volver a París para poder seguir viéndote.

—No lo dices en serio —balbuceó ella—. Pero si acabas de conocerme.

—Lo sé.

—Además, ni siquiera sabes si vivo en París. —Alba iba a empezar a tartamudear de un momento a otro.

—¿Vives en París?

Apareció el camarero.

—Sí, pero esa no es la cuestión.

—¿Qué quieres para cenar? —le preguntó Daniel con una sonrisa, estaba disfrutando como nunca. Que ella reaccionase de esa manera le daba esperanzas.

—¿Cómo que qué quiero para cenar?

—Este señor tan amable —señaló al camarero— está aquí esperándote. Tranquila, de momento no te lo he dicho.

—Estás bromeando —sugirió Alba con el corazón en un puño.

Daniel cerró la carta, le cogió una mano y sonriendo le habló al camarero:

—Para empezar tomaremos dos *bellinis*, por favor. —Alba se sonrojó al escucharlo, pero logró disimularlo—: Después, yo tomaré la pasta del día.

—Yo también —afirmó ella. En realidad estaba tan aturdida que habría podido cenar col esa noche. Y ella odiaba la col.

Tras la cena, en la que Daniel no volvió a sacar el tema de cambiar de país por ella, regresaron paseando al apartamento de Alba. Se besaron en la calle, en dos puentes y en la góndola en la que se subieron como una pareja más de turistas.

Alba se estaba planteando la posibilidad de invitarle a subir. Ella quería que subiera. Se moría de ganas de que subiera, de volver a besarlo, de desnudarlo, de hacer el amor con él. Pero también se moría de miedo, tenía miedo de lo rápido que estaba sucediendo todo y de lo bien que se sentía con él. Tenía miedo de lanzarse y de darse de bruces contra la realidad o contra una decepción de la que sin duda le costaría mucho recuperarse.

—Daniel, yo... —empezó a hablar. Quería preguntarle si él tenía la más remota idea de qué estaban haciendo, porque ella estaba completamente perdida y muy asustada. Se sujetó de su cazadora y lo miró a los ojos.

Daniel agachó la cabeza y la besó. Respiró a través de ella, se coló bajo las pocas defensas que Alba intentaba levantar para protegerse. La besó a través de la piel, de los suspiros, del aliento.

—Hoy estamos a veinte de diciembre —dijo él al apartarse y las campanas de una iglesia tocaron las doce para burlarse de él—. Veintiuno —corrigió entre dientes—. El día uno de enero voy a dirigir un concierto aquí y después tengo que volver a Barcelona.

La mente de Alba tardó unos segundos en comprender qué le estaba diciendo, Daniel seguía sujetándole el rostro y mantenía la frente apoyada en la de él.

—Yo también tengo que entregar mi cuadro del día uno y después volveré a París.

En realidad, Alba debía dar su diagnóstico el treinta y uno de diciembre como muy tarde, pero los de la Fundación le habían dicho que, fuera cuál fuese el veredicto sobre el cuadro, el día uno estaba invitada a la fiesta de aniversario. Ella ni siquiera tenía allí la invitación. No le había hecho ni caso y descansaba en algún cajón de París, pero supuso que si le proporcionaba una excusa para quedarse un día más iba a aprovecharla.

—Son demasiados pocos días, Alba. Joder. Maldita sea —estaba furioso—. No puedo creerme que nos pase esto.

—No pasa nada —susurró ella resignada. También le dolía no disponer de más tiempo con él—. Seguro que después podremos vernos. Tú vas a París de vez en cuando, ¿no?

—No, no podemos hacer eso. No lo soportaría —afirmó vehemente—. Nunca me había sentido así y no voy a permitir que el destino se burle de mí de esta manera. Dime, ¿tú sientes lo mismo?

—Sí —confesó capturando el labio inferior entre los dientes.

Daniel volvió a besarla de inmediato. Desesperado. Sin contenerse. La besó con todas las fuerzas que pudo reunir en ese momento y luego la soltó.

—Te propongo algo —le dijo al apartarse—. Pasemos estos doce días juntos. Juntos de verdad.

—¿Qué?

—No quiero venir a buscarte aquí y tener que irme a mi hotel. No quiero pasarme horas mirando el móvil como un idiota. Hoy he ofrecido un espectáculo lamentable, créeme. Pasemos estos días juntos. Por favor.

—Yo...pero... ¿Y Navidad? Tú dijiste que tenías planes.

—Los anularé. Quiero estar contigo, Alba. Quiero conocerte y que tú me conozcas a mí de verdad.

—Pero...podríamos quedar en París o yo... podría ir a España.

Él sacudió la cabeza con vehemencia.

—La vida se interpondrá. —Le cogió ambas manos y las colocó encima de su pecho—. No puedo perderte antes de conocerte. Dame esta oportunidad, deja que nos conozcamos, solo tú y yo, Alba y Daniel.

—Yo...no sé.

Él volvió a besarla, esta vez despacio y con mucha ternura.

—Piénsatelo. Yo esta noche iré a mi hotel, iré todas las noches, si eso es lo que quieres. Si quieres que solo nos veamos para cenar o para tomar un café, también aceptaré. Mi petición no viene con ningún condicionante. Solo tenía que decírtelo. No te preocupes, ¿de acuerdo?

—Está bien. Te prometo que me lo pensaré. —Se puso de puntillas y fue ella la que lo besó ahora—. ¿Nos vemos mañana? Por la mañana quería ir a la biblioteca Marciana.

—Sale en *Indiana Jones y la última cruzada*, ¿no es así?

Alba se rio y Daniel la besó.

—Creo, Alba, que estoy perdiendo la cabeza por ti. Buenas noches. Pasaré a buscarte por La Academia.

—Buenas noches.

Alba subió a casa tarareando la canción de *Indiana Jones y la última cruzada*.

—Yo también estoy perdiendo la cabeza por ti, Daniel —susurró al apagar la luz.

## Capítulo 8

Daniel llamó a Sergio para anular su visita a París.

Media hora más tarde bajaba a la recepción del hotel Danieli para reservar una habitación de matrimonio con una cama adicional para los días de Navidad. Su ex mejor amigo, porque sin duda lo sería en cuanto lo viese y le diese un puñetazo para que aprendiese a no meter la nariz donde no debía, había decidido que sí o sí tenía que conocer en persona a Alba Benet y que por nada del mundo iba a permitir que él pasase las navidades solo. Cleo y Marion le habían vitoreado por el fondo, Daniel las había oído a la perfección a través del teléfono, y habían empezado a cantar entusiasmadas *O sole mio*.

Daniel estaba enfadado, muy enfadado, y eso que tenía en la cara no era una sonrisa, no señor. A él no le gustaba que su mejor amigo, la esposa de este, a la que él también consideraba amiga por derecho propio, y la hija adoptiva de ambos, viajasen cientos de kilómetros para estar con él por Navidad.

Pasó la mañana tomando notas en la partitura del concierto. Había elegido unas piezas de Beethoven y unas de Mozart, no quería ofender a los italianos, y estuvo tentado de añadir unos compases de la banda sonora de *El Padrino* o de *Indiana Jones y la última cruzada* al final. Él siempre hacía eso en los conciertos privados que se veía obligado a dar. Dudaba de que alguien se diese cuenta y, si sucedía, si había alguien en el público con un oído tan educado como para encontrar ese detalle, esperaba que se riera con él.

Alrededor de las doce le sonó el móvil y lo buscó apresurado por si era Alba, pero al ver el nombre de Rafaela Cavalieri carraspeó y contestó con profesionalidad.

—Buenos días, Rafaela. —No iba a llamarla Ela, eso ya lo había decidido.

—Buenos días, Daniel.

Maldición, ella había decidido interpretar eso como una insinuación. Para esa mujer, pensó resignado, todo era o dejaba de ser una insinuación según le convenía.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Joder, no sabía cómo hablarle, todo sonaba mal—. Quiero decir, relacionado con el concierto.

Ela se rio.

—Por supuesto, Daniel, por supuesto. Llamaba porque me han dicho que has cambiado el billete y que vas a quedarte en Navidad.

Mierda. Había sido un estúpido.

—Vaya, no sabía que me espiabas.

—Cuido de ti, eso es todo. Mi familia celebra un cóctel el día de Navidad —se apresuró a añadir ella—. No te lo había dicho antes porque no ibas a estar, pero, ya que estás, debes venir. Mi padre y mis tíos quieren conocerte.

Mierda. Mierda. Mierda.

Daniel sabía que no podía negarse, y ella también.

—Gracias, será un honor.

—Estupendo.

—¿Pueden acompañarme mis invitados?

—¿Qué invitados? —Rafaela no consiguió disimular la sorpresa, ni la poca gracia que le hacía que él no estuviese solo.

—Mi mejor amigo y su familia estarán en Venecia esos días, por eso he cambiado el billete.

—Por supuesto. Solo dime cuántos son y sus nombres para que pueda añadirlos a la lista de invitados. O mejor dicho, díselos a mi secretario, yo ahora tengo que irme. *Ciao, bello.*

—*Ciao.*

Daniel colgó con un mal sabor de boca en los labios. ¿Por qué no le había dicho que además de Sergio y su familia también iba a ir acompañado de Alba? «Porque aún no sabes si ella va a aceptar tu proposición».

Mierda. Nunca se había sentido tan inseguro. Lanzó el móvil y el lápiz encima de la mesa de trabajo y fue a por uno de los violines

que había allí. No era el mejor instrumento del mundo, pero le serviría para desahogarse.

Tocó con los ojos cerrados, igual que cuando era pequeño y su abuelo tocaba con él, y cuando los abrió vio a cuatro señoras mirándole con lágrimas en los ojos. Eran guías del *palazzo*.

—¡Bravo, bravísimo! —exclamó una que se acercó para darle un beso en la mejilla.

—¿Qué era? —le preguntó otra mientras las otras dos se sonaban con unos pañuelos de papel.

—Queen —contestó él algo avergonzado y al bajar la vista vio que se le hacía tarde—. Lo siento, señoras, tengo que irme.

—Vaya, váyase, nosotras enseguida saldremos. Oh, hacía años que no me pegaba una llorera de estas. Así es como debería ser la música siempre —concluyó la mujer.

Daniel sonrió. Esa señora tenía toda la razón del mundo, así que se acercó a ella para darle un beso en la mejilla. Ella lo miró sorprendida y sonrojada, y se lo quitó de encima como hacían las abuelas antipáticas al apartarse de los nietos demasiado afectuosos. Él se puso a correr.

Siempre corría cuando sabía que Alba lo estaba esperando.

Llegó a La Academia. Alba lo estaba esperando en la entrada igual que el día anterior, con la gran diferencia de que esta vez Daniel ni siquiera intentó contenerse y en cuanto la vio la cogió en brazos y la besó en plena calle como si estuviesen solos en un lugar secreto. Así se sentía cuando la tenía en brazos.

—Hola —le dijo al separarse.

—Sí —contestó ella y él sonrió.

—¿Sí? —Daniel no se atrevía a dar nada por sentado—. ¿Sí? —Empezó a temblar. Joder, se suponía que era un hombre con experiencia. «No con ella».

—Sí, quiero estar todos estos días contigo, Daniel.

—No solo estos días —añadió él antes de volver a besarla, importándole una mierda si temblaba o no. Todo le daba igual excepto ella. «Ha dicho que sí».

—Empecemos por estos —susurró ella acalorada cuando él la soltó.

—De acuerdo. ¿Vamos a la biblioteca?

—Claro, pero tenemos que detenernos a comer algo, me muero de hambre.

—¿Qué te parece si buscamos la tienda de paninis ilegales?

—Me parece una idea estupenda.

Daniel volvió a besarla solo porque sí. Esos besos eran los mejores, decidió. Podía besar a Alba. Podía besarla, hablar con ella, tocarla, verla, conocerla. Tenía tiempo, sonrió satisfecho consigo mismo, lo había conseguido.

Tiempo para entender qué le estaba pasando de verdad y para que ella se metiese dentro de él y ya no saliera jamás.

Se dirigieron primero a la tienda de paninis y se detuvieron a comerlos en una plaza. Libraron una dura batalla con las palomas, pero las bromas de Daniel consiguieron que Alba se relajase lo suficiente para reírse de nuevo.

—¿Por qué tengo la sensación de que deberías reírte más? —le preguntó él sincero.

—Quizá porque hasta hace dos días no me reía casi nunca.

—Me alegro de haber cambiado eso. —Se puso en pie y se acercó a ella, que estaba observando una de las casas del canal. La rodeó por la cintura y la besó en lo alto de la cabeza—. Quieres dibujarla, ¿a que sí?

—Sí —suspiró—. Al parecer no solo me haces reír, Daniel. Esta mañana he estado dibujando y pintando. A este paso no voy a poder verificar la autoría del cuadro a tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Por eso me han contratado —le explicó ella. Había decidido confiar en Daniel. Él no era como Vincent, lo que estaba sucediendo entre ellos era un huracán comparado con el único y ridículo soplo de viento que había tenido con Vincent—. La Academia recibió unos cuadros en herencia y hay uno que podría ser de Bellini.

—¿Y lo es?

—No lo sé. —Se giró entre sus brazos—. Puede ser. Me encantaría que lo fuese —confesó.

—Pero aún no estás segura.

—No, siempre que creo estarlo encuentro algo que me hace dudar. Todo el mundo quiere que sea de Bellini, yo incluida, pero no puedo precipitarme y meter la pata.

—¿Y qué vamos a buscar exactamente en la biblioteca?

—¿Vamos?

—Llámame Indi —le pidió él besándola otra vez.

El beso fue largo, todos lo eran. Cuando se separaron, Alba tardó unos segundos en abrir los ojos. Tenía cosquillas en los dedos. Tenía ganas de pintar, de seguir besándolo, de reír, de gritar, de ponerse a dar vueltas como una loca en medio de la plaza.

—Estás contenta —susurró Daniel observándola.

Alba abrió los ojos.

—Lo estoy. Quiero pasar estos días contigo, Daniel. Tengo miedo, nunca había hecho nada parecido.

—Yo también tengo miedo, pero es maravilloso, ¿no te parece?

—Sí, lo es —reconoció—. Lo es.

—Vamos, ¿cuál es el plan?

—Necesito averiguar todo lo que pueda sobre la vida de Bellini.

—¿Por qué?

—Tú no has visto el cuadro, pero créeme si te digo que para pintar algo así el bueno de Giovanni tenía que estar muy...inspirado.

—Creo que no te sigo.

—*El amor de Magdalena*, así llamo yo al cuadro, es precioso y muy, muy, muy romántico.

—¿Y Bellini no lo era?

—No en su obra, casi toda se centra en la pintura religiosa o en retratos que hizo por encargo.

—Entiendo, así que, según tú, si Bellini es el autor de esa obra tiene que haber algo en su vida que lo justifique. Tiene sentido.

—No sé, tal vez estoy dando palos de ciego. Pero es que el lienzo ha pasado todas las pruebas químicas con creces y el trazo es casi idéntico. Las diferencias son tan pocas que tengo miedo de equivocarme.

—No te equivocarás. Lo sé. Entiendes a Bellini, entiendes su modo de pintar. Si el cuadro es de él, lo sabrás en cuanto encuentres la prueba adecuada.

—Gracias. —Alba se detuvo en la puerta—. Gracias por creer en mí.

Daniel le acarició el rostro y volvió a besarla. Algún día, ella le contaría quién la había hecho dudar tanto de sí misma y él iría a

romperle la cara. La abrazó con toda la posesión que sentía, odiando a ese desconocido, a todo el que le hubiese hecho daño alguna vez a Alba.

Después de aquel beso entraron en la biblioteca y bajo las directrices que iba marcando Alba encontraron toda la información que esas magníficas paredes contenían sobre Giovanni Bellini. Daniel nunca había investigado de ese modo a ninguno de los compositores que él tocaba o de los que tanto había aprendido. Pensó que tal vez lo haría cuando volviese y le pediría a Alba que lo ayudase.

«Porque ella estará conmigo».

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Alba al ver que cerraba de golpe el libro que tenía en la mano.

—No, lo siento. Estaba pensando en otra cosa. —Una que no tenía intención de explicarle. Daniel sabía que a ella le había costado mucho darle esa oportunidad y no quería volver a asustarla. Esperaría a que ella viese tan claro como él que sus futuros estaban tan relacionados como su presente.

Guardó el libro, en el que efectivamente no había nada interesante, y siguió con la lista que Alba le había confeccionado.

—Creo que yo tengo algo —susurró ella desde la mesa que habían elegido como su centro de operaciones—. Bellini tuvo una aprendiz.

—¿Una?

—Sí, una mujer, mira. —Giró el libro que tenía delante—. Era muy inusual en la época, ella tenía que ser hija de alguien importante, de algún mecenas.

—¿Cómo sabes que fue su aprendiz? Aquí solo se menciona que Bellini impartió clases.

—Mira. —Alba le señaló un dibujo realizado por uno de los supuestos alumnos de Bellini y que servía de ilustración al artículo del libro—. Aquí hay una mujer, está en el fondo.

—Quizá no sea nadie.

—No, Daniel, mira de verdad. Mira. —Le señaló a la mujer—. Tiene pinceles en el bolsillo y no solo eso, tiene la mirada fija en Bellini. Era su alumna.

Daniel hizo lo que Alba le pedía y miró de verdad el dibujo.

—Tienes razón —susurró—, le mira como...

—Como si estuviese enamorada de él. No puede ser. No puede ser —repitió Alba mientras volvía a girar el libro—. Él era un hombre muy devoto, nunca he leído nada sobre supuestas amantes o infidelidades. Bellini no era así.

—Quizá no le pillaran —bromeó Daniel al ver lo alterada que estaba ella—. O quizá lo hicieron y nadie pensó que valiera la pena documentarlo.

—No, si ella era su alumna además de su amante, habría sido todo un escándalo. Habría pruebas en alguna parte.

—¿Sabes quién puede ser? —Daniel señaló de nuevo a la joven con pinces en los bolsillos. Le parecía importante saber su nombre.

—No, pero tenemos que averiguarlo.

—Lamento tener que molestarlos —les interrumpió la encargada de la biblioteca—, pero cerramos dentro de diez minutos.

—Claro, gracias. —Alba suspiró frustrada. Había encontrado algo, lo sabía, y no le gustaba la idea de que tuviera que irse.

—Volveremos mañana —decretó Daniel.

—Sí. —Amontonó los libros—. Gracias por haberme ayudado.

Devolvieron los libros y salieron de la biblioteca. Al llegar a la calle, Alba levantó la cabeza y al ver las estrellas en el cielo empezó a ponerse nerviosa. Había aceptado la petición de Daniel sin pensar, o mejor dicho, después de pasarse toda la noche en vela dando vueltas al asunto. Una parte de ella sabía que era una locura, una temeridad por la que tendría que pagar un precio muy alto, otra, estaba convencida de que alguien como Daniel aparecía una vez en la vida y que por tanto tenía que aferrarse a él con todas sus fuerzas.

Al final ni un razonamiento ni el otro la habían convencido. Le había dicho que sí a Daniel porque ellos dos tenían que suceder. Nadie podía evitar que cayera un rayo o que estallase una tormenta, Daniel era su tormenta, tan perfecto y peligroso como una tempestad.

Pero ahora estaba nerviosa, ¿qué se suponía que tenía que hacer? ¿Daniel esperaba que ella fuese a su hotel? ¿Debía invitarlo ella a su apartamento?

Iba a vomitar.

—Eh, tranquila. —Daniel le acarició la espalda—. Vamos, creo que ahora me toca a mí enseñarte algo.

La cogió de la mano, la de Alba estaba helada y temblando. Daniel se la acercó a los labios y sopló el aire caliente que tenía en sus pulmones.

—Gracias —susurró Alba.

—No estés nerviosa, mi Alba. —Le dio un beso en los labios y después empezó a caminar con ella al lado—. Ven conmigo.

Alba asintió y se dejó llevar. Dejó que Daniel la guiase por entre las calles de Venecia en silencio. Estaba demasiado nerviosa como para decir nada.

—Ya está, ya casi hemos llegado —dijo él—. El día que nos conocimos, cuando yo entré en ese bar, tú me reconociste.

—¿Estás buscando que te halague?

—¿Yo? Jamás. —Se detuvo y la miró a los ojos—. Ya hemos llegado.

Alba miró y vio que no estaban delante de ningún hotel, sino que estaban frente a Ca' D'Oro.

—¿Qué hacemos aquí?

Daniel llamó a la puerta y rezó para que el guarda de seguridad lo reconociese y lo dejase entrar sin hacer demasiadas preguntas.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —La puerta chirrió y apareció una de las señoras que habían llorado antes—. Es usted —lo reconoció—. ¿Qué está haciendo aquí a estas horas?

—¿Puede dejarnos entrar?

La mujer miró por encima del hombro de Daniel y vio a Alba. La observó detenidamente, hasta que Alba la saludó vergonzosa, y después miró a Daniel.

—¿Ella es el motivo del concierto privado de esta mañana?

—Lo es —contestó Daniel.

—Entonces pasad. —Se apartó y los dejó entrar—. Yo volveré a mi habitación, está calentita y tenemos una tele, aunque yo esta noche estoy enganchada a una novela. Mañana es el turno de Roberta. Has tenido suerte de toparte conmigo. Cierra la puerta al salir, solo déjala caer. Yo me encargaré del resto después.

—¡Gracias! —gritó Daniel, pues la mujer le había soltado todo ese sermón alejándose por el pasillo.

—¡Buenas noches! —añadió Alba—. ¿Qué estamos haciendo aquí, Daniel? —le preguntó cuando se quedaron solos.

Él se dio media vuelta y la miró. Se acercó a ella y la besó.

—Quiero tocar para ti.

## Capítulo 9

Daniel nunca habría podido imaginarse lo sensual, erótico y hermoso que era tocar para una sola persona, para Alba.

Ella observaba cada uno de sus movimientos, vibraba con cada nota que salía del violín y él se imaginaba que eran sus manos las que habían conseguido erizarle la piel y no la música.

La había llevado hasta la sala en la que ensayaban y había elegido el mismo violín que antes,. A este paso, pensó, terminaría cogiéndole cariño a ese instrumento. Primero pensó en tocar una partitura clásica, él tenía sus preferidas, pero en cuanto el arco tocó las cuerdas se descubrió tocando una de sus composiciones.

Una partitura que nunca antes había tocado para nadie.

Creía haberla olvidado, hacía meses que no se dedicaba a esa partitura y, sin embargo, los compases fluyeron al mismo ritmo que a Alba se le aceleraba la respiración al mirarlo.

Era una partitura bonita, pero ante la mirada de Alba podía llegar a ser preciosa. Él había elegido las notas y estas habían cobrado vida al pasar por los oídos de Alba, al rozarle la piel y hacerle cosquillas en los labios.

Cuando llegó al final de la melodía, el violín casi se escurrió de entre sus dedos y Daniel se acercó a Alba y la besó. No fue consciente de ello, sus manos la buscaron porque necesitaban tocarla y sus labios se fundieron con los de ella porque ya no podían respirar sin ellos. Un beso llevó a otro, las bocas se negaban a alejarse, Daniel pensó que se volvería loco si no podía estar más cerca de ella y con las manos buscó la manera de lograrlo.

Empezó a desabrocharle los botones de la blusa. Los dos habían dejado los abrigo en el respaldo de una silla en la entrada. Daniel

llegó a la cintura del pantalón de Alba y, allí, el obstáculo del cinturón lo obligó a detenerse.

¿Qué estaba haciendo?

—Yo...Alba... —Intentó pensar, respirar—. Te deseo tanto. Te necesito tanto.

Ella lo miró, tenía los ojos brillantes como cuando había estado escuchándole tocar y los labios húmedos de sus besos. Se tomó su tiempo, Alba siempre lo hacía, y Daniel esperó aunque el corazón no cesó de golpearle el pecho.

Alba levantó las manos y empezó a desnudarlo. Le temblaban los dedos y apenas consiguió aflojarle el botón de los vaqueros, pero Daniel estuvo a punto de correrse al sentirla tan cerca.

—Déjame a mí —le pidió con la voz ronca.

La besó, siguió besándola mientras la tumbaba en la mullida y preciosa alfombra que cubría el suelo de esa sala. Daniel la había elegido porque era cálida y porque por la ventana podía verse una de las vistas más preciosas de Venecia, vista que ahora quedaba en ridículo comparada con la mujer que él tenía en brazos.

—Te necesito, Alba. —Le llenó el rostro de besos y después siguió con el resto del cuerpo—. Quédate conmigo.

Bajó los labios por el pecho y la desnudó despacio, acariciándole la piel, temblando siempre que ella levantaba las manos para hacer lo mismo con él. No era una seducción premeditada, ni tampoco un ataque de pasión repentino o la consecuencia de un gran atracción física.

Daniel no había mentado ni exagerado, necesitaba a Alba. La necesitaba porque no podía seguir existiendo sin ella. Necesitaba estar dentro de ella, besarla, excitarla, amarla. Necesitaba que ella se fundiese con él. Necesitaba que Alba lo tocara, que lo besara, que lo excitara como nunca lo había excitado nadie, que lo amara.

—Daniel.

Alba sabía que no tenía demasiada experiencia con los hombres, pero hasta que Daniel empezó a desnudarla creía que ninguno podía sorprenderla. El deseo que Daniel le hacía sentir solo acariciándola con los nudillos dejaba en ridículo cualquiera de sus encuentros anteriores. Daniel la tocaba despacio, esperando a que

ella reaccionase, buscando el lugar preciso donde colocar un beso o la caricia perfecta. La tocaba igual que había tocado el violín.

Él era perfecto y lo increíble era que estando allí con él, desnudos, besándose, recorriendo sus cuerpos con besos y manos que no lograban abarcar todo lo que necesitaban, Alba se sintió perfecta.

«Oh, Dios mío, es él.»

Daniel era esa persona que creía que nunca iba a encontrar, esa que la haría feliz y que estaría siempre a su lado para ayudarla a alcanzar sus sueños. Acababa de pronunciar su nombre y él había sonreído. Daniel no la hacía sentirse avergonzada, ni en lo que se refería a su carácter ni a su físico. Daniel la veía, la acariciaba, la besaba, la tocaba, la volvía loca con todo lo que hacía y lograba convencerla de que era perfecta y de que podía conseguir todo lo que se propusiera.

Alba nunca había sentido esa clase de deseo, nunca había tenido miedo de ponerse a llorar si no estaba con alguien. Nunca había anhelado un beso o una caricia más que el próximo aliento. Tumbada en esa mullida alfombra, en la preciosa sala de música de ese palacio veneciano, Alba supo que acababa de aprender a amar.

Apartó las manos del torso de Daniel (un torso impresionante) y le sujetó el rostro. Ella tenía lágrimas en los ojos, comprender la fuerza de esos sentimientos se los había llenado de lágrimas, y estaba temblando. Él se detuvo y la miró. Acababa de besarla, los dos estaban desnudos, la ropa, esparcida a su alrededor.

—No me hagas daño, Daniel —le pidió con la voz rota—, me estoy enamorando de ti.

Daniel cerró los ojos y soltó el aliento por entre los dientes. Empezó a temblar, sintió el impacto de las palabras de Alba en el centro del pecho y la ola expansiva le sacudió el cuerpo. Estaba encima de ella, tenía las manos apoyadas en el suelo, a ambos lados de la cabeza de Alba, y le fallaron las fuerzas. Descansó la frente en la de ella y la besó en los labios suavemente.

—Dios, no, Alba, jamás —le juró al apartarse—. Tú tampoco me lo hagas a mí, ¿de acuerdo?

Ella sintió que el corazón de él latía acelerado encima de ella y abrió los ojos sorprendida. Daniel también estaba desconcertado

con lo que estaba sucediendo. Le acarició las mejillas y el pelo, buscó tranquilizarlo. Se sintió fuerte, hermosa, sensual. Perfecta. Sonrió y besó a Daniel como él había hecho con ella.

—No podría, Daniel, jamás.

Él le devolvió el beso y después la miró de nuevo.

—Podrías, pero no me lo hagas. Por favor. Estoy enamorado de ti.

Bajó los labios con una fuerza nacida de ese amor recién descubierto, del deseo que ya no podía contener y de la profunda y absoluta necesidad que sentía por estar con ella sin que ni siquiera el aire se interpusiera.

Cuando por fin entró dentro de Alba, tuvo que detenerse. No podía hablar, el corazón frenó tan bruscamente en el interior de su pecho que se quedó sin aliento. La piel de todo el cuerpo le dolía, era absurdo, una risa ahogada escapó de su garganta, estaba temblando y tenía la espalda completamente empapada de sudor.

—Alba, yo... —tragó saliva—, dime que te quedarás conmigo.

Ella apartó una de las manos que tenía en su torso desnudo para acariciarle el rostro e incorporó la cabeza en busca de sus labios.

—Me quedaré contigo.

Daniel cedió a la necesidad de moverse y Alba gimió en los labios de él. Ese beso estuvo a punto de hacerle perder el control. En realidad, no sabía cómo había conseguido detenerlo.

—Alba, por favor. Mírame.

Ella abrió los ojos, las motas doradas brillaban y tenía las mejillas sonrojadas, y la frente un poco sudada. Daniel le apartó cariñoso un mechón de pelo. Alba le volvía loco de deseo, solo con pensar en todo lo que quería y necesitaba hacerle se excitaba hasta el punto de temer convertirse en solo deseo. Pero al mismo tiempo ella le inspiraba una profunda ternura, algo que él nunca había sentido por nadie.

—Daniel, yo... —se humedeció el labio— te necesito. Estoy...yo nunca... —Alba se estremeció incapaz de continuar.

—Esto que está sucediendo entre tú y yo —farfulló él porque también estaba al límite— no pasa nunca, ¿lo sabes, no? —Alba asintió y le clavó las uñas en la espalda—. Tienes que darnos una oportunidad, Alba, tiene que ser de verdad.

—Lo es, Daniel. Por favor.

Tiró de la cabeza de él y lo besó y, al sentir la lengua de Alba, Daniel perdió definitivamente la cordura y empezó a moverse como necesitaban ambos. El clímax no les pidió permiso para meterse dentro de ellos y dominarlos, poseerlos, arrastrarlos hasta ese lugar al que solo accedían los muy afortunados.

Daniel besó a Alba, se hundió en su boca para ver si así su cuerpo no estallaba en mil pedazos y lograba retener algo de sí mismo. Alba lo abrazó y lo besó del mismo modo, completamente perdida en ese mar de sentimientos y más que dispuesta a ahogarse en él.

Después se quedaron abrazados en esa alfombra, Daniel consiguió moverse y ahora estaban el uno al lado del otro. Alba tenía el rostro encima del torso de él y lo acariciaba suavemente con una mano mientras él la rodeaba por la espalda y la retenía en su costado. Los ojos de Alba estaban cerrados, las pestañas temblaban, ella no estaba dormida, necesitaba estar a solas unos segundos para buscar un poco de calma y ser capaz de volver a la realidad. Ese encuentro la había cambiado. Daniel, sucediera lo que sucediese con él, la había convertido en otra persona, en una mujer fuerte, increíble, la que ella siempre había sido, pero que había tenido miedo de mostrar al mundo. Había sido él, con sus besos, con sus miradas, creyendo en ella, el que le había demostrado que no tenía nada que temer. No puedo perderle, pensó, y apoyó la mano encima del corazón de él para absorber sus latidos.

Daniel no tenía los ojos cerrados, no pensaba volver a cerrarlos nunca más. Se había pasado la vida sin abrirlos. Esa noche había tocado con el corazón por primera vez y ahora no iba a poder dar marcha atrás. Su existencia había cambiado, el hombre que coleccionaba éxitos musicales, viajes exóticos y mujeres aún más exóticas había muerto. Él era otro y estaba completamente indefenso ante esa mujer tan fuerte, tan hermosa y cuyo corazón le había conquistado sin remedio y sin pretenderlo.

El techo de esa habitación era precioso y lo más probable era que si lo hubiese visto antes de conocer a Alba ni siquiera se habría fijado. Antes de conocer a Alba jamás habría tocado de esa manera.

Antes de conocer a Alba jamás había sentido de esa manera.

—Voy a pasar la Navidad aquí contigo —dijo en voz alta sin dejar de tocarle la espalda. Aún no estaba preparado para hablar de lo que acababa de suceder. ¿Qué podía decirle: «es la primera vez que hago el amor de verdad y tengo un miedo atroz de perderte»? No, eso la asustaría.

Alba se incorporó y lo miró. Le acarició la mejilla y le dio un beso.

—Te habría echado mucho de menos. Muchísimo —susurró.

A Daniel le costó respirar y lo único que pudo hacer fue volver a tirar de ella para besarla.

—Mi mejor amigo, Sergio, va a venir aquí con su familia. Quieren conocerte —añadió cuando Alba se apartó y volvió a tumbarse en su pecho. Notó que se tensaba y le acarició el pelo despacio.

—¿Les has hablado de mí?

—Sí. —Soltó el aliento—. ¿Te molesta?

—No —contestó ella de inmediato, tranquilizando así a Daniel—. Me sorprende. Apenas hace unos días que nos conocemos.

Alba se incorporó y buscó la ropa con la mirada. Esa frase le había recordado el gran riesgo que estaba corriendo y el miedo que tenía ella a correr riesgos. Si se quedaba allí con él, volverían a hacer el amor. Sería inevitable, incluso ahora tenía que apretar las manos para contener las ganas de tocarlo. Sería maravilloso, de eso estaba segura y con cada beso necesitaría más a Daniel. Pero necesitar tanto era peligroso para su corazón. Tenía que vestirse y salir de allí. Necesitaba pensar.

—No, no te alejes de mí. —Daniel también se incorporó y se acercó a ella. Le apartó el pelo de la nuca y la besó allí—. El tiempo no tiene importancia entre tú y yo. —Notó que ella aguantaba la respiración—. Me has prometido que me darías una oportunidad.

Alba se giró para mirarlo, en los ojos se reflejaba todo el miedo que sentía y lo mucho que la había alterado hacer el amor con él.

—Tengo que irme —susurró.

—De acuerdo, pero nos iremos juntos. —Daniel recogió la ropa y se la entregó. Aprovechó para vestirse, él sabía que no podía presionar más a Alba. La observó mientras se vestía y se le hizo un nudo en el estómago al ver que ella recogía del suelo el violín que él había tocado antes y lo acariciaba con cuidado.

—Ya estoy lista —dijo Alba ajena a la mirada de Daniel.

—Entonces, vamos, iremos a mi hotel. —La cogió de la mano y tiró de ella hacia la salida del *palazzo*. Rezó para que la señora de antes no saliera a despedirse de ellos y alguien debió de escuchar su plegaría porque lograron salir de allí sin ninguna interrupción.

—Creo que prefiero ir a mi casa —dijo Alba pasados unos minutos.

Daniel se detuvo en plena calle y la miró preocupado.

—¿Te he hecho daño? —No soportaría habérselo hecho, comprendió aterrorizado.

—No, no es eso. —Dio un paso hacia al lado para separarse de él—. Esto es demasiado para mí —confesó desgarrada—. Tal vez tú estés acostumbrado, pero yo...

Daniel no la dejó terminar, la cogió por los brazos, le dio media vuelta con cuidado y la besó apasionadamente. Los dos estaban temblando cuando él aflojó los labios y los brazos.

—Yo nunca, NUNCA, había sentido algo así, Alba. Estoy muerto de miedo.

—¿Tú? —parpadeó confusa—, ¿de qué tienes miedo?

—De que te vayas a tu casa y no quieras volver a verme. De que decidas que no merezco la pena y de que no me estés dando de verdad la oportunidad que te he pedido. Tengo miedo de perderte antes de tenerte, Alba.

Alba se sonrojó.

—Pero si ya... —carraspeó— ya nos hemos acostado.

Daniel volvió a besarla.

—Eso no ha sido un «nos hemos acostado», Alba. Eso ha sido lo más hermoso, intenso, sensual y erótico que me ha sucedido en toda la vida, y te aseguro que no me basta con eso. Jamás me bastará. Ven conmigo al hotel, por favor. Pasa la noche conmigo.

—Yo...

—No quiero sexo. Joder, no puedo creerme que esté diciendo esto. Sí, sí que quiero sexo contigo. Tendría que estar muerto para no querer tocarte o besarte. Pero no es eso. Quiero estar contigo, quiero seguir hablando, quiero conocerte. Quiero despertarme a tu lado. —Ella empezaba a ceder, Daniel podía notarlo y, como era un hijo de puta desesperado y completamente enamorado, se aprovechó de ello—: Ven conmigo, por favor. Me has prometido que

ibas a darme una oportunidad, que estos días los pasaríamos juntos.

—Pero...

—Nada de peros. Ven esta noche a mi hotel conmigo y, si mañana quieres estar sola, te prometo que no intentaré convencerte de lo contrario.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —La rodeó con los brazos—. Aunque me reservo el derecho a intentar persuadirte.

—Eres imposible —bufó ella—. Está bien, esta noche me quedaré contigo. Pero mañana tengo que levantarme temprano.

—De acuerdo. Gracias, Alba.

La besó y le acarició el rostro con las manos. Sentía tal alivio que seguro que ella podía saborearlo en sus labios.

Pasaron por la plaza de San Marcos y llegaron al hotel Danieli en pocos minutos. Alba creía que iban a subir a la habitación sin decir nada, pero Daniel se acercó a la recepción y ante la mirada atónita de ella le pidió al recepcionista que añadiese su nombre a la reserva y que le diese una llave para entrar y salir cuando quisiera. Ella la aceptó mortificada, esperaría a llegar a la habitación para decirle a Daniel que no pensaba quedarse con ella. Pero en cuanto llegaron al dormitorio Daniel empezó a besarla y se olvidó por completo de la llave.

Hicieron el amor de nuevo. En defensa de Daniel, Alba tenía que reconocer que él había intentado detenerse, pero ella no se lo permitió. No sabía qué le sucedía cuando él la besaba, siempre quería más.

Después, desnudos y el uno en brazos del otro bajo las sábanas, hablaron en susurros y Alba le contó a Daniel algo que nunca le había dicho a nadie. Le explicó que su mayor deseo era pintar.

Él la abrazó y la besó, y le dijo:

—Pues pinta, Alba. Pinta para mí hasta que estés lista para pintar para el resto del mundo.

## Capítulo 10

A la mañana siguiente, Alba llegó tarde a La Academia porque Daniel insistió en que se duchasen juntos (ella no opuso demasiada resistencia que digamos). Él fue a almorzar con ella y por la tarde ella fue a buscarlo al *palazzo* para ir juntos a la biblioteca. Alba se sonrojó como un tomate mientras lo esperaba.

—Ya, te entiendo —se burló cariñoso Daniel cuando la vio y la cogió en brazos para besarla—. Imagínate qué me ha pasado a mí cuando he tenido que pasarme horas ensayando en esa sala.

Alba se rio, estaba perdiendo el corazón por ese hombre. Era dulce, tierno, apasionado, increíblemente listo y sabía burlarse de sí mismo. Había ocasiones en las que sí creía ver rastros del triunfador engreído y seductor que aparecía en las revistas, pero desaparecían enseguida.

—Vamos, hoy he estado con *El amor de Magdalena* y he encontrado algo —le dijo Alba cuando se pusieron a caminar.

—¿Algo que demuestra que es de Bellini o que no lo es?

—Aún no estoy segura.

—Te encanta torturarme. —Daniel la besó rápido y fugaz—. Esta mañana en la ducha has hecho lo mismo.

—Vaya, creía que te había gustado.

Alba no podía creerse que estuviese flirteando de esa manera con un hombre. Le encantaba, la hacía sentirse fuerte y femenina al mismo tiempo.

—¿Gustarme? Ahora la señorita quiere que la halague. —Siguió caminando como si nada—. Me ha vuelto loco.

—Lo sé. —Alba le guiñó el ojo—. Has gritado.

—Un momento. —Daniel se detuvo—. Yo no he gritado.

Alba también se detuvo, no podía parar de sonreír.

—Sí que has gritado. Ha sido muy sexy. —Se puso de puntillas y lo besó apasionadamente en medio de la calle.

—Está bien, he gritado, pero ha sido culpa tuya. Lo ves, te encanta torturarme. —Movi6 las piernas hasta quedar completamente pegado a ella—. ¿C6mo se supone que debo andar ahora?

Estaba excitado y a ella se le dilataron las pupilas de deseo.

—¿M6s r6pido? —le sugiri6 Alba.

Daniel solt6 una carcajada que asust6 a las palomas.

—Vamos, Alba, antes de que me ponga de rodillas aqu6 mismo y te pida que te cases conmigo.

A Alba se le detuvo el coraz6n. 6l ten6a que estar bromeando, as6 que le dio un beso y reanud6 la marcha hacia la biblioteca.

Daniel no hab6a estado bromeando. S6, no ten6a ni la menor idea de que iba a decir eso, pero en cuanto las palabras salieron de su boca supo que las sent6a. Joder, hab6a perdido por completo la cabeza, Sergio y Cleo iban a disfrutar de lo lindo ri6ndose de 6l cuando lo viesen. Le daba igual, pens6. Por Alba estaba dispuesto a soportarlo todo. Adem6s, supuso que se lo deb6a a sus mejores amigos, 6l se hab6a burlado hasta la saciedad de ellos dos y de su empalagosa historia de amor. «Pues la m6a parece sacada de una novela y no la cambiar6a por nada del mundo».

Pasaron la tarde en la biblioteca, Alba encontr6 varias pistas sobre Bellini y su supuesta aprendiz, una veneciana llamada Valeria Macoto. Daniel la ayud6 a recopilar libros y escuch6 todas y cada una de las teor6as que confabulaba. Despu6s, fueron al apartamento de Alba. En principio iban a dejar all6 los libros que al final hab6a conseguido que le prestasen en la Marciana, pero un beso llev6 a otro y acabaron haciendo el amor. Cenaron pasta en la cama.

—Nunca hab6a comido en la cama —confes6 Alba sonrojada.

—Ser6a mucho mejor si me hubieras hecho caso y te hubieses quedado desnuda —le dijo Daniel mientras enrollaba los espaguetis en el tenedor.

—Claro, t6 sabes mucho de estas cosas. —La intenci6n de Alba hab6a sido burlarse, pero 6l la malinterpret6 y dej6 el plato encima de la mesilla de noche.

—No sé nada de estas cosas, Alba. Me gustaría poder decirte que nunca he estado en la cama comiendo con una mujer, pero sería mentira.

Ella acusó el golpe. Aunque sabía que no tenía sentido, tenía celos de todas esas mujeres. Daniel lo vio y le sujetó el rostro con las manos para besarla, incapaz de soportar la inseguridad que vio reflejada en los ojos de Alba. Mientras le quedase un aliento de vida en el cuerpo, ella no iba a volver a dudar de sí misma. Le diría lo que sentía, lo profundamente que lo había cambiado. Bueno, quizá ocultara algo. Si le contaba de verdad lo que le sucedía siempre que estaba con ella Alba podría hacer con él lo que quisiera. «Ya puede».

—Iba a esperar a decirte esto, pero no puedo. Te quiero, Alba.

—Oh, Dios mío —farfulló ella.

—Hiciera lo que hiciera con esas mujeres, nada puede compararse a lo que hago contigo. Nunca he estado así con nadie. Nunca he besado así a nadie y nunca me han besado así a mí. Nunca he hecho el amor a nadie como cuando te lo hago a ti y nunca nadie me lo ha hecho a mí como lo haces tú. Todo esto es nuevo para mí. Tienes que creerme.

—Te creo —le aseguró ella con lágrimas en los ojos y entonces soltó el aliento y corrió el mayor riesgo de toda su vida—. Yo también te quiero, Daniel.

Él sintió que su corazón se detenía un segundo. Un maravilloso y doloroso segundo en el que comprendió que ya no le pertenecía porque cuando volvió a latir supo que se lo había entregado a Alba.

—Oh, Dios mío —también farfulló y empezó a reírse como un idiota—. Me quieres. Me quieres.

Alba sonrió por entre las lágrimas.

—Te quiero.

—Te quiero, Alba. —La besó con locura y amor. Le cogió el plato de pasta que ella seguía sujetando en las manos antes de que cayera en la cama y se apartó lo necesario para dejarlo en el suelo—. ¿Has comido alguna vez pasta fría con alguien?

—No —contestó ella.

—Yo tampoco, ¿qué te parece si lo hacemos juntos dentro de un rato?

—Me parece bien. —Daniel la estaba desnudando.

—Si me hubieras hecho caso, ahora ya estaría dentro de ti —se quejó mordiéndole la mandíbula.

—Te haré caso la próxima vez.

—Más te vale. —La tumbó en la cama y le separó las piernas con manos que no dejaban de temblar—. A partir de ahora siempre comerás desnuda en la cama. Pero solo conmigo.

—Solo contigo.

—Te quiero tanto, Alba... —le dijo completamente serio al entrar en su cuerpo—. Te amo.

—Daniel... —susurró ella tirando de él para besarlo—. Yo también te amo.

A partir de esa noche dejaron de preguntarse si estaban cometiendo una locura. Sí, se habían enamorado rápidamente y eran incapaces de dejar de tocarse o de besarse, pero eran felices. Ninguno lo había sido nunca tanto. Además, ¿quién decía cuánto tardaba uno en enamorarse? Había parejas que llevaban años juntos y jamás llegaban a sentir lo que ellos habían sentido el día que se conocieron.

Daniel seguía preparándose para el concierto de Año Nuevo y esquivando a Rafaela Cavalieri. No le había hablado a Alba de ella porque en cuanto la veía se olvidaba de todo. Alba seguía trabajando en el cuadro. Gracias a unas pruebas recientes y a la información que había encontrado en la biblioteca Marciana había reducido la lista de posibles autores de *El amor de Magdalena* a dos; Giovanni Bellini o Valeria Macoto. Aún no le había explicado ninguna de sus teorías a Gerard. El único que estaba al tanto de todo y que parecía escucharla sin aburrirse era Daniel. Alba no podía creerse lo feliz que era. Cada noche pintaba más y más mientras hablaba como una loca sobre cuadros y pintura y Daniel estaba a su lado tocando, sonriéndole, besándola.

Haciéndole el amor.

Cada mañana se despertaba adormilada en sus brazos, se perdía en sus besos y respiraba profundamente para ver si así lograba llevarse algo de él para aguantar sin verlo durante el resto del día. Nunca lo conseguía, siempre le echaba de menos y corría a sus brazos en cuanto le veía.

Era lamentable, pensó con una sonrisa.

Y muy romántico, y le estaba sucediendo a ella, a la chica «normal» que jamás podría vivir una historia de amor apasionado. Si sus padres siguiesen con vida, habría ido a buscarlos para decirles que lo que ellos dos habían sentido, y de lo que habían alardeado hasta el aburrimiento o, mejor dicho, hasta su sonado y tormentoso divorcio, no era amor, sino una mera y ridícula obsesión. El amor era lo que ella sentía por Daniel y lo que Daniel sentía por ella.

Esa mañana, sin embargo, estaba muy nerviosa y a Daniel, el muy cretino, parecía hacerle gracia.

—Son tus mejores amigos, hablas de él como si fuera tu hermano. Por supuesto que tengo motivos para estar nerviosa.

—No, no los tienes. Sergio y Cleo te adorarán en cuanto te vean —insistió él abrazándola por la espalda y dándole un beso—. A mí sí que me harán la vida imposible, pero a ti te adorarán. Créeme.

—¿A qué hora llegan?

—A las doce, aún tenemos tiempo.

Estaban en el apartamento de Alba. Habían ido a buscar sus cosas porque habían decidido que esos días se instalaría en el hotel para así estar todos juntos.

—Está bien, no te rías de mí.

—No me estoy riendo de ti. Te quiero, Alba. Gracias por querer conocer a mi familia. —La besó y cuando se apartó le sonrió—. Vamos, creo que con esta maleta bastará. Sergio, Cleo y Marion se quedan solo dos días, después ya veremos qué hacemos tú y yo. —Alba se tensó entre sus brazos—. Sé que no quieres hablar de ello, pero tenemos que hacerlo.

—Lo sé. Después de Navidad, te lo prometo —le pidió ella con un beso.

—Está bien, pero te adelanto que no voy a separarme de ti, ¿entendido?

—Entendido.

Daniel soltó el aliento y se apartó de Alba.

—Vamos, dejaremos tus cosas en el hotel antes de ir a buscar a Sergio, y quiero pararme un momento en un sitio.

Cogió la maleta y abrió la puerta para que Alba saliese del apartamento.

—¿Dónde? Suena misterioso.

—Esta noche quiero cenar en Harry' Bar. Creo que así Sergio ya se reirá de mí del todo.

—Oh, vaya.

—Sí, creo que ya es hora de que cenemos donde se inventó el *bellini*, ¿no crees?

—Creo, Daniel, que te amo con locura.

—¿Solo lo crees?

—Lo sé.

—Así está mejor. —Cerró la puerta y la besó.

—Dices que llegan dentro de dos horas, ¿no?

—Sí —suspiró Daniel pegado a los labios de ella.

—Entonces tenemos tiempo.

—¿Tiempo de qué?

—De torturarte...

Daniel se rio, la besó y la llevó de vuelta al interior del apartamento para dejar que ella lo torturase tanto como quisiera. O tanto como él pudiera soportar.

Llegaron al embarcadero para recoger a Sergio y a su familia por los pelos y la reserva en Harry's Bar tuvieron que hacerla por teléfono, pero Daniel no podía parar de sonreír y aún le dolían las muñecas porque Alba, su Alba, había decidido atarle a la cama con unas corbatas. Ella había amenazado con matarlo si alguna vez se lo contaba a alguien, por supuesto, pero lo cierto es que no habría hecho falta. Daniel no quería que nadie supiese la suerte que había tenido de encontrarla. Ella era suya y se pasaría el resto de la vida amándola, demostrándoselo hasta el último aliento.

La cena en Harry's Bar fue increíble, Daniel había acertado de pleno, Sergio y Cleo se enamoraron de Alba en cuanto la vieron y la pequeña Marion no paraba de preguntarle cosas sobre cuadros y sobre su trabajo. A Alba le costó un poco acostumbrarse a ese recibimiento tan efusivo, pero los amigos de Daniel consiguieron atravesar su habitual timidez y ganarse su corazón.

Daniel le contó a Sergio cómo se habían conocido y al oírle Alba se emocionó. Hasta entonces no había sabido todo lo que había sentido Daniel al verla.

—Ya está —dijo Daniel al terminar el relato—, ahora estamos en paz. Puedes reírte de mí tanto como quieras —le dijo a Sergio—. Es lo justo después de cómo te torturé cuando conociste a Cleo.

Sergio no dijo nada. Sin embargo, alargó la mano por encima de la mesa y buscó la de su esposa. Ella lo miró y se acercó a él para darle un beso en los labios. Fue muy romántico y a Alba se le humedecieron los ojos al presenciarlo.

—Conocer a Cleo no me cambió la vida —empezó Sergio—, me la dio. Ella es mi vida, ella y Marion —añadió guiñándole un ojo a la pequeña—, y no sabes cuánto me alegro de que te haya sucedido lo mismo, Daniel.

Daniel carraspeó y tuvo que apartar la mirada.

—Gracias.

—Siempre supe que algún día comprenderías lo increíble que eres, Daniel —intervino Cleo—, y a Alba no parece importarle que te hayas convertido en un romántico empalagoso —bromeó y todos se rieron.

—Está bien, me lo merecía —aceptó Daniel riéndose. Levantó la copa y los miró a todos antes de detenerse en Alba—: Hoy es veinticuatro de diciembre, gracias por acceder a pasar estos días conmigo, aunque te advierto que para mí esto es solo el principio.

—Daniel —balbuceó Alba. Él se agachó y le dio un beso.

—Y gracias Cleo, Sergio y Marion por venir hasta aquí. Sé que no lo digo nunca, pero sois mi familia.

—Joder, Daniel, ven aquí, capullo. —Sergio lo abrazó y después de soltarlo le dio un beso a su esposa—, ya te dije que era un gran tipo.

—Lo sé.

Marion, que no acababa de entender qué diablos les pasaba a ese grupo de adultos, se limitó a abrazar a sus padres y a darles un beso.

—¿Qué planes tenemos para mañana? —preguntó Sergio cuando lograron recuperar cierta normalidad.

—Mierda, mañana es Navidad —exclamó Daniel sorprendiéndolos a todos—. Me había olvidado del dichoso cóctel.

—¿Qué cóctel? —le preguntó Alba confusa—. No me habías dicho nada.

—Porque cuando estoy contigo me convierto en un idiota —farfulló antes de pasarse las manos por el pelo—. Los de la Fundación celebran un cóctel mañana y estamos todos invitados. La señorita Cavalieri insistió mucho en que fuéramos todos y, aunque nada me gustaría más que decirle que no, Pilar me matará si se entera.

—Un momento, ¿has dicho la señorita Cavalieri? ¿De la Fundación Lamborghini? —lo interrumpió Alba entre confusa y alterada.

—Sí, ¿los conoces? —Daniel también la miró intrigado.

—No personalmente, pero la Fundación Lamborghini es la que financia la restauración del cuadro *El amor de Magdalena*.

—No me lo habías dicho —le recriminó él algo dolido.

Alba se sonrojó.

—Tú no eres el único que sufre un problema de idiotez cuando ve al otro —confesó—. Además, se supone que no puedo decirlo. Me obligaron a firmar un acuerdo de confidencialidad.

—Por nosotros no te preocupes —intervino Sergio—. No sabemos de lo que estáis hablando.

—¿Os importaría explicaros? —añadió Cleo—. ¿Qué es esa fundación y adónde se supone que tenemos que ir mañana?

—La Fundación Lamborghini celebra el noventa aniversario de las motos Ducati este 2016 y me han contratado para que dirija un concierto el día uno de enero. Por eso estoy aquí —les explicó Daniel a todos, y entonces se dirigió a Alba—. Creía que te lo había dicho.

—No, me dijiste que estabas aquí para un concierto, pero no quién estaba detrás de él. No importa, no te preocupes, es solo casualidad.

—Sí —suspiró él aliviado—. Supongo que el destino tiene tan claro como yo que tenemos que estar juntos.

Sergio carraspeó e interrumpió el beso de Alba y Daniel.

—En mi caso —empezó Alba algo sonrojada—, la Fundación me ha contratado para restaurar un cuadro. Eso es todo. A mí no me han invitado a ningún cóctel, no soy tan famosa como el señor director de orquesta y portada del *Vogue*.

Cleo se rio.

—Me gustas mucho, Alba —le dijo.

—Y a mí también —convino Sergio.

—Sí, reíros de mí, pero la señorita Cavalieri dirige la Fundación y le están pagando una pasta al Liceo para tenerme aquí. No puedo negarme y os estaré eternamente agradecido si me acompañáis mañana.

—¿Lo has oído, Cleo, nos estará eternamente agradecido? —se burló Sergio.

—Lo he oído —contestó Cleo—. Seguro que se nos ocurrirá algo.

—Os odio, a ti no, Alba. —Le cogió la mano—. A ti te quiero, y a ti también Marion. Pero a esos dos los odio.

Sergio miró asombrado a Daniel.

—Está bien, iremos.

—Gracias.

Regresaron al hotel entre risas y conversaciones.

Fue la primera Navidad que Alba despertó en los brazos de alguien que la amaba y Daniel, mientras le hacía el amor, supo que quería despertarse así hasta el día de su muerte.

# Capítulo 11

El cóctel en la mansión de la familia Cavalieri fue una pesadilla.

Daniel prácticamente fue secuestrado por Rafaela, una mujer de la que él se había olvidado comentar que parecía una diosa del sexo, con unas piernas interminables, un escote de infarto y una melena digna de los anuncios de Organics.

Alba se odió por sentirse insegura, no tenía motivos, se repitió una y otra vez. Él le había dejado claro que estaba loca por ella y, además, ella no tenía nada que envidiarle a esa amazona del sexo. Ella era la que esa misma mañana había hecho gemir de placer a Daniel y la que le había hecho perder ese control absoluto al que él solía aferrarse hasta que la cogió en brazos, la tumbó en la cama, y le hizo el amor como un poseso.

Era ella a la que Daniel le había susurrado «te amo» una y otra vez al oído mientras se estremecía dentro de ella.

Ella, no la tal «Rafaela llámame Ela Cavalieri».

Sin embargo, las viejas costumbres son difíciles de erradicar y mientras Daniel seguía estrechando manos y recibiendo halagos de desconocidos ella estaba bebiéndose su segunda copa de champán y preguntándose qué demonios estaba haciendo allí.

—No hagas caso —le dijo Cleo deteniéndose a su lado—. Ese no es Daniel, ya no. —Le señaló con la copa.

—Pues lo parece. —Estaba enfadada y algo le decía que no hacía falta que fingiese lo contrario con esa mujer.

—No, ese es Liveux, el papel que Daniel ha representado durante toda su vida, pero no es él. ¿Sabes como lo sé?

—No.

—Mírale bien —le pidió Cleo—, mira cómo aprieta la copa o como le tiembla el brazo. Odia estar allí hablando con ellos. Mira, no

apartes la vista de su rostro. —Alba se dio cuenta de que había estado evitando mirarle a la cara—. Cada dos segundos te busca. Mira, allí está.

Efectivamente Daniel la miró y, cuando sus miradas se encontraron, la de él le aceleró el corazón.

—Está haciendo un papel, es su trabajo —siguió Cleo.

—Lo siento, seguro que crees que soy una estúpida —farfulló Alba.

—No, todo lo contrario. Creo que eres una mujer muy valiente y que estás completamente enamorada de Daniel. Es difícil estar enamorada de un hombre así. Suelen ser magnéticos, nadie puede resistirse a ellos.

Alba vio que Cleo desviaba la mirada hacia Sergio, que también parecía estar rodeado por un grupo de hombres y mujeres. Pero, en cuanto él notó la mirada de su esposa, se giró hacia ella y la miró con la misma intensidad con la que antes Daniel había mirado a Alba.

—Pero ellos siempre mantienen las distancias, nunca se acercan del todo a nadie. Hasta que llega la persona adecuada y entonces dirigen toda esa fuerza hacia ella. Es maravilloso e intimidante. Yo me asusté. Incluso utilicé a Daniel para alejarme de Sergio. —Vio que Alba la miraba horrorizada y le sonrió—. Es una historia muy larga, y completamente inocente, te lo aseguro. Lo que estoy intentado decirte es que, para él, tú eres mucho más magnética que todo lo demás. No puede estar sin ti, confía en él y te lo demostrará.

—Yo tampoco puedo estar sin él.

—Lo sé —se rio—, es lamentable que hayamos perdido la cabeza de este modo. Pero yo soy feliz, ¿y tú?

—Mucho —se sorprendió diciendo—. Muy feliz.

—¿Me acompañas a buscar a Marion? Un grupo de niñas se la han llevado a enseñarle unos caballos y tengo miedo de que las haya convencido para que se los regalen.

—Claro.

Daniel vio que Alba se alejaba con Cleo y aunque odió perderla de vista le gustó comprobar que se estaban haciendo amigas. Estaba seguro de que en cuestión de días Alba conocería todos sus secretos.

—Veo que has venido muy bien acompañado —le dijo entonces Rafaela cogiéndole del brazo—. Demos un paseo, quiero seguir presentándote a gente.

Daniel apretó los dientes. Esa mujer era incansable y sabía que, mientras utilizase la excusa del trabajo, él no podía negarse.

—Por supuesto.

—Tu amiga Cleo es una de las bailarinas principales de la ópera de París y su marido uno de los periodistas económicos más reputados de Francia. Sabes elegir bien a tus amistades.

—Así es —respondió, aunque él sabía que el éxito profesional de Cleo y Sergio no tenía nada que ver con los motivos por los que eran amigos.

—Alba también trabaja para mí, ¿lo sabías?

—Trabaja para el museo d'Orsay, solo ha venido aquí a restaurar un cuadro —puntualizó Daniel conteniendo las ganas de apartar el brazo de esa mujer.

—Eso son solo detalles, querido. ¿Te ha contado qué está haciendo aquí?

Daniel la vio venir y no iba a darle el gusto de despedir a Alba por haber roto su acuerdo de confidencialidad.

—No, solo que está restaurando un cuadro. Nada más.

—Entiendo. Bueno, supongo que dentro de unos días tendrá que volver a Francia.

—Supongo. —«Y yo me iré con ella».

Rafaela lo miró y sonrió. A la muy engreída ni se le pasó por la cabeza que Daniel pudiese preferir a Alba antes que a ella. Daniel lo habría gritado a los cuatro vientos, pero se mordió la lengua y dejó que ella lo presentase a unos amigos y que hiciese una o dos insinuaciones sobre su relación. Estaba a punto de contestarle (y de mandar a paseo el concierto) cuando el destino se apiadó de él y apareció Sergio.

Cuando eres amigo de alguien desde la infancia puedes comunicarte con una mirada y, por fortuna, Sergio entendió la de Daniel y en menos de dos minutos consiguió llevárselo de allí sin que este le arrancase la cabeza a Rafaela Cavalieri.

—Esa mujer es peligrosa, Daniel. Tienes que hacer algo, pensaba que iba a desnudarte allí mismo.

—Lo sé, pero tengo que ir con cuidado. Dirige la Fundación y si quiero dejar el trabajo del Liceo de Barcelona no puedo perder el dinero del concierto de Año Nuevo. Pilar me mataría.

—¿Dejar el Liceo? —le preguntó confuso Sergio.

—Aún no lo he decidido, todo depende de Alba, supongo. No puedo perderla, Sergio. No puedo irme a Barcelona si ella está en Francia. Tú deberías entenderlo.

—Joder, Daniel, hablas en serio. —Estaban en el jardín de la mansión y se sentaron en un banco de piedra—. Mira, te entiendo. Yo tampoco quería perder a Cleo, pero tienes que hablar con ella. No puedes hacer esta clase de planes sin ella. Yo cometí el error de no ser del todo sincero con Cleo desde el principio y ya sabes lo que pasó.

—Tienes razón, pero es que Alba se asusta siempre que menciono lo seguro que estoy de nosotros. Te juro que, cuando descubra quién es el culpable de que se sienta tan insegura, iré a decirle unas cuantas cosas.

—Habla con ella, ve a su ritmo, pero habla con ella. No le ocultes nada y cuéntale lo que sucede con Rafaela Cavalieri. Si Alba lo ve sin que tú se lo hayas dicho, le hará daño.

—Se lo diré —aceptó preocupado—. ¿Vamos a buscarlas?

Sergio sonrió y se levantó.

—Sí, vamos. Conociendo a Cleo, seguro que tiene a un montón de hombres babeando a su espalda sin enterarse.

—Alba es peor —farfulló Daniel al recordar cómo la otra noche el camarero del restaurante donde fueron a cenar parecía incapaz de dejar de mirar los ojos, el escote y las piernas de Alba.

Sergio le dio una palmada en la espalda y fueron en busca de sus parejas.

Esa noche, Daniel y Alba hicieron el amor desesperados. La fiesta de los Cavalieri les había dejado alterados, inseguros, cada uno a su manera, de su relación.

Tras cerrar la puerta y despedirse de Sergio, Cleo y Marion, Daniel empezó a besar a Alba frenético y la empujó con cuidado hasta la pared del dormitorio. Allí, se arrodilló ante ella y le levantó el precioso vestido de seda verde que había elegido para la velada. Le

besó las piernas, recorrió cada centímetro, y con las manos en las caderas la retuvo allí hasta que se hubo saciado de ella.

Alba tenía la voz ronca de tanto gemir y de suplicarle a Daniel que le hiciera el amor y, cuando él por fin se levantó, se desabrochó el pantalón y la penetró allí mismo.

—Te amo, Alba —sentenció él levantándola del suelo hasta que ella le rodeó la cintura con las piernas—. Me has destrozado. Te necesito. Te deseo. Te pertenezco.

Alba lo besó, le apartó el pelo de la cara y se sujetó de Daniel cuando el orgasmo la convirtió en fuego.

—Y yo a ti —fue lo único que logró farfullar mientras él la poseía como nunca había hecho antes.

El orgasmo de Daniel fue instantáneo y no parecía tener fin. Tensó los hombros, apretó las manos que tenía en las nalgas de ella para sujetarla, y se hundió en ella. Después, con la frente empapada de sudor y sin soltar a Alba, caminó hasta la cama y la tumbó allí. Siguió moviéndose, primero despacio y después, cuando los dos estaban desesperados, más rápido. Aquel segundo orgasmo se unió a los restos del primero, y los dos buscaron los labios del otro para fundirse del todo.

Minutos más tarde, Daniel salió de ella despacio y la desvistió con cuidado. Él hizo lo mismo y sin decir nada los tapó a ambos con la manta y empezó a besarla. Aún no había terminado, necesitaba volver a estar con ella, volver a sentir que solo eran una persona. Hicieron el amor hasta quedarse dormidos.

A la mañana siguiente acompañaron a Sergio, Cleo y Marion al aeropuerto. Ellos insistieron en que no hacía falta, pero Alba y Daniel lo hicieron de todos modos. Alba no oyó lo que Sergio le dijo a Daniel al oído antes de irse, pero se emocionó cuando Sergio se acercó a ella y, tras darle un fuerte abrazo, sencillamente le dijo:

—Nos vemos pronto, Alba, no lo olvides.

Cleo y Marion también fueron muy cariñosas con ella y Alba, casi sin darse cuenta, les prometió que en cuanto pusiera un pie en Francia las llamaría e irían a merendar juntas. Vivían más cerca de lo que creía. Era casi un milagro que no se hubiesen cruzado nunca por la calle.

Alba y Daniel volvieron a Venecia. Esa mañana los dos se habían despertado y habían empezado a besarse. Habían hecho el amor con la misma desesperación que la noche anterior y los dos seguían sin hablar del tema. No podían seguir así. Si querían que su relación tuviese una oportunidad, tenían que dejar de lado sus miedos y hablar de verdad.

—Tengo que ir a La Academia, tengo que hacer mi dictamen sobre el cuadro. —Alba quería ser valiente, pero los sentimientos se golpaban de tal modo dentro de ella que aún no había logrado acostumbrarse a ellos.

—¿Ya sabes si es de Bellini?

—Aún no —suspiró un poco desanimada.

—Tranquila, seguro que resolverás el misterio. —Le cogió las manos y se las acercó a los labios para besarlas—. Esta noche quiero hablar contigo.

Alba se quedó sin aliento.

—¿Sobre qué?

—No te asustes. —Sin soltarle las manos le dio un beso en los labios—. Te prometo que no es nada malo.

A Alba le sonó el móvil, algo completamente inesperado, y contestó.

—Ha llegado un libro —le explicó a Daniel al colgar—, lo pedí a la biblioteca de Roma. Creo que puede ayudarme con el cuadro.

—Ve, es obvio que estás impaciente —Daniel sonrió—, ¿nos vemos esta noche en el hotel?

—Claro.

Se puso de puntillas y lo besó, y después salió corriendo en dirección a La Academia.

Daniel también aprovechó el día para trabajar. El concierto ya estaba casi listo y tanto él como los músicos del cuarteto dominaban las partituras que iban a formar parte de la celebración del uno de enero. No comió con Alba. Ella le mandó un mensaje diciéndole que estaba enfrascada con una gran pista que había encontrado y que le prometía compensarle por la noche.

Daniel, aunque sin duda la echó de menos, aceptó intrigado la proposición. Se alegraba de ver que ella estaba a punto de resolver el misterio sobre la autoría del cuadro. Sabía que Alba quería que el

autor fuese Bellini, pero al mismo tiempo sabía que sería incapaz de afirmar tal cosa hasta que estuviese completamente segura. A pesar de que prácticamente acababan de conocerse sentía en sus huesos que la conocía mejor que nadie. Sonrió y pensó en lo bien que se sentía estando enamorado. Perdidamente enamorado.

Después de comer algo cerca del *palazzo* y de un último ensayo, fue al hotel. Quería darse una ducha y descansar un poco antes de ver a Alba. La noche anterior apenas había dormido. Después de hacer el amor, ella sí que se había quedado dormida, pero él no había podido. En su mente no dejaba de buscar la manera de convencer a Alba de que siguiera dándoles esa oportunidad después del día uno de enero. Él sabía que una pequeña parte de ella seguía creyendo que lo suyo no iba a durar, que era una aventura, y no sabía qué hacer para demostrarle lo contrario.

El día uno, si él no tenía ningún plan para entonces, ella volvería a Francia, a París, y seguiría con su vida. Sí, seguro que aceptaría llamarlo, utilizar Skype o visitarlo en Barcelona. Pero él jamás tendría suficiente con eso. Además, Sergio tenía el horrible presentimiento de que, si Alba se alejaba de él sin estar segura de que lo sentían el uno por el otro era amor, ella encontraría la manera de alejarse, de encerrarse de nuevo bajo su timidez.

A las seis de la mañana, había dado con una solución, no era la mejor de todas pero era la única que tenía de momento. Ella volvería a París y él también. Punto. El contrato que tenía con el Liceo de Barcelona no le obligaba a vivir allí. Estaría en París y volaría a España cuando fuese necesario. Hablaría con Pilar Fortuny y encontraría la manera de romper el contrato, pagaría por ello, si era necesario. Lo haría no solo por Alba, sino también por él, porque, aparte de enamorarse, Daniel había descubierto que tenía ganas de volver a componer y para hacerlo no podía seguir dirigiendo ninguna orquesta.

Se metió en la ducha y puso en marcha el agua caliente. Le dio vueltas y más vueltas a la idea, preparó la conversación, se imaginó las respuestas y las pegadas que le pondría Alba y preparó el contraataque. Cuando cerró el grifo y se envolvió la cintura con una toalla estaba seguro de que había cubierto cualquier contingencia posible.

Abrió la puerta del baño y descubrió que se equivocaba.

—Ela, ¿qué estás haciendo aquí? —intentó mantener la voz firme y carente de cualquier emoción, pero sus ojos no ocultaron ni el enfado ni la sorpresa por encontrar allí a esa mujer.

—El recepcionista me ha dado la llave, le he dicho que me estabas esperando.

Daniel tuvo que contenerse para no echarla a patadas. El maldito recepcionista debía de haber dado por hecho que esa arpía era Alba y por eso le había entregado la llave. ¿Cómo podía haberlas confundido?

—Si quieres hablar conmigo, ve al vestíbulo y espérame allí. — No gritó, no le hizo falta, estaba seguro de que ella podía ver en su rostro lo furioso que estaba.

—No hace falta —dijo ella recorriéndole el torso desnudo con la mirada—. Estoy bien aquí. Me gustan las vistas.

—¿Qué diablos quieres?

Daniel dejó de fingir. No dio ni un paso más porque no quería pasar por su lado.

—Quiero que le digas a tu amiguita que cambie el informe. Ese cuadro tiene que ser de Bellini.

A Daniel se le heló la sangre.

—No sé de qué me estás hablando. —Apretó los dientes, no iba a delatar a Alba.

—Oh, vamos, me da igual si ella te ha contado que estaba trabajando en un cuadro de Bellini o no. El acuerdo de confidencialidad me importa un rábano. —Sonrió satisfecha al ver que había pillado a Daniel por sorpresa y él se odió por ello—. Lo único que quiero es que utilices tus encantos para que cambie el informe.

—No pienso hacerlo. Largo de aquí ahora mismo.

Ella caminó hacia él y colocó una mano en su torso. Daniel la sujetó por la muñeca. Ella bajó la otra mano hasta la toalla.

—Si quieres salir de aquí con todos los dedos de la mano intactos, detente.

Rafaela se detuvo, pero no se amedrentó y lo miró a los ojos. Daniel quería quitársela de encima, pero el plan de antes seguía resonando en su cabeza. Si la lanzaba al suelo como quería, esa

mujer podía complicarle mucho la vida. Tenía que conseguir que saliera de allí por su propio pie y sin montar ningún escándalo.

—Vamos, Daniel, no te será difícil. Dile a tu amiguita que cambie el informe y que diga que el cuadro es obra de Bellini. Ella volverá a París en unos días. Si quieres, incluso puedes seguir acostándote con ella. No me importa. Tú solo pídele que cambie su maldito informe y te prometo que te compensaré. Podrías quedarte aquí unos días más. Esa Ducati puede ser tuya y seguro que con el dinero que ganaremos con el cuadro podemos hacer una donación más que generosa al Liceo de Barcelona.

—¡Oh, Dios, mío!— balbuceó Alba—. ¡Oh, Dios, mío!

Daniel apartó la vista de Rafaela. No había dejado de mirarla porque quería tenerla vigilada y había estado tan concentrado en ella, en buscar el modo de quitársela de encima, que no había oído a Alba detenerse en la puerta de la habitación. Pero entonces la vio, vio el rostro desencajado de la mujer a la que amaba y el mundo se desmoronó bajo sus pies. Soltó a Rafaela y la lanzó al suelo sin importarle si ella lo denunciaba o le hundía en la miseria.

—¡Alba! ¡Espera!

Ella había salido corriendo de la habitación. Se había golpeado con la pared, pero había conseguido mantener el equilibrio y ahora bajaba llorando las escaleras. A Daniel se le partió el corazón.

—¡ALBA! —gritó.

Rafaela tiró de la toalla desde el suelo y Daniel la fulminó con la mirada. No podía salir tras ella desnudo.

—Lárgate de aquí —le advirtió a Rafaela—. Si cuando termine de vestirme aún estás aquí, te juro que no me hago responsable de mis actos.

Rafaela se levantó como si nada. En realidad estaba encantada con el resultado de ese encuentro. Sabía que Daniel no podía delatarla sin perder su trabajo y ahora que la señorita restauradora creía haberlos pillado in fraganti tal vez estaría dispuesta a cambiar su informe si así lograba recuperar a Daniel.

—Tienes hasta el día uno —le dijo a Daniel—. Si el informe está como necesitamos, te compensaré como los dos deseamos.

Daniel reaccionó sin pensar. Ya estaba harto de esa mujer.

La cogió por el cuello y la pegó contra la pared.

—Lo único que yo deseo hacerte a ti es retorcerte el pescuezo, pero no lo haré. No vales la pena. Vete de aquí y ya puedes buscarte a otro para el concierto.

La soltó y la miró asqueado, y por primera vez Rafaela Cavalieri se sintió humillada.

—Voy a destrozarte la vida—. A ella no la rechazaba nadie. Nadie—. Llamaré al Liceo, anularé el contrato y anularé la donación.

—Haz lo que te dé la daga. Me importa una mierda. Y una cosa más, ni se te ocurra acercarte a Alba.

Daniel se puso los zapatos, cogió el abrigo y salió corriendo del hotel en busca de la mujer a la que amaba.

No la encontró.

De repente tuvo una idea, recordó algo, una conversación susurrada entre sábanas, y se puso a correr de nuevo. Tenía que estar allí.

## Capítulo 12

Alba había encontrado la prueba definitiva de que el cuadro no era obra de Bellini.

El autor de *El amor de Magdalena* era Valeria Macoto, aprendiz de Bellini que había estado enamorada de él en secreto toda la vida, hasta que murió demasiado joven por culpa de unas fiebres y de un amor no correspondido.

Lo había descubierto esa tarde. El libro que había pedido a Roma era un compendio de cartas que habían sido encontradas en un convento. Las cartas estaban fechadas a mediados del siglo XV y dos de ellas estaban firmadas por Valeria M. Era Valeria, Alba lo sentía en sus entrañas. Además, había descubierto que la familia Macoto había enviado a su hija Valeria a un convento para que se recuperase de su enfermedad. Era imposible que fuese otra Valeria.

Las cartas, que Valeria nunca llegó a mandar, eran una despedida. En ellas Valeria hablaba de su amor por la pintura y del amor tan profundo que la había despertado del letargo para darle vida y obligarla a pintar. Ese amor, decía Valeria, estaba prohibido, tan prohibido como *El amor de Magdalena*, el único cuadro que había pintado a escondidas de su profesor.

Valeria no había permitido que Bellini viese el cuadro porque tenía miedo de que él descubriera sus sentimientos si lo hacía.

—Oh, Valeria, las dos hemos sido unas estúpidas. —Alba sollozó—. Unas estúpidas.

Aún no sabía exactamente cómo *El amor de Magdalena* había acabado en un ático de Nueva York. Lo más probable era que el cuadro se hubiese quedado en el convento —Valeria lo terminó allí antes de morir— y que alguien lo robase durante una de las guerras.

Tanto los nazis como los aliados se habían llevado obras de arte a Estados Unidos. Quizá algún coleccionista se hizo con *El amor de Magdalena*, o quizá fue de garaje en garaje hasta acabar en casa de aquel viejo ladrón de cuadros. No lo sabía, pero lo que sí sabía sin ninguna duda era que el autor de ese cuadro era Valeria y por nada, ni nadie, del mundo iba a cambiar el informe.

Valeria no se merecía esa traición. Tal vez ella no había podido amar a Bellini públicamente, pero su obra sí que vería la luz sin mentiras.

Había sido una idiota, una estúpida. En cuanto terminó de leer la carta de Valeria, que le llevó su tiempo porque estaba en italiano, quiso llamar a Daniel y contárselo. Solo logró contenerse porque pensó que sería mucho mejor decírselo en persona. Él la había ayudado tanto que seguro que se alegraría. «Seré estúpida». Había redactado el informe a toda prisa, quería dejar resuelto cuanto antes ese tema, y había salido corriendo de La Academia hacia el hotel.

Quería darle una sorpresa a Daniel.

Y al final se la había llevado ella.

—No, no pienses en ello —se dijo. No podía revivir esa imagen, la de Daniel con la toalla y con Rafaela pegada a él pidiéndole que la convenciera para cambiar el informe—. Oh, Daniel.

Rompió a llorar de nuevo. No podía ni respirar. Las lágrimas le cerraban la garganta y el corazón le había dejado de latir.

Había salido corriendo de allí. Sus pies habían reaccionado antes que ella. Se había golpeado con la pared y aún le dolía el costado, pero había logrado escapar antes de que Daniel y Rafaela viesen el daño que le habían hecho.

No había ido a su apartamento, ni tampoco a La Academia. Esos lugares le recordaban a Daniel y lo estúpida que había sido por caer en su trampa. Ahora todas las frases que él le había dicho le sonaban falsas, todas las promesas parecían una broma de mal gusto.

—Maldita sea —farfulló—, lo que deben de haberse reído conmigo.

No sabía cuánto llevaba allí sentada. Había empezado a correr y no se había detenido hasta llegar allí. Estaba sentada en el suelo

frente a la que se suponía que había sido la casa de la familia Bellini.

Golpeó la pared furiosa.

—Tú también tendrías que haberte dado cuenta de que ella te amaba, imbécil. Tendrías que haber tenido más cuidado, le hiciste daño. La indiferencia también puede llegar a romperte el corazón.

Levantó las rodillas y hundió el rostro entre ellas.

—Al menos tú, Valeria, tuviste la suerte de irte antes de que él supiera que tenía ese poder sobre ti. Yo no he sido tan lista.

Había sido una estúpida, una verdadera estúpida, y solo era culpa suya. No tendría que haberse creído todo lo que le decía Daniel. Furiosa, se secó las lágrimas con la manga del abrigo.

Le había visto salir corriendo tras ella, pero no había logrado alcanzarla.

—Claro, ir desnudo le ha dificultado las cosas —farfulló muy enfadada, cabreada, por entre las lágrimas.

No había ido a su apartamento porque sabía que él iría allí a buscarla. No quería verlo nunca más. Le dolería demasiado y, ahora que había decidido sacar su carácter apasionado, Daniel corría el riesgo de perder los ojos, o alguna parte más querida de su anatomía, si se acercaba a ella.

Tampoco había ido a La Academia ni a ningún lugar al que él pudiese ir a buscarla. Le había hablado de la casa de Bellini una vez, pero dudaba que él se acordase.

—Estás aquí...

Se había acordado. Maldito fuera.

—Vete, no quiero verte. No quiero hablar contigo.

Daniel corrió a su lado, se había quedado petrificado en medio de la calle, había pasado tanto miedo... Tenía miedo de que le hubiera sucedido algo o de que hubiese decidido ir al aeropuerto y subirse al primer avión que volase a Francia. Se arrodilló en la calle frente a ella y colocó las manos en las rodillas de Alba.

La estaba tocando. Ella estaba allí y parecía ilesa, al menos físicamente.

—Dios mío, Alba, lo siento tanto.

Ella seguía con la cabeza agachada oculta tras las manos. Era una pose infantil, pero estaba destrozada y en ese momento lo que

menos le importaba era su reputación. Necesitaba proteger el poco orgullo que le quedaba y se negaba a que él la viese llorando.

—Vete.

—Rafaela ha entrado en mi habitación mientras yo estaba en la ducha.

¿Pensaba contarle lo que habían hecho?

—¡¡Vete!!

—No. Tienes que escucharme. Ha entrado mientras yo estaba en el baño y ha esperado a que yo saliera. Yo no sabía que estaba allí. No había quedado con ella. —Alba seguía inmóvil, exceptuando el temblor que no dejaba de sacudir sus hombros. A Daniel el miedo apenas le dejaba pensar, pero al mismo tiempo había otra emoción hirviendo en su interior: rabia—. Mírame, maldita sea, Alba. ¡Mírame!

—No pienso hacerlo. Vete de aquí y vuelve con esa zorra.

—Joder, Alba. ¡¡¡Mírame!!! —gritó desesperado, lo bastante como para que ella levantase la vista y a él volviese a romperse el corazón en mil pedazos—. Joder, cielo, lo siento tanto. —Le temblaban las manos y tuvo que cerrar los puños para no tocarla—. Lo siento, pero estás muy equivocada. —Tragó saliva—. Y me duele, me destroza, comprobar que de verdad no confías en mí.

Daniel soltó el aliento. De repente, no podía más. Ese era el quid de la cuestión, sí, Alba le había encontrado en una situación muy comprometida. La escena, vista desde la puerta de la habitación, había tenido que ser horrible; él, envuelto solo con una toalla y Rafaela, prácticamente en sus brazos. Pero, joder, tendría que confiar en él o, como mínimo, otorgarle el beneficio de la duda.

Podía levantarse del suelo e irse, dejarla allí llorando y convencida de que él había sido un auténtico hijo de puta y la había engañado. Él también tenía su orgullo al fin y al cabo y no había hecho nada para merecerse esa reacción por parte de Alba. Él solo la había amado desde el principio y había intentado demostrárselo a pesar de los miedos y de las reticencias de ella.

—Dime una cosa —le pidió entonces con un hilo de voz, no estaba seguro de si le quedaban fuerzas para seguir luchando—, ¿quién te hizo tanto daño? ¿Por qué estás tan segura de que es imposible que te ame con locura y desesperación? ¿Por qué... —

tragó saliva—... por qué estás tan convencida de que a pesar de estar completamente enamorado de ti me he acostado con esa, esa indeseable? —Ella apartó la mirada—. No, mírame y dime por qué crees que después de hacerte el amor esta mañana y ayer, y todos los días, después de confesarte que te amo, ni siquiera me has dado la oportunidad de explicarme. Dímelo. ¡Dímelo!

—A ti todo el mundo te ha adorado siempre, no sabes lo que es dudar de ti.

—¿Que no sé lo que es dudar de mí? Desde que te conocí no he hecho otra cosa, Alba. —Le cogió las manos y no se las soltó. Pasados unos segundos de leve forcejeo, Alba dejó de intentarlo pero no le apretó los dedos, las dejó allí quietas.

—Mis padres me repetían día y noche la suerte que tenía de ser una niña «normal», de no ser apasionada.

—Eso, Alba, no solo es un error, es una completa estupidez y una crueldad. Si fueras más apasionada, estaría en urgencias —bromeó mirándola con cariño, aún no la había recuperado, pero al menos los ojos de Alba parecían menos vacíos que antes y las manos habían empezado a entrarle en calor—. Tus padres no tendrían que haberte dicho eso, tendrían que haberte dicho lo maravillosa y perfecta que eres.

—Tal vez tuvieran razón.

—No, no la tenían. Mira, mis padres nunca me han hablado de sentimientos. En mi familia se confunde la felicidad con el dinero o el éxito profesional y la verdad es que si no hubiese sido por mis abuelos, tal vez yo sería igual. Joder, de hecho he sido igual durante mucho tiempo, un superficial de mierda, pero te conocí a ti, Alba. Y cambié, o desperté, llámalo como quieras. No puedes negar lo que somos. No puedes esconderte detrás de lo que has visto hoy en esa habitación. Sabes que es mentira. Lo sabes. Piénsalo, por favor.

Alba cerró de nuevo los ojos y se obligó a recordar lo que había visto y lo que había sentido antes de que las dudas, la inseguridad y la voz de sus padres o el recuerdo de Vincent se entrometiese en su mente. Daniel acababa de ducharse, aún tenía el pelo mojado. Ella, la zorra de Rafaela, estaba completamente vestida y con cada pelo en su sitio. Ella estaba tocándole el torso —sintió náuseas—, pero

Daniel le sujetaba una muñeca y apretaba los dientes. Daniel estaba furioso, muy furioso.

Daniel no estaba con Rafaela, Daniel quería quitársela de encima.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Alba, que siguió con los ojos cerrados.

—Hace dos años conocí a un chico, se llamaba Vincent —empezó Alba—, llegué a vivir con él. —Notó que Daniel le apretaba más fuerte las manos—. Es una historia patética, la verdad. Ni siquiera se esforzó en conquistarme o en hacerme feliz, ni en fingir que yo se lo hacía a él.

—¿Qué pasó? Dímelo, tengo derecho a saberlo, por culpa suya estoy a punto de perderte. —«No lo voy a permitir».

—Me pidió que autentificará unas falsificaciones.

—Mierda —farfulló furioso Daniel. Ahora comprendía por qué el rostro de Alba se había desencajado al oír a Rafaela, debió de pensar que la historia se repetía—. Joder, Alba, lo siento mucho.

—Vincent y sus amigos lo habían planeado todo desde el principio, él solo había tenido la mala pata de ser el encargado de seducirme. Se suponía que yo estaba tan enamorada que no iba a oponer resistencia y que iba a autentificar encantada dos Picassos, un Da Vinci, tres Modiglianis y un Miró. Iban a forrarse.

—¿Y lo estabas?

—¿No vas a preguntarme si autentiqué los cuadros? —le preguntó ella abriendo por fin los ojos.

—No —respondió Daniel tras tragar. Soltó una mano, siguió reteniendo las de Alba con la otra, y le acarició la mejilla. Ella no se apartó y él suspiró. Estuvo a punto de llorar de alivio—. Sé que no lo hiciste.

Alba bajó la mirada, pero no volvió a ocultársela.

—No, no estaba enamorada, lo cual aún es peor. Estaba con él porque era la primera vez que no estaba sola, aunque en realidad seguía estándolo. —Soltó el aire por entre los dientes—. Cuando le dije que no iba a seguirles el juego, Vincent se puso muy desagradable. Había invertido mucho «tiempo y esfuerzo» en mí como para que yo fuese a decirle que no. Discutimos y me largué y le advertí que si volvía a acercarse a mí iría a la policía.

Desapareció, se rio de mí. Me dijo que era un alivio perderme de vista.

—Hijo de puta —farfulló Daniel.

—Sí, y que lo digas. No tengo suerte con los hombres —intentó burlarse de sí misma.

Daniel le levantó el rostro y la obligó a mirarlo.

—No digas eso. Sí, ese tal Vincent se merece que lo castren por lo que te hizo y te juro que si algún día me cruzo con él, me encargará de dejarle unas cuantas cosas claras, pero yo no soy así. Yo no soy Vincent, Alba. No me castigues por lo que te hizo él. No te asustes y confía en mí. Confía en ti. Te amo, odio con todas mis fuerzas que hayas tenido que verme de esa manera con Rafaela, pero no estaba con ella. Me la estaba quitando de encima. Tienes que creerme.

—Te creo —suspiró Alba con tristeza—, pero no sé si puedo volver a pasar por algo así.

—No vas a tener que pasar nunca más por nada parecido, Alba.

—Tú y yo... somos imposibles. Tú tienes que volver a Barcelona y yo me iré a París. Mi trabajo en el museo d'Orsay no peligra, pero seguro que tanto Gerard como yo tendremos que aguantar más de un sermón por culpa de mi veredicto sobre *El amor de Magdalena*. Tú tenías razón, una relación a distancia no funcionaría, ahora lo sé.

—Deja de hablar un segundo —le pidió él furioso— y mírame. Mírame de verdad.

—Te estoy mirando.

—Bien.

Daniel agachó la cabeza con rapidez. No permitió que Alba se ocultase y la besó con todas sus fuerzas. Ella separó los labios de inmediato y le devolvió el beso entre suspiros y lágrimas. Los dientes se rozaron, la lengua de Alba buscaba perdida la de Daniel. Él le sujetó el rostro y le acarició las mejillas con una ternura que contradecía la violencia y la desesperación del beso.

—Vuelve a decirme que somos imposibles —la retó Daniel al apartarse sin soltarla—. Te amo, estoy loco por ti. Y tú, cuando dejas de sentir miedo, me amas y estás loca por mí. Podemos conseguirlo, Alba.

—Yo... —lloró—, oh, Dios mío, por supuesto que te amo. Te amo muchísimo. Por eso tengo miedo.

—No lo tengas. —Volvió a besarla—. O tenlo conmigo.

—Valeria pintó *El amor de Magdalena* porque sabía que jamás podría tener al hombre al que amaba y él jamás supo lo que ella sentía por él. No puedo robarle eso, no puedo decir que Bellini es el autor del cuadro cuando no lo es. Lo pintó Valeria. Mis padres creían que siempre estaba seria y contenida porque era tranquila, porque nada me emocionaba o me alteraba. Pero la verdad era que me bastaba con ver una mariposa para querer saltar y correr como una loca.

—¿Y por qué no lo hacías?

Daniel seguía mirándola, fascinado con la belleza interior de esa mujer. Mataría a cualquiera que intentase hacerle daño, y no era un decir, Alba despertaba en él todos los instintos. Por eso sentía tanto desde que la había encontrado.

—Porque sabía que una vez empezara no podría parar. Cuando veía a una mariposa, tenía ganas de ponerme a correr y a saltar, cuando veía a un pez en el lago, quería lanzarme y ponerme a nadar con él. Quería pasarme la noche entera contando las estrellas. Quería aprender a pintar, quería ensuciarme con los óleos, comerme los lápices de colores como hacían el resto de niños. Quería pasarme la noche despierta esperando a Papá Noel y comer hasta hartarme el día de Navidad. Quería dar vueltas sobre mí misma hasta marearme, disfrazarme, cometer locuras.

—Pero nunca hacías nada —adivinó Daniel.

—Porque no había nadie para hacerlo conmigo —terminó Alba—. Si me hubiese permitido tener emociones, me habría dado cuenta de que estaba sola, de que mis padres me consideraban un estorbo. Era mucho más fácil no sentir. Tú eres el primero que ha querido ser feliz conmigo, Daniel, por eso tengo miedo, porque, si te vas, si te pierdo, ya no podré volver atrás. No podré dejar de sentir.

—No vas a perderme, Alba. Créeme.

—Tendría que haber confiado en ti —reconoció ella—, tendría que haberte dado la oportunidad de explicarte. No te merecías que te condenase tan rápido.

Daniel sonrió, esa mujer le robaba el corazón siempre que él creía haber recuperado un pedazo.

—No importa, me da igual. Ahora que sé lo de Vincent, puedo entenderlo. Dios, si yo te hubiese visto solo con una toalla y con un hombre en brazos —tembló—, no sé qué habría hecho. Pero gracias por decírmelo, significa mucho para mí.

—Valeria huyó a un convento y murió allí sola. Yo no quiero huir.

—No voy a dejar que huyas, Alba. Siempre que sepa que me amas, vendré a buscarte. Confía en mí.

Volvió a besarla y, cuando ella suspiró, la abrazó y la abrigó entre sus brazos.

—Te amo, Daniel.

—Gracias a Dios. Tenía un miedo atroz a perderte, yo también te amo, Alba.

Daniel se levantó del suelo y le tendió la mano para ayudarla. Cuando los dos estuvieron en pie, Alba le rodeó por la cintura y apoyó la mejilla contra su torso.

—¿Crees que Bellini llegó a saber que Valeria estaba enamorada de él? —le preguntó.

—No lo sé —respondió sincero—, pero creo que Valeria fue muy valiente al pintar ese cuadro. Si es tan intenso y sensual como tú dices, debió de costarle mucho abrir su corazón de esta manera.

—Yo he empezado a pintar —confesó entonces Alba—. Siempre había querido hacerlo, pero al final me lo quitaba de la cabeza. Después de esa noche, de la primera que paseamos juntos, no pude detenerme.

Daniel la abrazó con fuerza.

—Y yo he vuelto a componer. Nos necesitamos, Alba, el uno sin el otro somos un desastre. Tenemos que estar juntos. Nos queremos y un amor como el nuestro no va a desaparecer. —Le acarició el pelo y la apartó un poco del pecho para poder mirarla a los ojos—. Sé que aún tenemos mucho de que hablar, pero escúchame un segundo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Daniel sonrió.

—Quiero estar contigo, aquí, en París, en Marte, me da igual.

—Pero...

—Has dicho que ibas a escucharme —le recordó.

—Está bien.

—Iré a Barcelona y hablaré con el Liceo. Les diré que a partir de ahora voy a vivir en París. Si les parece bien y conseguimos llegar a un acuerdo, perfecto. Si no, dejaré ese trabajo. De todos modos solo me quedan unos meses de contrato. Quiero volver a componer, Alba, y quiero estar contigo.

—¿Así de sencillo?

—Sí, así de sencillo.

—¿Qué vamos a hacer, Daniel?

—Ahora vamos a ir al hotel y vamos a hacer el amor hasta perder el sentido, y mañana volveremos a intentarlo. Lo único que tenemos que hacer es seguir juntos, Alba, el resto me da igual.

Ella lo miró a los ojos durante largo rato.

—Lo dices de verdad —afirmó sin aliento.

—Pues claro que lo digo de verdad. Te amo, mi Alba.

—Yo también te amo, Daniel.

Caminaron hasta el Danieli y al llegar Daniel le demostró de nuevo a Alba lo que significaba que un hombre como él, un hombre magnético, según Cleo, estuviese completamente enamorado de ella.

—Espérame aquí —le pidió mientras él se acercaba a la recepción.

Alba esperó nerviosa.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó en cuanto volvió.

—Ahora lo verás. Vamos a nuestra habitación. —Enigmático, la cogió de la mano y la llevó por la escalera.

—Eh, te has pasado de largo —le dijo ella al llegar a la puerta.

—No, esta ya no es nuestra habitación. No quiero que tengas malos recuerdos. Sígueme.

Alba se quedó embobada mirándole la espalda.

—Daniel —lo llamó y, cuando él se detuvo y se giró, ella corrió hacia él—. Te quiero tanto. Gracias.

—De nada. Vamos, necesito hacerte el amor ahora mismo. —La levantó en brazos, la pegó a él y Alba notó que ambos temblaban.

Entraron en la nueva habitación sin dejar de besarse y Daniel cumplió con su promesa; hicieron el amor hasta perder el sentido.

# Bis

*Porque el concierto de amor de Daniel y Alba bien se merece un poco más de música*

Daniel y Alba se casaron cuatro meses más tarde en París, dejar el trabajo en Barcelona había sido bastante fácil. Al final, la Fundación Lamborghini pidió disculpas a Daniel por la conducta de Rafaela y le contrataron para dos conciertos más en Italia. Él al principio, y a petición de Alba, había guardado silencio, pero dos camareras del hotel habían presenciado el altercado y tuitearon sobre él, había incluso una foto. En Italia fue todo un escándalo. Tras los conciertos, Pilar Fortuny accedió a ayudarlo a dejar el cargo de director de la orquesta del Liceo de la ciudad condal. Daniel no quería ni imaginarse la cantidad de dinero que habían pagado los italianos.

Alba no cambió su informe y *El amor de Magdalena* fue reconocido como la única obra de la pintora hasta entonces desconocida Valeria Macoto. La Galería de la Academia de Venecia accedió a ceder el cuadro al museo d'Orsay de París para que Alba siguiese restaurándolo con más calma. Gerard nunca reconoció haber intervenido en el tema, pero algo le decía a Alba que sí lo había hecho. Gerard era un romántico y después de que Alba le contase la historia del cuadro era imposible que no hubiese querido tenerlo cerca.

La boda de Daniel y Alba fue preciosa. Apenas fueron veinte invitados, todos elegidos por los novios y sin ningún compromiso. Se rieron y bailaron hasta el amanecer y Alba dio tantas vueltas como quiso, todas en brazos de Daniel. Se casaron en el jardín de la casa de él, una casa que antes de que Alba llegase parecía sacada de

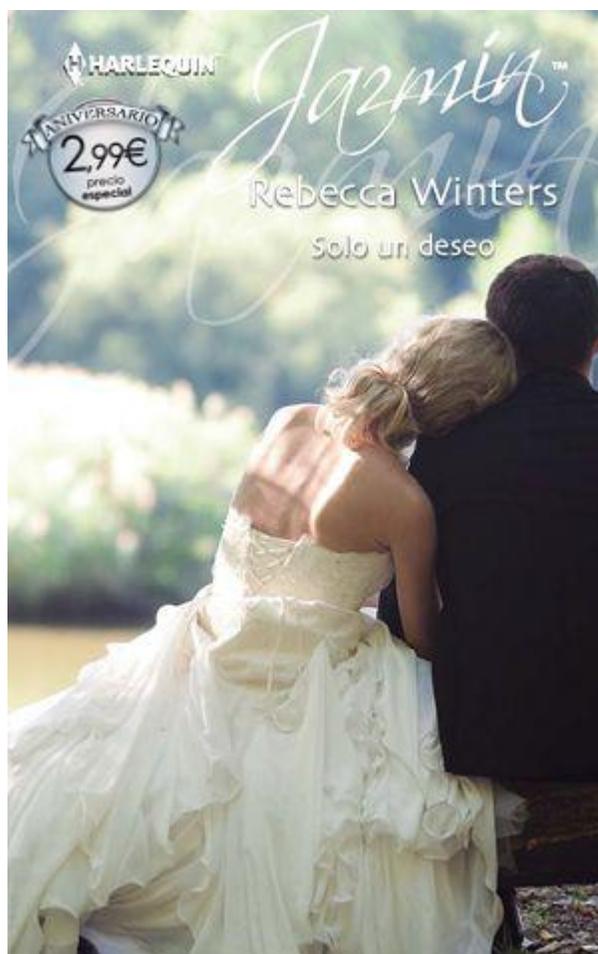
una revista de decoración y que ahora estaba llena de cuadros, pinturas, y papeles por todas partes. Daniel componía y Alba pintaba cuando llegaba del museo. Era así de sencillo, al final Daniel había tenido razón.

Porque cuando existe la fuerza del amor no importa el tiempo que transcurra ni los obstáculos que se entrometan.

Ah, sí, se me olvidaba. En la boda sirvieron *bellinis*.

P.D. Si quieres conocer la historia de Sergio y Cleo puedes encontrarla en *Cleo pide un deseo*. Allí también verás lo perdido que estaba Daniel antes de conocer a Alba, su Alba.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harlequinibericaebooks.com](http://www.harlequinibericaebooks.com)